

BENJAMIN CARRION



Índice de la Poesía Ecuatoriana Contemporánea



BIBLIOTECA
A M E R I C A

"INDICE DE LA POESIA ECUATORIANA CONTEMPORANEA"

por

BENJAMIN CARRION

Benjamín Carrión es, sin disputa, el crítico más autorizado del Ecuador actual. Su obra en este sentido es reconocida unánimemente como muy importante y decisiva. Sus libros lo acreditan así por su sincera preocupación por los problemas americanos. «Los Creadores de la Nueva América» y «Mapa de América», en que analiza las corrientes ideológicas predominantes desde 1920 en el continente, le dieron gran prestigio. Una novela suya — «El desencanto de Miguel García» — lo presentó como un observador atento de la vida ecuatoriana. Y, últimamente, su «Atahualpa» le dió relieve como historiador preocupado de desentrañar los secretos de la raza.

Durante mucho tiempo residió en Europa, pero nunca se desvinculó de los problemas de su país. Después de una estancia en Lima y otra en México, al servicio de la diplomacia, desempeñó cargos universitarios preeminentes, entre ellos el de Vicerrector de la Universidad de Quito. Durante un tiempo fué Secretario General del Partido Socialista ecuatoriano. En la actualidad se encuentra desterrado de su país.

Los jóvenes escritores ecuatorianos consideran a Carrión como su mejor guía. Por eso, el «Índice de la poesía ecuatoriana contemporánea», por él formado, será recibido como un auténtico exponente de las inquietudes y preocupaciones actuales de aquel país.

EDITORIAL ERCILLA.



060-11866)(083.86) Comión
0318

a la Biblioteca Nacional y
entusiasta Director Sr. a

Enrique Berán.

Benjamin

Colección "Biblioteca América"

Quito - Julio -

INDICE DE LA POESIA
ECUATORIANA CONTEMPORANEA

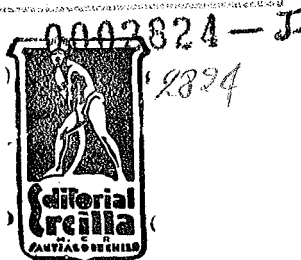
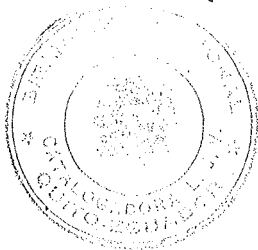
BIBLIOTECA NACIONAL	
QUITO - ECUADOR	
COLECCION GENERAL	
Nº	AÑO
PRECIO	DONACION

860-1 (866) (082.86) CARRIÓN
0418

BENJAMÍN CARRIÓN

*Indice de la Poesía
Ecuatoriana Contemporánea*

BIBLIOTECA NACIONAL	
QUITO - ECUADOR	
COLECCION GENERAL	
Nº <u>7318</u>	AÑO <u>1991</u>
PRECIO	DONACION



EDICIONES ERCILLA

SANTIAGO DE CHILE

1937

Es Propiedad.
Inscripción N.º 5344

COPYRIGHT by
Edit. Ercilla, S. A. 1937

PRINTED IN CHILE

Prensas de la Editorial Ercilla S. A.

Ubicación poética del Ecuador contemporáneo

Nuestra marca fundamental, en Indo-Hispania, es la de una aguda y realmente ilimitada capacidad receptiva. No tenemos tradición sujetadora de ímpetus. No tenemos línea de nacionalismo que mantener dentro del panorama estético del mundo. Porque la tradición que debió o pudo ser nuestra— la española —, se hallaba truncada en el momento en que empezamos a sacar los ojos hacia el universo. Y entonces, cuando llegamos a la pubertad espiritual, nos hallábamos aptos para ser fecundados por el polen traído por todos los vientos. Sin obligación de hacer, específicamente, literatura española, francesa, inglesa o rusa, hemos hecho de todo, dóciles a snobismos de trasplante, de acuerdo con los calendarios de la moda literaria universal. Y con nuestra fecundidad recia y sana de terrenos nuevos, hemos dado a veces, en la cosecha del mismo año, fruto mejor que la semilla originaria. ¿Verdad, Rubén Darío? ¿Verdad, Julio Herrera y Reissig?

Mantiene Vladimiro Pozner que «mientras más tarde llega un pueblo a la cultura universal, más rápidamente la hace suya». Y observa cómo la literatura rusa, virtualmente nonata hasta fines del siglo XVIII — cuando la inglesa, la española, la italiana y hasta la francesa habían llegado a su mayor edad —, dió un salto formidable, casi inverosímil, en los finales del siglo XIX, y llegó a colocarse a la cabeza de la literatura universal, con la obra y los nombres definitivos de Puchkin, Gogol, Turguenev, Tolstoi, Andreiev, y sobre todos — los de Rusia y los del mundo — Dostoiewski.

La literatura de América confirma el decir de Pozner. Sobre todo en la lírica. Y hoy, dentro del universo de habla castellana, también en la novela. La mayor parte de los pueblos indo-hispánicos están llegando a la literatura en este siglo. A la lírica, casi todos. Zum - Felde lo sostiene así respecto al Uruguay, país claro para la cultura. Antes de 1900, no hubo sino raras prolongaciones de la literatura española, con cierto sabor de jacobinismo suizo. Desde entonces, están llegando los poetas. Y los nuevos arribantes lo hacen con paso firme, como a casa propia. Con cierta salvaje altanería — traducción de la seguridad que tienen en su voz y en su mensaje —, llegan y ocupan los primeros puestos. Sin respeto, pero sin menosprecio, con llaneza, estrechan la mano de los precedentes. Los saludan, familiarmente, de tú.

*
* *

País de recia historia literaria, ilustrado con las figuras máximas de Montalvo y Olmedo, el Ecuador hizo (1880 - 1910) un largo paréntesis de improductividad artística. Digo mal al decir improductividad. Acierto, acaso, si afirmo que su producción de letras, tan abundante como antes, se hizo doméstica, perdió sonoridad continental, se refugió en el panfleto de resonancia episódica. Hizo, en suma, periodismo panfletario de la lírica, de la novela, del ensayo, de la historia.


Pocos países, entre los indo-españoles, de vivir tan dramático como el Ecuador. Su disputa política, sin tener la frecuencia revoltosa que en algunos otros, ha sido siempre agria, encarnizada, mortal. «Estos tiran a dar», es una frase amonedada por la revolución mexicana: en el Ecuador, en las luchas internas de guerrilla y montonera, todos «tiran a dar». Y sus episodios de campaña, — revuelta o molín —, han sido siempre implacable y desmesuradamente trágicos.

Sus hombres de gobierno han culminado en la sombra y feroz catolicidad garciana. Sus luchas interiores

han llegado al desenlace tremendo del año doce, en que se asesinó, arrastró y quemó al Presidente Alfaro y seis de sus tenientes. Su calendario social tiene inscrita una de las fechas más horribles de la lucha obrera en todo el continente: el 15 de noviembre de 1922, día en el que se sacrificó, en las calles de Guayaquil, a mil doscientos huelguistas.

Pueblo así, tan dedicado a hacer su historia, sustantiva, dolorosa, vital, en una ansiosa búsqueda de caminos que conduzcan, primero a la libertad individual y luego a la justicia y la igualdad económicas, no tuvo tiempo para enmarcarse dentro de los movimientos del arte coetáneo. Se quedó con el panfleto — arma ofensiva y defensiva —, o con la novela de clave, casi siempre sin superar los linderos de la infra-literatura.

*
* *



El despertar lírico de los países indo-hispanos se produjo, al finar el siglo, con la aparición rubendariana. Pero la voz nueva y rica, no era la voz de América. Era, simplemente, el paso de una colonialidad a otra colonialidad. De la colonialidad poética española — grito de Quintana, musiquilla zorrillesca, alarido épico de Núñez de Arce —, a la colonialidad poética francesa. Pero tomando de lo francés la forma, el dintorno, más que la médula, intraducible e intrasplantable, porque es carne de tradición, de época, de ambiente. Y estos hombres jóvenes y fuertes, salvajes e ingenuos, no podían llegar a la entraña del canto francés, producto de una civilización burguesa en clímax.

Colonialidad poética aceptada con fervor. Rubén Darío, asimilador maravilloso, captó el son verleniano — «de la musique avant toute chose» —, y la sordina de Samain; y para captarlos, le fué preciso afinar y adelgazar en tal forma el instrumento — el idioma —, hasta hacer del español fanfarrón y viril de los conquistadores, una parla dúctil, melódica, capaz de envolver los repliegues mínimos.

de imágenes finas, como bibelots de Sèvres o figulinas de Tanagra, o servir para recitarse en melopea, con música de Claude Debussy.

La poderosa personalidad lírica del renovador, su habilidad formal, su artesanía maravillosamente preciosista, tuvieron la taumatúrgica virtud de conquistar el continente de habla castellana: la vieja península fatigada y las veinte provincias de ultramar, vírgenes de tradición, ávidamente receptivas y asimiladoras. La península, para cuya indolente soberbia los Pirineos son una muralla infranqueable, vivía su etapa lírica rezongona y resabiosa de heroísmos antimoriscos, de espaldas a Occidente. Sus aduanas espirituales cerradas a Voltaire, al jacobinismo suizo, a la Revolución y a Bonaparte; se cerraron también a Baudelaire, a Mallarmé, a Verlaine, a Rimbaud. Pero aceptó el contrabando, cuando se presentó protegido con la tranquilizadora estampilla postal de sus antiguas colonias. La influencia del chorotega amarquesado dió la vuelta triunfal al continente indígena, pasando por Lima, Santiago, Buenos Aires, Montevideo y, de regreso, México. Hizo la conquista de España, donde devolvió el saludo de Cortés y Pizarro. Allí lo esperaban los Machado, Marquina, Valle-Inclán y — para liberarse y elevarse después —, Juan Ramón Jiménez.

En América, el plantel rubendariano fué realmente milagroso. Casi todos los países fraternos marcaron como el primer día de su lírica, como el nacimiento de su poética, aquel en que les nació un discípulo grande de la nueva religión. México, que había escuchado sin asombro mayor a su fino y afrancesado «Duque Job», puso piedra blanca a los primeros sonos verlenianos de Nerro. La Argentina comenzó a contar sus días líricos a partir de la era de Leopoldo Lugones. Uruguay — con derecho de personalidad y altura, pero no de americanidad —, con Herrera y Reissig. Colombia, con el señor Valencia. El Perú, con Chocano, que gritó su independencia verbal acompañando de trompetas... Venezuela, Centroamérica, las Antillas, dieron sus poetas y prosistas a la Academia de «Azul» y de «Prosas Profanas». El teórico del movimiento, más que el teórico, el apuntador, fué un centroamericano como

el Pontífice — nefasto entre todos, porque con su leyenda bizarra y su información farsante, contribuyó al castramiento de una generación espiritual de nuestra América, con su «réclame» de agente viajero de los paraísos artificiales — el guatemalteco Enrique Gómez Carrillo. Pronto olvidado y pronto reemplazado por el peruano Ventura García Calderón.

Chile se calló entonces. Dió apenas voces menores, violines con sordina — el señor Contreras, por ejemplo — a esa delicada y preciosa fiesta cortesana de Watteau, en jardines de Le Nôtre, con cisnes y con lirás. La voz de Magallanes Moure no sonó por allí. Chile estaba líricamente grávido, en gestación silenciosa y austera. Preparando el advenimiento de Gabriela, de Huidobro, de Neruda.

Nosotros, en el Ecuador, excusamos nuestra falta de asistencia al dorado festín. Estábamos ocupados. Mucho. Estábamos matándonos entre nosotros por cambiar un régimen de inquisición y de clericalismo, por un régimen de aspiración liberal y burguesa: 1895. Y luego, muy ocupados, matándonos heroicamente para quitar a un señor del Gobierno y poner a otro señor en el Gobierno. Y al matarnos, nos insultábamos, nos zaheríamos sangrienta, genialmente: hacíamos nuestra literatura. Nos matábamos, como después lo hicieron dentro de sus casas, y uno tras otro, todos los pueblos fraternales, desde México hasta Chile. Como lo hicieron, pero en masa gigantesca, desde el 14 hasta el 18, los pueblos supercivilizados... Sólo que a nosotros, en el Ecuador, nos tocó la hora roja en el preciso y luminoso momento en que los demás pueblos hermanos asistían jubilosos «al nacimiento de su lírica». Nacimiento realizado entre encajes de Blois, con músicas de lirás y cantos de cisne, en una Arcadia pastoril de utilería...

En el Ecuador, los que no asistieron a la batalla política, los que no hicieron panfleto ni novela de clave durante los primeros años del siglo, se encerraron en una Arcadia de naturaleza, literariamente más cursi que todas las Arcadias; y con una receta lírica en la que se pusieron partes desiguales de Garcilaso y de Mistral, se hizo la literatura llamada «mariana», que felizmente se circunscribió

exclusivamente a la ciudad de Cuenca y su región. Sin que haya tenido fuerza de contaminación para el resto del país. Pontífice de esa poesía es el señor Crespo Toral, a quien, a pesar de los esfuerzos tardíos de Gonzalo Zaldumbide, no ha sido posible hacer salir de las fronteras regionales. Diez a quince años fatales, que han sido definitivamente enterrados y superados por las nuevas generaciones de Cuenca, las que han tomado a su cargo, como un imperativo imposter-gable, el llenar el vacío dejado por esa época vacía.

*
* *

Lo cierto es que la época del auge de los cisnes y de las marquesas nos pasó inadvertida. Las aduanas del país, acaso, no permitieron la entrada inmediata de esos artículos de lujo. Solamente a la altura de 1911 tuvimos los primeros asomos de rubendarianismo, ya cuando González Martínez, desde México, comenzó a predicar a todo el continente: «tuércele el cuello al cisne de engañoso plumaje». Cuando las constelaciones mayores de aquel sistema lírico se inclinaban visiblemente a su tramonto.

La revista «Letras», en Quito, dirigida por Barrera; «Renacimiento» y «El Telégrafo Literario» en Guayaquil; «Vida Nueva» en Loja, congregaron a los nuevos líridas, apolonidas y liróforos: nombres de los poetas, según los nuevos cánones.

A la tónica dominante, a las características primordiales de la escuela «modernista» en España y lo demás del continente, la sección ecuatoriana reiteró especialmente dos aspectos, que al mismo tiempo se incorporaron a la vida real de los poetas: la queja amargada — y despectiva — por la incomprensión del vulgo, que recluye a los elegidos divinos en sus torres de marfil; y la evasión de ese ambiente «municipal y espeso», por el camino heroico de los estupefacientes.

No hay que olvidarlo: todos o casi todos los corifeos continentales de los nuevos ritos, supieron vivir buena, holgada vida, bajo el ala de «nuestros gobiernos paterna-

les». Darío, Nervo, Chocano, Lugones, el señor Valencia... Más que paraísos artificiales, muchos de ellos gastaron y gozaron del buen comer y del buen vino. Se salvó la brava lucha de Ugarte. La prédica dulzona pero bien intencionada de Rodó. La hombridad exasperada de Blanco - Fombona. Herrera y Reissig sí entró de vida entera en su bohemia. Cinceló sus mármoles perfectos en su dolorosa y alta «Torre de los Panoramas».

Los modernistas ecuatorianos fueron literaria y vitalmente dolorosos. Radicalmente burgueses. De alta burguesía refinada, snob y fin de raza. Algunos — muy pocos — engordaron después, y hoy son ciudadanos útiles y pacíficos. Pero los más entraron por la vía doliente y trágica de la insatisfacción; y a fuerza de literatura, vitalizaron sus fantasmas. Que a la postre los estrangularon. Emplearon su talento y su vida en tejer los hilos constrictores de su propia tragedia: lo consiguieron casi todos.

*
* *

Arturo Borja, Humberto Fierro, Ernesto Noboa Camacho. Y junto a ellos, un grupo de pintores, de músicos de obra escasa. De conversadores. Algún prosista. Ningún hombre de pensamiento, ningún ensayista, ningún novelista. Hicieron la entrega total de su vida a su literatura. Literatura de color inventado, de insatisfacción hecha de falsedad, pero no por eso menos cruel. Tan profunda, tan arraigadamente, que algunos de ellos rubricaron el artificio trágico con el cañón de su revólver, con el abuso suicida de la droga heroica.

Vivían una vida patética. Con un patetismo tan pueril que, de no ser trágico, hasta fuera risible. Una farsa envenenada, convertida en mito, asesinó toda esa generación valiosa. A esos poetas — buenos poetas — los mató una nostalgia de cisnes, el anhelo de París — al que llamaban Lulecia —; los enloqueció la leyenda de Luis de Baviera. Faltó un Cervantes pequeño para destruir esta nueva literatura de caballería. Estos tres poetas fueron pro-

ducto de aristocracia criolla, refinada en el imitacionismo irreflexivo. De una aristocracia criolla adinerada que, entonces como hoy, sólo sabía y sabe captar, en sus viajes a Europa, la última creación de los modistos, el último baile de los dancings y el último vicio elegante.

Imitaban a Rubén. Claro. Pero su imitación del pontífice del modernismo, quisieron ocultarla tras el biombo de influencias de primera mano. Que casi nunca fueron ciertas. Quisieron pasar, por sobre Rubén y los suyos, hasta las fuentes originales: Baudelaire, Mallarmé, Rimbaud, Verlaine. Y cayeron, en su afán de aristocracias, en Samain. Noboa Caamaño, el más exacerbado de todos en su doloroso expresivismo, hace el manifiesto del grupo en este soneto terrible e ingenuo:

EGO SUM

Amo todo lo extraño, amo todo lo exótico,
lo equívoco, morboso, lo falso, lo anormal:
tan sólo calmar pueden mis nervios de neurótico
la ampolla de morfina y el frasco de cloral.

Amo las cosas mustias, aquel tinte clorótico
de hampones y rameras, pasto del hospital.
En mi cerebro, enfermo, sensitivo y caótico,
como araña poeana teje su red el mal.

No importa que los otros me huyan. El aislamiento
es propicio a que nazca la flor del sentimiento:
el nardo del ensueño brota en la realidad.

No importa que me nieguen los aplausos humanos
si me embriaga la música de los astros lejanos
y el batir de mis alas sobre la realidad!...

*Arturo Borja, el que primero hizo verdad su trágica
amenaza, y que hizo dolor puro toda su adolescencia,
anuncia desoladoramente:*

.....
Voy a entrar al olvido por la mágica puerta
que me abrirá ese loco divino: Baudelaire!...

Humberto Fierro, el más artista de todos, puso sordina a su grito. Quiso hacer de su tragedia vital y literaria una melopea con violines. Pero tampoco pudo contener el ansia de decir su insatisfacción:

Me han familiarizado los días de fastidio
 Con la idea rosada de tener que morir...
 Yo no tengo Pegasos... Voy cansado al Excidio,
 Y no cantaré nunca la dicha de vivir!...

*

* *

En las postrimerías del grupo, cuando muchos de sus oficiantes se habían marchado de la vida o de la literatura, asomó un adolescente inquieto, desorientado, con un apresuramiento insólito para decir su mensaje: Medardo Angel Silva. Sin la fuerza bastante para aislar, valientemente, su personalidad; sin poder superior de perspectiva para clarificar y distinguir direcciones de arte dentro del panorama continental. Azorado ante el peligro de quedarse solo. Solo con su anhelo de canto. Quiso aprovechar los auditores del grupo antecedente, y se incorporó, con retraso, al equipo de insatisfechos y nostálgicos, aristócratas y refinados. Así, este niño con estigmas casi providenciales, se labró tardíamente su tragedia. Silva era un muchacho moreno, de modestísimo nivel social. Y surgió para el arte en la hora en que los de su generación, algo mayores que él, estaban «enfermos de exquisitos males». Buscó, deliberadamente, obstinadamente, la contaminación. Y en su carne y su espíritu sanos, el virus agonioso hizo estragos inauditos. Fingió más que los otros su ficción entrañada y dolorosa; porque tuvo que fingir hasta un ambiente, lejano al suyo proletario, para su lírica aristocracia en falso. Atravesó la vida y la literatura como una saeta. Y cuando a los veinte años había asumido por derecho de talento y de trabajo una posición de jefe entre sus pares. Cuando ya su obra se había encarnado en verdad de éxito y hasta de popularidad, un buen día, por un amor incomprometido — por una vida que labró su propia incomprensión — como

el clown de Barville, evocado en uno de sus sonetos, «de un salto mortal se lanzó al infinito». Su suicidio marca el final de la era de los poetas atormentados y suicidas.

*

* *

Después de esta generación frustrada, el Ecuador comenzó a hacerse más permeable al acontecer artístico continental. Sintetizó su sensibilidad con la de los demás países. Surgieron entonces, sin manifiesto, sin capilla, desde la sana y sencilla familiaridad escolar, cada cual en su parcela de canto, algunos poetas, que constituyen la mayor verdad actual de nuestra lírica.

Gonzalo Escudero, de sonoridades épicas, pero de epopeya cósmica. Capaz de todos los propósitos de arte. Semejante en altura de motivo con Sabat Ercasty, pero más polifónico y artista. Jorge Carrera Andrade, con un don milagroso de asimilación, sensibilidad tensa y fina para captar la inquietud contemporánea. Miguel Angel León, poderoso, aunque desarticulado, para la realización de la imagen. Augusto Arias, suave de intimismo menor, de luz de lómpara.

*

* *

La guerra, como a todos los pueblos, hirió duramente, en todas sus raíces humanas, al Ecuador. País de economía muy pobre, debido principalmente a la monocultura del cacao — único producto hasta entonces cotizabile en los mercados mundiales —, su situación fué singularmente precaria y la crisis — que es crisis de un régimen, de una conducta humana, de una organización social —, se anticipó acaso en mi trópico. Y no con una fenomenología aterradora, de trasposición violenta, casi catastrófica, de valores económicos y humanos; sino más bien con una implacable lentitud constrictiva, con una agudización de la

pobreza. Especialmente de la pobreza de los pobres. Se sintió un apocamiento general, angustiador, pero solidariante. Y se realizó entonces este fenómeno: la literatura — especialmente la lírica —, se impregnó de emoción social y los nuevos poetas, atentos y sensibles a la inquietud del mundo, demolieron las viejas torres de marfil. El anhelo de destrucción y construcción, el dolor y el amor colectivos, se abrieron paso en el poema — también en la novela y en el cuento — por sobre lo egoísta, lo individual, lo puramente subjetivo.

Esta dirección — necesario es repetirlo y precisarlo — se realizó antes en el cuento y la novela. La aparición del «grupo de Guayaquil» — Aguilera Malta, de la Cuadra, Gallegos Lara, Pareja y Diez Canseco, Enrique Gil, Pedro Jorge Vera — marcó una época netamente delimitadora entre la literatura ecuatoriana de tipo fundamentalmente individualista, y aun dentro de lo individualista, retrasada, y los primeros asomos del estigma revolucionario. Algunos se iniciaron en la lírica. Pero todos, excepto Vera, se realizaron y se fijaron definitivamente en el relato: cuento y novela.

La novela del Ecuador contemporáneo — agregando a los nombres del «grupo de Guayaquil» los de Jorge Icaza, el de «Barro de la Sierra» y «Huasipungo», Humberto Salvador, con «Camarada», Felicísimo Roja, con «Banca 17», Alfonso Cuesta y Cuesta, con «Cantera» y «Llegada de todos los trenes del mundo» — es la novela americana de construcción y expresión más valiente, más cruda, más rotunda. No vacilo absolutamente al afirmar — sin temor a polémicas rectificatorias —, que ningún país del continente puede ofrecer, a la hora actual, un frente más homogéneo y valioso de novelistas y relatistas, de motivo, emoción y expresión americanos. Ni un conjunto — en sólo tres años — de novelas tan recias, tan construídas, tan ahincadamente nuestras como «El Muelle», «Huasipungo», «Don Goyo», «Canal-Zone», «Los Sangurimas», «Camarada», «Los Huandos», «El Negro Santander», «La Barquiada», «La Beldaca», «Nuestro Pan», «Banca 17», «Cacao»...

La novela ha sido, pues, el basamento de la lírica de tendencias revolucionarias. Del grupo inmediato anterior, solamente Carrera Andrade — por su atención ávida al acontecer universal — y Aurora Estrada por su sensibilidad siempre tensa y su feminidad maternal, hicieron poesía de trasunto social y revolucionario.

*
* *

Los poetas nuevos — valdría más decir novísimos — del Ecuador, tienen todos, en mayor o menor intensidad radical, un solo denominador: la aspiración a ser poetas revolucionarios. Y esa mayor o menor intensidad ha determinado también, por lo menos, en la obra hasta el presente realizada, el mayor o menor valor, el mayor o menor significado estrictamente poético de cada uno.

Primero, se caracterizaron por el fervor de sentido universal, teórico. Sus poemas — como los de todos los jóvenes radicales de lectura — tuvieron un invariable, monótono, apoético sonido de manifiesto, de boletín de propaganda; su ubicación geográfica era indeterminable: tenía olor y sabor de traducción de revista repartida por un «Bureau» cualquiera; traducción enalmada, férvida, pero traducción al fin. Poemas que podían ser suscritos por un ruso, un francés o un español militante. Pero no por un poeta, con o sin partido. Se cantaba al Ejército Rojo. Se decían horrores contra los «kulaks». Se cantaba a Stalin. Se abominaba de Trotski... No se orillaba — se acendrabá más bien — el peligro del trasplante, mal americano por excelencia. Hasta se podía temer que no se tratara sino de una nueva substitución de mitos, en plan de novedad actualizante. Y que los nuevos cisnes de Watteau, fueran las estampas rojas, con bayoneta y grito exasperado, con hoz y con martillo.

Pero eso pasó pronto. Por lo menos en los poetas de solvencia artística, en los que se iban afirmando dentro de una posición estética capaz de mantenerse y durar. Ese peligro pasó quizá con mayor rapidez que en otros países.

Y se perfiló entonces una lírica de raíz proletaria, una lírica llena de la angustia cierta, de la injusticia de nuestro alrededor. De la parcela del dolor universal que nos toca y nos hiere, en nuestra realidad feudal, en nuestra dolorosa coexistencia de razas, en nuestros males, que siendo fases, provincias del mismo gran dolor de los explotados del mundo, tienen una esencia capaz de golpear con mayor dureza nuestra sensibilidad y hacerla surtir poesía propia.

La lírica de tendencia social — que abarca un amplio sector de la lírica del Ecuador nuevo — va adquiriendo día a día una notación primordial: la sinceridad de su contenido. No ha caído en el onanismo — tan de la época romantizante — de cantar el dolor indígena desde adentro, desde un falso «de adentro», al que no pueden llegar los poetas de extracción burguesa o pequeño-burguesa, y que viven un ambiente en consonancia. La contemplación del dolor indígena se la realiza desde un plano vital, íntegro, humano. Que comprendiendo una suma tan elemental de caracteres, coincida necesariamente con las más primitivas posibilidades de dolor, comenzando por el dolor físico. No se canta, lacrimosamente, la pérdida del «honor» de la virgen india, con un tono de Bernardin de Saint-Pierre. Ni se hace con personajes indios, tragedia pseudoburguesa a base de celos, a base de considerar — como se hace en el Occidente retrasado — la maternidad como un deshonor y una desgracia. Hoy se expresa el dolor indígena principalmente en forma objetiva, de contemplación externa de realidades esenciales: el hambre, la desnudez, el robo de la tierra. El robo del trabajo. La brutalización del campesino indígena. El abuso que se comete con el hombre de los campos por la trinidad feroz de este feudalismo implacable: el cura, el gendarme, el gamonal.

Es una lírica de contenido veraz. Casi siempre exagerado por el propagandismo tendencioso. Y al mismo tiempo una lírica muy poco «poética». Que en muchos casos quizá no llega a entrar en el plano de lo literario.

A esta modalidad, cuya obra está en marcha, y por lo mismo es prematuro juzgarla, se le debe una realidad literaria valiosa: la exterminación de la poesía eglógica, conocida regionalmente con el nombre de «mariana», que

contaminó casi exclusivamente a las zonas azuayas. Los poetas azuayos anteriores a Mata, a Nella Martínez, a Cuesta y Cuesta, sólo tuvieron los ojos plácidos para ver, en su vasta y maravillosa campiña sembrada de injusticia y explotación, a zagalas y zagales que dejaban a Dios cuidando sus apriscos, paciando tomillo y hierbabuena, mientras ellos iban a la ermita del pueblo — ¡como si los pueblos azuayos tuvieran ermitas! — con brazadas de retama y violetas campestres, a entonar cánticos a la Virgen María. A zagalas y zagales que abandonaban el aprisco, mientras cambiaban, por los oteros y collados, endechas y besos a la luz de las estrellas...

El asesinato de esa poesía es un haber valioso de la nueva tendencia. Que se distingue por realizar el poema indigenista con rudeza de verdad, acaso sin más lirismo que el de una estadística afrentosa. Pero más que realizar el poema indigenista, la empresa nueva consiste en realizar el poema campesino, pues tácitamente se acepta la falta de capacidad comprensiva para entrar en el dolor cerrado por aspectos raciales. El poema del trabajador del campo, especialmente en la zona del trópico litoral, feroz de sol, de humedad y alimañas.

Uno que otro poeta de esta modalidad, en plan de agudo trasplantismo, ha intentado la realización del poema fabril, por creerlo más dentro de los cánones de una litoral ortodoxia marxista. Y ha querido poner allí el mismo grito y acoger una idéntica expresión de protesta. Felizmente, no se acusa una persistencia de esta desviación entre todas misérrima de contenido virtual y de valor estético. Se ha comprendido pronto lo risible que resulta, en un país de economía casi primitiva, que inicia tímida y colonialmente su etapa manufacturera, el grito traducido y artificial del obrero de fábrica....

Esta poesía de militancia, casi siempre mantenida entre nosotros no por intuitivos geniales a lo Langston Hughes, sino por jóvenes de lectura, con respaldo dialéctico, ha entendido bien las dos fases primordiales de nuestra tragedia clasista peculiar: la coexistencia de las razas y la explotación agraria. Y en el panorama total, la otra tragedia, la de todos los pueblos: la tragedia de la guerra. Que

entre nosotros asume caracteres más agrios de injusticia y de inutilidad, porque entre nosotros la tierra, por la cual se dice pelear — quizá más que en ninguna otra parte del mundo — ha sido arrebatada a sus verdaderos dueños, los indígenas, que es a quienes se obliga a matar y morir en las batallas. Y porque entre nosotros, en expresión más clara y brutal, son imperialismos extraños, son las garras de la finanza internacional, los motores efectivos de las matanzas de hombres. «Chaco», de Aurora Estrada y «Leticia» de Enrique Gil Gilbert, constituyen la significación más expresiva de este cauce de la poesía ecuatoriana. Son carteles, principalmente. Pero son poemas también.

*

* *

El grito épico de la tierra — no ya solamente la voz señaladora de injusticias — ha sido lanzado también. Grito en el que, al son proclamador de la vida, al cántico gozoso y fecundo, se une la exaltación de la naturaleza americana, de esta naturaleza dura y ciclópea, con bocas de fuego y abismos, junto a la vital promesa de las sementeras. Carlos Sabat Ercasty en Uruguay, Gonzalo Escudero en el Ecuador, han hecho época formalmente moderna; pero de motivación cósmica y reiteradamente étnica. Han buscado la voz de una supernacionalidad americana, de esencias lejanas y profundas. El canto de América, del hombre y de la tierra nuevos, ha tenido una sonoridad de cataclismo congregador de mundos. Pero la épica novísima quiere exaltar al hombre y a la tierra en su función necesaria de realizadores de justicia. En su capacidad incontenible de destructores de la desigualdad. En su operancia urgente de factores de la lucha de clases. Como toda épica es optimista y sonora. Tiene de himno y de manifiesto. Y desciende con frecuencia al arte menor de la elocuencia.

*

* *

Es el momento del hallazgo de las certidumbres vocacionales, para esta generación homogénea y valiosa. Sin temerle a esa recia y noble señal de hombridad que es la rectificación. En México, país de fervor revolucionario indudable, y que vive una etapa de radicalismos — dentro de los límites ideológicos del partido que se halla en el poder — se señala este fenómeno: existe un sector poético valioso, de rigurosa y fina selección estética, el grupo de «Contemporáneos», completado después por los de «Ulises». A ese sector pertenecen los poetas jóvenes de nombre más sonoro: Torres Bodet, Gorostiza, Villaurrutia, González Rojo, Owen, Novo, Ortiz de Montellano. Nombre y obra de real valor. Los administra y lanza un mantenedor de sitio bien ganado: Alfonso Reyes. Pues bien, esos poetas han sido esencialmente, irreductiblemente impermeables a la inquietud de la hora del hombre y del mundo. Han realizado la «evasión», de manera reiterada, tenaz. Han cerrado ojos y oídos a toda voz extraña a la voz estrictamente lírica. Su aguda, su delgada sensibilidad ha vibrado tenso sólo para los llamados de la cultura y de la poesía, en un plano estrictamente intelectual, estético. No han oído la gran marejada de angustias, de dolores, de esperanzas, por las que atraviesa su pueblo. Y hasta un espíritu sensible — en la vida — a la inquietud física y metafísica del hombre, Carlos Pellicer, dotado de un instrumento poético maravilloso, ha eludido el momento, y su fuerza lírica ha sido retrotraída hasta un héroe para él lejano en el espacio y en el tiempo: Bolívar. Este fenómeno de agudo evasionismo, cuya explicación se podría encontrar acaso en la misma magnitud de la tragedia mexicana, no nos ha alcanzado a nosotros, en el Ecuador. Quizá también porque nuestra tragedia mínima en remanso actual, se empequeñece y anula ante la gran tragedia de la especie.

Frente a ese fenómeno — que siendo más agudo y más visible en México, existe también en otros países fraternos,

como el Uruguay, según lo marca Zum-Felde—frente a ese fenómeno, surgencia inmediata del confusionismo y del horror engendrados por la guerra, empiezan a marcarse las más generosas rectificaciones: André Gide, el máximo pontífice del estetismo puro, que calló durante la guerra, proclama su gran esperanza en la justicia, y suma su fuerza inigualada de intelectual y de artista, a las fuerzas que luchan por la verdad del hombre. Y en huerto más cercano — de vecindad integral de generación, idioma y simpatía —, un poeta joven, Rafael Alberti, jefe de fila dentro del plano de una poética de evasión, se ha unido, con todo el poder de su prestigio intacto, a la batalla por la revolución. Y todo, sin perder calidad artística, sin la enana preocupación de ocultar su sabiduría de poetas tras el grito buscado que dé al canto fanfarronadas de cartel. Por la clara razón de que quiere cantar con la masa, con el pueblo, su canto mismo, que no puede ser sino cantar de interpretación y sencillez.

En el Ecuador ha habido, ciertamente, mayor voluntad de captación de lo substantivo, de lo medular de la inquietud del mundo. Sus intelectuales, en impresionante mayoría, han entendido, o tratado de entender, con honda simpatía, las corrientes de la nueva sensibilidad que va engendrando la Revolución. Singularmente los poetas. La generación que asomó en 1920 — Carrera Andrade, Escudero, Arias, León, Hugo Alemán —, sin renunciar a su poética, ha incursionado valientemente en lo social, ha probado sentir la emoción de lo colectivo. Pero ha habido también contra-rectificaciones: Carrera Andrade acaba de lanzar, como justificación de su libro «Rol de la Manzana», el grito anunciador: *Salvemos a la poesía!*... Y él mismo ha retornado, con emoción incambiada y entera, a su primera sensibilidad, una de las más transparentes y delgadas de América.

*

* *

Preciso es confesar que los poetas de tendencia revolucionaria, en el Ecuador, no han encontrado aún su expresión. La expresión de la poética que intentan realizar. La expresión que, en toda la poesía, y aún más la de tendencia colectiva y revolucionaria, no es una cuestión adjetiva, formal, sino algo adentrado, íntegro, fundamental. Es que — casi no vale reiterarse — el intelectual de intención proletaria actual, es, tiene que ser, un producto de siglos de cultura burguesa. Su contexturación espiritual, su edificio interior, está construido con elementos espirituales cuyo reemplazo no se ha hecho — ni aun en Rusia —, cuya substitución ni lejanamente se vislumbra todavía. El desplazamiento de una sensibilidad por otra sensibilidad — por lo mismo que se trata de valores superestructurales dentro de la ortodoxia — tiene que obedecer a un proceso más lento. Por la fácil razón de que será una resultante de la marcha estructural, o sea, del proceso económico social.

Los raros casos de acercamiento de distancias entre la intención y la expresión, se han producido tratándose de poetas espontáneos. O como en el caso de Langston Hughes, el gran poeta proletario negro, cuando lo sustantivo es su esencia de sensibilidad proletaria, y lo adjetivo son sus contactos y sus deudas — inevitables — con la cultura burguesa.

En español, los poetas de intención, de declive revolucionario — no creo que honradamente podamos llamarlos poetas revolucionarios — no ha encontrado la expresión de una poética proletaria, todavía. Porque no tienen — ni pueden tener aún — sensibilidad proletaria. No han llegado a la masa, al pueblo, a causa de la valla infranqueable de la expresión, ni el mexicano Maples Arce, ni el peruano Alberto Hidalgo, ni los ecuatorianos Pedro Jorge Vera, Gallegos Lara o G. Humberto Mata... Sus resonancias — rara paradoja — sólo se producen en «élites» intelectuales afines. Estos poetas, como los simbolistas, fueron poetas

de cenáculo, están resultando poetas de comentario crítico. Con un valor, en ciertos casos, de manifiesto para mitin político. Sin la operancia directa que tiene, por su claridad usual y corriente, el manifiesto. Casi nunca con valor de interpretación de sensibilidad proletaria, por la falta de vehículo expresivo acercador.

¿Quiere decir esto que estoy haciendo un reclamo de folklore en la poética revolucionaria? No precisamente eso: reclamo de modos populares de canto. Así como García Lorca, arrancando de la médula del cantar hispánico, aprovechó el sonido y la pausa del romance para verter en él una nueva sensibilidad. Así como el cubano Guillén ha aprovechado el sonido y el brinco del canto y la música negros, para vaciar emoción de ahora en ellos. Y alzando el tono y la proporción, como entendieron Jules Renard o Charles Louis-Philippe, el cantar de los niños y los pobres.

Clara figura de la poética de nuestras tierras. Recia figura — recia y sacrificada y heroica — de la revolución, es Juan Marinello. Su voz no puede ser tomada como sospechosa por nuestros poetas de la izquierda política. Juan Marinello cree en la inefabilidad del hecho lírico. Juan Marinello abomina de lo que, siguiendo a Ezra Pound, llama la «logopeya», o sea, la «danza del intelecto entre las palabras». Y sostiene: «No es el mensaje del poeta ni más concreto ni más racional que el del músico». Y agrega: «lo lírico debe darse desnudo o no darse». Concluyendo: «que buena parte de los poetas de hoy quieren entrar por puertas falsas en la nueva edad. Se quiere hacer poesía de nuevas palabras, no de nuevas esencias...»

La poesía de declive revolucionario, noble y viril de intenciones, está buscando sus posibilidades expresivas. Las hallará si no se engolfa en prematuros dogmatismos, en posiciones de intransigencia radical que, aquí como en Rusia y en todas partes, no harán sino rebajar el nivel de los artistas revolucionarios. Y hacerlos, por lo mismo, perder en valencia y en autoridad. Las hallará si las sigue buscando, no si cree ya estar en posesión de ellas.

*

* *

Bárbaro sería afirmar, en desorbitado e inculto gesto de radicalismo, la quiebra definitiva de la poesía subjetiva, del intimismo inefable, del poema nutrido con el dolor y el amor, con el sueño y el disparate, con la infantilidad y el júbilo del hombre. Del hombre como soledad sensible, distinta y precisa.

Bárbaro sería también afirmar la quiebra del anhelo estético en sí, como superior realización humana.

Y así como hemos insurgido contra el aislamiento egocentrista, creación de artificio y extravío, insurgimos también contra los que quieren ahogar la poesía en un solo y reiterado clarín de manifiesto. Hemos abominado de la «torre de marfil», rincón malsano, oliente a drogas, poblado de vanidad y de misantropía. Pero abominamos también de la pertinaz, de la invariable postura de barricada piedra en mano, de la testaruda propaganda de un cartel político. Dentro de la poesía, dentro del arte, afirmamos, porque fuera, en el campo propicio, toda actitud buscadora de justicia es buena. El hombre — átomo social — tiene también su vida autónoma de átomo. Tiene el reclamo urgente e imperioso de expresar su soledad inefable.

Por eso, en un plano de izquierda indudable — lleno de certidumbres operantes —, nos quedamos a entender y aplaudir ubicaciones nobles y claras como las de Marinello, Alberti: artistas cuando artistas y revolucionarios cuando revolucionarios.

*

* *

Esta antología es un viaje de geógrafo — quisiera ser de geólogo —, más que de turista. He querido evitar los destlumbramientos pasajeros, que delata un poema cierto, una sola página de sensibilidad. Por lo mismo, más que selección de poemas, es selección de figuras. Y cuan-



do el poema ha surgido de pronto, sin confirmación y afirmación — de vocación y dones —, no he querido incluirlo en esta selección, que aspira a ser decantada en un período — que bien puede ser corto — de reiteraciones. Esta Antología no es, pues, la alentadora página de los «nuevos», en una revista de avance. Quiere ser una expresión de verdad poética actual, pero con estigmas de durabilidad, y fuerzas en trance de superación y ascenso. Quiere ser una selección de significaciones.

También — salvo algún caso de excepción —, sólo se incluyen en esta antología los nombres de poetas que han hecho de la poesía su primordial comercio del espíritu. No los poetas ocasionales. No los que han elegido otro instrumento de expresión artística — novela, cuento, ensayo —, y solamente han tomado la realización poemática como derivativo, como un remanso que distienda de la tortura de otros entregamientos.

Finalmente, aunque hayan coexistido o existan dentro de la época que trata de fijar esta antología — 1910 - 1935 — representativos importantes de otras modalidades anteriores a la que se conociera con el nombre de «modernismo», no los incluimos, porque consideramos — para sintonizar la poética ecuatoriana con la del continente —, que solamente a partir de aquel momento comienza la lírica de nuestros pueblos. Aunque nosotros — como lo hemos afirmado — sólo consideremos esa etapa como marcadora del paso de una colonialidad a otra colonialidad.

*

* *

Por haber vertido su poesía, entre todas emocionada y clara, en la novela y el relato, no consta en esta antología el nombre de Felicísimo Rojas. Y no constan tampoco los de Aguilera Malta, José de la Cuadra, Pareja y Diez Canseco, novelistas y relatores, aunque algunos de ellos hayan escrito poemas. Poeta, y de los más altos, es Raúl Andrade. Pero su obra está en la crónica y en el poema

dramático. Poetas son también, pero realizados en distintos géneros: Jorge Icaza, Humberto Salvador, José Joaquín Silva, José Miguel y Alfredo Mora Reyes, Jorge Fernández.

Obra acendrada, pero parva, en plenitud de ascensión, están realizando Jorge Pérez Concha, Jorge Suárez Burneo, Humberto Vacas, Nicolás Kingman, Jorge Mora, Jaime Zambrano, Jorge Hugo Rengel, Alfonso Aguirre, Gustavo Serrano . . . Esta antología, fijación de realidades, no quiere interponer su seriedad definidora ante esas vocaciones colmadas de esperanza y posibilidad.

BENJAMIN CARRION.

Quito, 1935.

ARTURO BORJA

(1894 - 1915)

Doloroso. Casi toda su obra, tan corta, es una queja. No gritada en la plaza pública. Dicha confidencialmente. Doloroso temperamental y literario. Forjador — con influencias y lecturas — de su propia tragedia. Fué el primero que, en su medio, insurgió contra «los viejos moldes» y proclamó el canon rubendariano.

Sincero y pulcro hasta la muerte, que lo tomó aún niño. Hundió su trance lírico en los estupefacientes, cuando tenía quince años. Su memoria es, por lo clara y triste, entre todas querida. Más cerca de la influencia de Verlaine que de la de los otros poetas franceses que citaba.

BIBLIOGRAFIA:

LA FLAUTA DE ONIX, Poemas. Edición póstuma. Quito. 1920.

Revistas LETRAS y RENACIMIENTO. Todas las antologías.

PRIMAVERA MISTICA Y LUNAR

El viejo campanario
toca para el rosario.

Las viejecitas, una a una,
van desfilando hacia el santuario
y se diría un milenario
coro de brujas, a la luna.

Es el último día
del mes de María.

Mayo en el huerto y en el cielo:
el cielo, rosas como estrellas;
el huerto, estrellas como rosas...
Hay un perfume de consuelo
flotando por sobre las cosas.
Virgen María, ¿son tus huellas?

Hay santa paz y santa calma...
Sale a los labios la canción...
El alma
dice, sin voz, una oración.

Canción de amor,
oración mía,
pálida flor
de poesía.

Hora de luna y de misterio,
hora de santa bendición,
hora en que deja el cautiverio
para cantar, el corazón.

Hora de luna, hora de unción,
hora de luna y de canción.

La luna
es una
llaga blanca y divina
en el corazón hondo de la noche.

¡Oh, luna diamantina,
cúbreme! ¡Haz un derroche
de lívida blancura
en mi doliente noche!
¡Llégate hasta mi cruz, pon un poco de albura
en mi corazón, llaga divina de locura!

.....

El viejo campanario
que tocaba al rosario
se ha callado. El santuario
se queda solitario.

MELANCOLIA, MADRE MÍA...

Melancolía, madre mía,
en tu regazo he de dormir,
y he de cantar, melancolía,
el dulce orgullo de sufrir.

Yo soy el rey abandonado
de una Thulé donde nunca viví,
y al verme pobre y desterrado
vuelvo los ojos hacia ti.

Melancolía, tú eres buena,
tú aliviarás este dolor;
para esta pena
serán tus lágrimas de amor.

*
* *

¿Qué me ha quedado de aquella hora
primaveral?
La melodía pasó. Ahora
sólo hay un eco funeral.

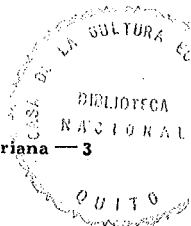
¿Y la mujer a quien quisimos?
¡Ay!, se fué ya.
¿Y la mujer que en sueños vimos?
Nunca vendrá.

.....

Y así, la vida: las estrellas
mintiendo amores con su luz,
cuando muy bien pudiera que ellas
sean los clavos de una cruz.

.....

Melancolía, madre mía,
en tu regazo he de dormir,
y he de cantar, melancolía,
el dulce orgullo de sufrir.



VISION LEJANA

¿Qué habrá sido de aquella morenita,
— trigo tostado al sol — que una mañana
me sorprendió mirando a su ventana?
Tal vez murió, pero en mí resucita.

Tiene en mi alma un recuerdo de hermana
muerta. Su luz es de paz infinita.
Yo la llamo tenaz en mi maldita
cárcel de eterna desventura arcana.

Y es su reflejo indeciso en mi vida
una lustral ablución de jazmines
que abre una dulce y suavísima herida.

¡Cómo volverla a ver! ¿En qué jardines
emergerá su pálida figura?
¡Oh, amor eterno el que un instante dura!

MUJER DE BRUMA

...comme le souvenir
d'un grand cygne de neige aux longues,
longues plumes.

SAMAIN.

Fué como un cisne blanco que se aleja
y se aleja, suave, dulcemente
por el cristal azul de la corriente,
como una vaga y misteriosa queja.

Me queda su visión. Era una vieja
tarde fría, de lluvia intermitente;
ella, bajo la máscara indolente
de su enigma, cruzó por la calleja.

Fué como un cisne blanco. Fué como una
aparición nostálgica y alada,
entrevista ilusión de la fortuna...

Fué como un cisne blanco y misterioso
que en la leyenda de un país brumoso
surge como la luna inmaculada.

ERNESTO NOBOA CAAMAÑO

(1892 - 19...)

Tuvo fe, fe encarnada en los paraísos artificiales. En su taumaturgia esencial. Porque fué un nostálgico empedernido. Nostálgico de todo: de paisaje, de amor. Su poesía es un cántico a la insatisfacción. Pero dicho con tal sentido comunicativo, con tan agudo don de interpretación de estados de alma que, a pesar de ser un aristócrata, llegó a la popularización de la música callejera y de la serenata... El nos ha confesado su predilección por Baudelaire. Pero el intimismo doliente, la subjetividad acendrada de Noboa Caamaño, apenas pueden confinar con una provincia lírica del imperio ilimitado de LAS FLORES DEL MAL.

BIBLIOGRAFIA:

LA ROMANZA DE LAS HORAS. Poemas. Quito, 19...
Colaboración en revistas nacionales.

HAY TARDES EN LAS QUE UNO DESEARÍA...

Hay tardes en las que uno desearía
embarcarse y partir con rumbo incierto,
y silenciosamente, de algún puerto
irse alejando, mientras muere el día.

Emprender una larga travesía
y perderse después en un desierto
y misterioso mar no descubierto
por ningún navegante todavía.

Aunque uno sepa que hasta los remotos
confines de los piélagos ignotos
le seguirá el cortejo de sus penas

y que al desvanecerse el espejismo,
desde las glaucas ondas del abismo
le tentarán las últimas sirenas.

VIVO GALVANIZADO...

Vivo galvanizado por un recuerdo triste
que acibaró mi enferma juventud desvalida;
de los viejos tesoros que había en mí, nada existe;
voy con el alma en sombras y con la fe perdida.

Del más mínimo esfuerzo mi voluntad desiste
y deja, libremente, que por la abierta herida
del corazón se escape — sin que a mi alma contriste —
como un perfume vago la esencia de la vida.

Lasciate ogni speranza! Hoy sólo el alma enferma
anhela desligarse de esta mísera carne
que los males agobian y que el gusano merma,

y pedir al Olvido su ropaje de ensueño...
¡tal vez para que pronto torne al mundo y reencarne
en el cuerpo leproso de algún perro sin dueño!

5 A. M.

Gentes madrugadoras que van a misa de alba
y gentes trasnochadas, en ronda pintoresca,
por la calle que alumbra la luz rosada y malva
de la luna, que asoma su gran cara truhanesca.

Desfila entremezclada la piedad con el vicio,
pañolones polícromos y mantos en desgarre,
rostros de manicomio, de lupanar y hospicio,
siniestras cataduras de sabat y aquelarre.

Corre una vieja enjuta que ya pierde la misa,
y junto a una ramera de pintada sonrisa,
cruza algún calavera de jarana y tramoya...

Y sueño — ante aquel cuadro — que estoy en un museo,
y en caracteres de oro, al pie del marco, leo:
«Dibujó este «Capricho» Don Francisco de Goya»

ARIA DE OLVIDO

Mi corazón es como un cementerio
que pueblan las cruces de lo que he perdido...
¡lo que no ha sepultado el misterio,
va teniendo que hacerlo el olvido!

Fraternal cariño que hoy se pudre, inerte,
ternuras lejanas, pasión extinguida;
a los unos los segó la muerte,
a los otros... los mató la vida.

La Vida que ofrece tenaz y alevosa
la miel en el fresco labio sonriente,
la Muerte que llega, dulce y cautelosa,
con su paso humilde de reina haraposa,
¡a darnos su beso de paz en la frente!

Ya todos sois idos, todos estáis yertos,
rostros bondadosos, labios compasivos;
¡llevadme vosotros, corazones muertos;
que me despedazan corazones vivos!

Mi alma está poblada como un cementerio
con las negras cruces de lo que he perdido;
¡lo que no ha sepultado el Misterio,
va enterrando, piadoso, el Olvido!

MEDARDO ANGEL SILVA

(1899 - 1921)

Es un caso dentro de la literatura ecuatoriana. Hizo poesía aristocrática y palatina y admiró a Samain — el más artificioso de los simbolistas franceses —, a pesar de pertenecer a una clase social lejana de todo refinamiento. Se angustió con dolores literarios. Fue víctima, real y trágica, de una moda literaria inadaptable. Un maleficio stendhaliano lo aniquiló. Y así, este adolescente moreno y tropical, que bien pudo, con su gran fuerza de espíritu, hacer obra recia y optimista, se entregó a la insatisfacción, a las drogas heroicas, y a llamar, a grandes gritos líricos, a la muerte. Un buen día se rompió las sienes de un balazo.

BIBLIOGRAFIA:

EL ARBOL DEL BIEN Y DEL MAL. Poemas. Guayaquil, 1918.

MARIA JESUS. Novela. Guayaquil, 1919.

POESIAS ESCOGIDAS. París, 1926. Prólogo de Gonzalo Zaldumbide.

EL PRECEPTO

¡Deja la plaza pública al fariseo, deja
la calle al necio y tú enciérrate, Alma mía.
Y que sólo la lira interprete tu queja
y conozca el secreto de tu melancolía.

En los brazos del Tiempo la juventud se aleja,
pero su aroma nos embriaga todavía,
y el agua azul del lago del recuerdo refleja
las arrugas del rostro que adoramos un día.

¡Y todo por vivir la vida tan de prisa,
por el fugaz encanto de aquella loca risa
alegre como un son de campanas pascuales,

por el beso enigmático de la boca florida,
por el árbol maligno cuyas pomas fatales
de emponzoñadas mieles envenenan la vida!

ESTANCIAS

No dicen los inviernos que no haya primavera;
en la noche más negra palpita el alba pura:
lo sabio es esperar; es fuerte quien espera
— buen sembrador — velando la cosecha futura.

Las horas en su danza llevan tan loca prisa,
que a la risa y el llanto ofrecen pronto fin:
feliz quien pueda ver con la misma sonrisa
la serpiente del bosque y el lirio del jardín.

*

Por inasible adoro la gala de los cielos...
¡Señor, jamás permitas que goce mis anhelos,
que nunca satisfaga la sed que me devora!...

Lo amargo es el hastío de los sueños hallados,
el corazón ahito de los bienes gozados
que se pregunta: ¿qué voy a pedir ahora?...

DETALLE NOCTURNO

Un gato, grave y frío, sobre el vecino alero,
en yo no sé qué fina meditación se pierde,
contemplando la rosa de la luna de enero
con la viva esmeralda de su pupila verde.

Inclinada la testa como un Platón ideólogo,
e inmóvil, en hipótesis magníficas se abstrae...
y sólo turba el hondo silencio del monólogo
la canción olorosa que alguna brisa trae.

SE VA CON ALGO MIO...

Se va con algo mío la tarde que se aleja...
mi dolor de vivir es un dolor de amar
y, al son de la garúa, en la antigua calleja,
me invade un infinito deseo de llorar.

¿Que son cosas de niño, me dices?... ¡Quién me diera
tener una perenne inconsciencia infantil,
ser del reino del día y de la primavera,
del ruiseñor que canta y del reino de abril! /

¡Ah, ser pueril, ser puro, ser canoro, ser suave —
trino, perfume o canto, crepúsculo o aurora —
como la flor que aroma la vida... y no lo sabe,
como el astro que alumbra las noches... y lo ignora!

Ni un ansia, ni un anhelo, ni siquiera un deseo,
agitan este lago crepuscular del alma.
Mis labios están húmedos del agua del Leteo.
Mi muerte me anticipa su don mejor: la calma.

De todas las pasiones llevo apagado el fuego,
no soy sino una sombra de todo lo que he sido
buscando en las tinieblas, igual a un niño ciego,
el mágico sendero que conduce al olvido.

VELADA DEL SABADO

Marcha la luna trágica entre lunas de gasa...
sin que nadie las toque se han cerrado las puertas...
El miedo, como un lobo, pasea por la casa...
se pronuncian los nombres de personas ya muertas...

El abuelo las lámparas, por vez octava, prende...
se iluminan, de súbito, semblantes aturcidos...
Es la hora en que atraviesa las alcobas el duende
que despierta, llorando, a los niños dormidos...

ACTITUD

Loco rebelde a las duchas y a las camisas
de fuerza que se llaman teorías y problemas,
mi espíritu oye vagas palabras indecisas,
y con esas palabras suele hacer sus poemas.

Mi corazón no es cuerdo (claro, si es de poeta),
quintaesencia el dolor en un verso exquisito;
como el clown de Banville, él hará una pirueta
y de un salto mortal volará al Infinito.

Devana, ¡oh, Tiempo — buen hilandero —, tu rueca;
yo tengo para todo bien o mal mi sonrisa
— una triste sonrisa como una rosa seca —,

e inquieto, siempre inquieto buscándome en mí mismo,
como la nube a la voluntad de la brisa,
¡mi pensamiento va de un abismo a otro abismo!

LA MUERTE ENMASCARADA

Silenciosa y eternamente va a nuestro lado,
con paso sin rumor, enigmático y ledó,
grávido de misterios el rostro enmascarado,
seguido del horror, la tiniebla y el miedo.

Pasan las Horas dulces en cortejo rosado,
y sonrén, yo intento sonreír... y no puedo,
porque, al saberme siempre por ella acompañado,
como quien ve un abismo súbitamente quedó.

Quando pueblan la estancia las horribles visiones
que hace la Neurastenia surgir en los rincones,
entre los cortinajés de azul descolorido,

¡ay, apagad las luces y velad los espejos!
Temo ver en sus lunas de borrosos reflejos,
junto a la Enmascarada, mi faz de aparecido.

LA EXTRAÑA VISITA

Por la noche la Muerte las alcobas visita
donde dormimos nuestros apetitos bestiales
y, buen vendimiador, los frutos excogita
de sus vendimias eternas.

Una vez a mi lado llegó calladamente
y, cual si fuera un miembro próximo de familia,
me acarició las manos y me besó la frente;
y yo comprendí todo...

Y, desde esa vigilia,
ella marcha conmigo y se acuesta en mi lecho
y su mirar oscuro toda mi vida abarca...

¿No ves, por mi actitud, que estoy como en acecho
del rumor con que boga su misteriosa barca?...

OFRENDA A LA MUERTE

¡Muda nodriza, llave de nuestros cautiverios,
oh, Tú, que a nuestro lado vas con paso de sombra,
Emperatriz maldita de los negros imperios...
¿cuál es la talismánica palabra que te nombra?

Puerta sellada, muro donde expiran sin eco
de la humillada tribu las interrogaciones,
así como no turba la tos de un pecho hueco
la perenne armonía de las constelaciones...

Yo cantaré en mis Odas tu rostro de mentira,
tu cuerpo melodioso como un brazo de lira,
tus plantas que han hollado Erebos y Leteos,

y la serena gracia de tu mirar florido
que ahoga nuestras almas, exentas de deseos,
en un mar de silencio, de quietud y de olvido.

EL VIAJERO Y LA MUERTE

A los que hemos mirado — en una noche horrenda —
a nuestra cabecera la faz de la Ignorada,
puesto que comprendimos, se nos cayó la venda
y tenemos la ciencia de la sonrisa helada.

Y vimos — presentimos más — la cosa estupenda
y la triebra en que se hundirá nuestra nada
y la noche absoluta en la perdida senda
sin amores, sin albas, sin fin de la jornada.

No obstante, cautelosos en nuestra ceguedad,
vamos hacia la fuente de Piedad y Verdad...
¡Pero el mayor suplicio es ignorar el puerto,

y, en la tormenta hostil que nuestro sueño enluta,
el ser como un navío cuyo piloto, muerto
y aferrado al timón, no puede darle ruta!



HUMBERTO FIERRO

(1890-1931)

Elegancia. Ritmo interior. Sabiduría de las palabras para hacer de ellas vehículos, más que de literalidad, de sugerencia. Su vida se conformó, ceñidamente, a su obratono menor de la expresión, delicadeza. Tragedia — y tragedia dura —, asordinada con música de Claude Debussy y de la Chaminade.

Fué un obsedido de la perfección formal. Por ello, su obra es corta. Y aristocráticamente impopular. Procede de los simbolistas franceses. Su influencia más cercana y prieta: José María Eguren.

BIBLIOGRAFIA:

EL LAUD EN EL VALLE. Poemas. Quito, 1919.
Colaboración en las mejores revistas de arte del país.

NUESTRA SEÑORA LA LUNA

La luna vertía
Su color de lágrima.
Por una avenida
De espesas acacias,
Llegaba a la orilla
Del agua estancada
La desconocida
Pareja que hablaba
De días pasados.
Una historia maga
De citas y besos,
Una historia clara
De alegres sonrisas.
Los cisnes soñaban...
La luna vertía
Su color de lágrima.

Hasta la avenida
De espesas acacias,
Llegaba otra noche
La voz apagada
De otra pareja.
El interrogaba,
Ella respondía...

Era una lejana
Historia de amores
Ya casi borrada,
Una historia turbia
Que tenía clara
La angustia presente,
El interrogaba...
La luna vertía
Su color de lágrima.

Otra vez de luna
La avenida blanca
Estaba desierta.
No turbaba nada
El tedio infinito.
Ni la historia maga
De citas y besos,
Ni aquella lejana
Historia de amores
Ya casi borrada.
Estaba desierta
La avenida blanca.
La luna vertía
Su color de lágrima.

RETORNO

Llegó de lejano país
El compañero,
Que vimos partir del país
El mes de enero.

Conversa afectuoso, y está
Encanecido.
Al lado del piano, que está
Dado al olvido.

¿Por qué su sonrisa infeliz
Al sol que muere?
Nos calla que ha sido infeliz...
¿Ya no nos quiere?

El viento deshoja el jardín
Hoy mustio y viejo,
Y el ve amarillear el jardín
En el espejo.

LOS NIÑOS

Un lucero puro en el firmamento
Es como una lágrima en nuestros cariños,
Y en el panorama de mi pensamiento
Revive el poema feliz de los niños.

De los figurines copian la manera
Y se dicen cuentos de nostalgia honda,
Y empolva los bucles de su cabellera
Una duquesita de las de la Fronda.

Y los icroyables de sortijas finas
Y las niñas juegan junto a la ventana.
Tienen en sus ojos que ven las colinas
La añoranza triste de la hermana Ana.

Alguna conseja muere en la memoria,
Pero trae el aya de nuestros infantes
La varita fina del hada ilusoria
Y se sienta en medio de los suplicantes.

Y entonces los niños se salen de dudas
Oyendo la vida de la reina mora,
Que en ese palacio de torres agudas,
Unas veces canta y otras veces llora.

La tarde tranquila parece que sueña
No sé qué ternuras que nunca se ha escrito,
Y los labradores que pasan con leña
Se han de encontrar lejos con el Pulgarcito...

Y entran en el bosque frondoso y florido,
los lebreles rusos les siguen un trecho.
Y los gnomos cuentan el oro escondido
en una caverna de musgo y de helecho.

Gulliver gigante va por los caminos...
 Mientras se entristecen en la sala oscura
 Las telas borrosas de los gobelinos
 Y el piano que sueña con la partitura...

Y hay una sonrisa de oro en los prados,
 De duración breve como la inocencia,
 ¡Y se hunde el divino sol de los venados
 En el valle ameno de la adolescencia!...

DILUCIDACIONES

Quizás la bondad única que recibí del Orbe
 Fué la de ver muy claro mi propia pequeñez.
 El Ocaso de mi alma ni una mirada absorbe,
 Ni una mejilla fresca baña de palidez.

Desvaneci6se el ansia de la sabiduría
 Desde que me visitan la Noche y el Dolor.
 Yo no creo que un sabio pueda con su alegría
 Borrar la certidumbre de un pobre trovador.

Y todo lo que ahora conozco de la vida
 Es que me encuentro triste de ser y de pensar...
 Mi Musa es una sombra que guía mi partida
 Con la fatal ceguera de una ola del mar.

¿Qué escritas, alma mía, en esta eterna esfera,
 Si fuera de ti misma no tienes qué perder?
 ¿Por qué tornas los ojos, insólita viajera,
 Si el llanto que tenías ya no te ha de volver?

Mis viejas ambiciones durmieron incoloras,
 Mis sencillos afectos y mis odios también;
 Y lejos de las playas de creencias sonoras
 No sé mentir consuelos ni quiero que me den.

Queda entre los recuerdos mi juventud amada
 Que no ha de acompañarme con la desilusión.
 ¡No quiero buscar glorias ni quiero buscar nada,
 porque en cualquiera senda me pesa el corazón!

Me han familiarizado los días de fastidio
 con la idea rosada de tener que morir...
 ¡Yo no tengo Pegasos... Voy cansado al Excidio,
 Y no cantaré nunca la dicha de vivir!

JOSE MARIA EGAS

(1896)

Al grupo de los poetas dolorosos y suicidas, Egas aportó su mística dulzura y su melodía verbal, fácil de retenerse para el recital de cámara. Los motivos de su lírica han querido siempre acercarse a un misticismo perdonador y bondadoso.

De entre el grupo inspirador de maestros del modernismo, Egas se entregó de todo corazón a la influencia de Neruo. Es uno de los pocos de su generación que, a pesar de su cantar dolorido, se ha dejado saturar de optimismo esperanzado y, silenciando su voz poética, se ha lanzado a la vida.

BIBLIOGRAFIA:

UNCION. Poemas. Quito, 1922.

Revistas: RENACIMIENTO, EL TELEGRAFO LITERARIO, LETRAS.

LA VERDAD

Alma... no pienses mucho, que esa ruda faena
se llevará los dones de tu gracia infantil.
En cambio, simplifícate más y sé más buena...
Desecha toda falsa complicación sutil:
ila verdad es sencilla, transparente y serena
como el agua, las rosas y los cielos de abril!

Pretendiste hallar luz... ¡Y eres todo ceguera
para la gracia mística de tu propio fulgor!
Te obsesionan las joyas de falsa primavera
y abandonas la dulce primavera interior.
¡Yo no sé qué caminos vas a encontrar afuera
cuando adentro llevamos el camino mejor!

Deja que otros laboren sutil filosofía,
deja que nublen cielos como la tempestad,
enmarañando redes de inconsútil teoría,
urdiendo metafísicas llenas de oscuridad.
Tú, sé como la rosa, como el agua y el día,
que Amor tiene las últimas claves de la Verdad.

LA ÚLTIMA TARDE

La vida siempre igual: con su color de tedio,
con sus tardes lluviosas que estremecen de frío,
¡y son como la angustia de este mal sin remedio
que nos va consumiéndose de locura y de hastío!

Dejar que el alma lllore con su misma dolencia
y se pierda en canciones vagas y misteriosas;
seguir viéndolo todo con esa indiferencia
del que sabe el amargo secreto de las cosas...

Ya no nos queda nada: ni aquellos ojos negros
que eran como el encanto de una noche dormida,
ni aquella risa loca que iba fingiendo alegros
en este pentagrama lírico de mi vida.

Y sentir un perfume como a novias lejanas
y el corazón llorando con un dolor eterno,
con ese dolor místico que tienen las campanas
que lloran el crepúsculo de una tarde de invierno.

La lluvia sigue hilando su canción de abandono...
Ha llegado la tarde final en que mi vida
cantará sus tristezas y, con su mismo tono,
así como una flauta se quedará dormida!

REMIGIO ROMERO CORDERO

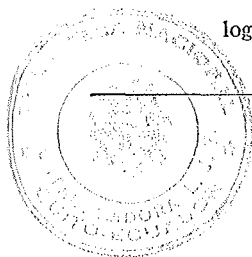
(1895)

Su voz tuvo sonido de agua clara para la égloga. Fué «el trovador de los oteros — el de las gavias blancas; — el que ama la vejez de los senderos —, y la orfandad con sol de las barrancas». Luego, alzó su voz épica para el canto de las grandes gestas de América: la indígena, la colonizadora, la independizadora. Pero a ratos perdidos — los mejores ratos del poeta —, hizo poemas tan bellos como «La elegía de las rosas».

BIBLIOGRAFIA:

LA ROMERIA DE LAS CARABELAS. Poemas, con prólogo de G. Zaldumbide. Quito, 1931.

CONDORICAMENTE. Poemas. Quito, 1934.



MUSICA DE AMERICA

MUSICA INKAIKA

Entonces él guardaba el Korikancha,
porque era Huillak-Uma... Pero, un día,
desfloró siete vírgenes solares
y en siete sangres abrevó el instinto...

¡Oh, fiereza de sed...! Por sobre el Kuzko
se oyeron los rugidos formidables
con que tragaba el masculino puma
siete esposas del sol americano...

Lo supo el Inka... Sepultarlas vivas
en un campo de Kínoas mandó entonces,
para vengar al Inti del ultraje...

Mas, cuando salió el sol del otro día,
de los siete sepulcros arrancaron
contra la faz del sol siete cantáridas...

MUSICA WARANNI

¿Son los urutaúes quejumbrosos
que enseñan armonía a los yatayes...?
¿O es que cantan las hojas de los árboles
como si fueran pájaros canoros...?

A las umbrías de la jungla virgen,
gorgoritando sol, llegan de oeste
el rumor de los ríos paraguayos
y un cantar de los indios warannés...

Después, largos minutos de mutismo,
donde se escucha palpar en seco
el corazón de tierra de la jungla...

Y otra vez, de repente, en las umbrías,
un cantar de los indios warannés
y un rumor de los ríos paraguayos...

MUSICA ARAUKANA

Pasa Kaupolikán... El recio tronco
sobre el hombro del indio en pie se pone,
y comienza a enraizar dentro la carne,
como si fuera selva de Araukania.

Bebiendo sangre se agiganta el árbol...
De repente, se cubre de follaje,
y consiente en la pompa de la copa
un paro de neblinas y de cóndores...

Sin una mueca de dolor, el indio
emprende la carrera... Y corre y corre
con el árbol que vive de su entraña...

Corre el indio... Y ya tanto corre y corre
que — acabado lo largo de los siglos —
retrocede a lo largo de los siglos...

ELEGIA DE LAS ROSAS

¿Qué pasará de noche...? No hay mañana
que no tenga el jardín rosas difuntas...
Sobre estas cosas, cariñosa hermana,
¿por qué a Nuestro Señor no le preguntas...?

Pasemos esta noche en la ventana,
los ojos fijos y las manos juntas,
para saber, mañana de mañana,
por qué hay en el jardín rosas difuntas...

Y velamos... Las doce, y, luego, la una,
y nada... A flor de soledad la luna,
en paz lo muerto y en quietud lo vivo...

Mas, al prendernos Dios la luz del día,
la última rosa blanca en agonía
y las otras ya muertas... sin motivo...

EL ERA UN HOMBRE RARO

El era un hombre raro... Su faz tenía grietas
como — tras el hervor negro del cataclismo —
la faz de los planetas
que dejan balanceando su miedo en el abismo...

Sin duda, era el más alto de los grandes poetas...
Tuvo el don de sí mismo...
Y conversaba a gritos con visiones secretas...
Y explicaba a la Noche no sé qué catecismo...

Un día le encontraron debajo de una encina,
completamente muerto, a la hora vespertina...
Sus ojos entreabiertos brillaban como un faro...

Jamás durmió este insomne de las palabras bellas...
y, como se pasaba siempre de claro en claro,
él fué quien puso nombres a todas las estrellas...

GONZALO ESCUDERO

(1903)

Una poderosa fuerza lírica, servida por un instrumento verbal amplio, rico y sonoro. La motivación poética de Gonzalo Escudero — desde los precoces doce años en que comenzó a escribir — ha sido siempre trascendental, anhelante de interrogaciones de infinitud cósmica. Hasta los temas humanos — amor, dolor, muerte — han sido tocados por Escudero con ritmos de una excelsitud desconcertante.

Hay una fuerte similitud — que ya he anotado en «Mapa de América» — entre Gonzalo Escudero y el gran uruguayo Carlos Sabat Ercastry. Y si Sabat urge quizás con más dinámica insistencia en los misterios palingénésicos de la idea — el mundo, la especie —, Escudero dice su formidable inquietud con vuelo más artístico de imagen. Escudero — como Sabat — hace la más alta épica americana de las generaciones nuevas.

BIBLIOGRAFIA:

POEMAS DEL ARTE. Quito, 1919. PARABOLAS OLIMPICAS. Quito, 1922. HELICES DE HURACAN Y DE SOL. Madrid. 1934. PARALELOGRAMA. Poema dramático. Quito, 1935.

DIOS

Sobre la noche de ébano, tiendo mis manos bárbaras para buscar a Dios... Y enarboló en mis mástiles el silencio. Y conduzco huracanes alígeros. Y hasta muerdo la fruta de tus dos senos núbiles para encontrar a Dios en sus pezones túrgidos maravillosamente convertido en miel límpida.

Y hasta quiero palparle en la caricia tímida
 de los niños que penden como manzanas pródigas
 del árbol de las madres. Y hasta en la llama pálida
 del alcohol de tu mirada muerta. Y hasta en la lámpara
 que me hizo conocer tus dos flancos de náyade
 aquella nochebuena de los primeros pámpanos.
 Y hasta en la madrugada de linos arcangélicos
 de tu muerte quisiera buscarle, y en el trémolo
 de una tarde sin fin con arcoiris diáfanos
 y corderos pascuales de hatos inverosímiles
 y golondrinas de oro y campaniles de angelus.
 Y hasta en las nubes blandas de un otoño translúcido
 que nos haga llorar sin saber cómo... Céspedes
 de berilo impalpable han caído de un álamo.
 Mil grillos tintinean unísonos sus crótalos
 e ilumina su doble candil una luciérnaga.

Estoy tranquilo. Floto en algodones húmedos,
 mientras Dios se desmaya dulcemente en mis párpados.

LOS DOLMENES

La niebla me ha vendado los ojos. Estoy ciego.
 Tiembla el pinar como una cúpula
 sobre mi cabeza rebelde.
 La noche suena como un órgano.
 Mis manos incandescen.
 He apretado los troncos de los árboles.
 Estrangulé los torsos de las mujeres
 y rompí la tierra, como un vientre.
 ¡Hoy, hoy!
 ¡Trueno, sorbo de Dios!
 Mis brazos se agigantan como trombas oceánicas.
 Y estoy solo
 ante mi eternidad, como los dólmenes.
 Nadie sabrá después quién sopló los ciclones,
 quién abrió los abismos como fauces.
 ¡Nadie!
 Huracanes, gritad, que estoy solo.
 La niebla me ha vendado los ojos. ¡Estoy ciego!

COLUMPIO DE ETERNIDAD

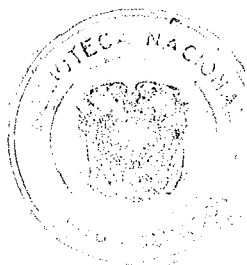
Estoy así mejor.
Con las dos manos diáfanas
para encender la lámpara de la noche
cuando Tú vuelvas.

Tu estupor será blanco.
Será la noche negra.
El perro de la casa,
desde sus dientes saltimbanquis,
dejará caer su lengua blanda
para lamer tus llagas.
Entonces serás la Misma.
Junco rosado.
Ola tibia.
Y crecerá el pinar cuando te diga:
Bienvenida seas.

Lloverá miel del cielo,
como en las escrituras olorosas.
Y para desnudarte,
esperaré que lloren los lobos a la puerta,
como los niños ciegos,
y que el fogón apague sus tizones
y que los tilos cabeceen trémulos.

Y te desnudaré como el fresno romántico,
para luego ataviarte con la garúa de topacio.

Tu cuerpo
— vía láctea entre Dios y el Pecado —
será un breviario inédito
para las manos del silencio.
Creeré en Ti.
Serás una luz clara en el barco
de papel de mi espíritu.
El tiempo será un aro sin fin.
Y tu muerte: una cereza de oro en tus labios.



Estaré así mejor.
 Con las dos manos diáfanas
 para apagar la lámpara de la noche,
 cuando Tú mueras.
 Estaré así mejor.
 Con la burbuja de tu muerte en mis párpados.

ZOO

Sol,
 inventario del color.

Los caballos han aprendido a leer el mundo
 en las frutas de vidrio de sus ojos.
 Colonia nudista de las madreporas.
 Grías de chocolate de las jirafas.
 Claude Debussy es apenas
 la aguja de sonido de las ratas.
 Convoyes eléctricos de los boas constrictores.
 Pantalones marineros de los elefantes.
 Stravinsky es la pubertad de los gatos en los techos de luna llena;
 Metalurgia de los proyectiles de los pájaros.
 Cremallera de cobre de la iguana.
 ¿Qué cordillera se encabrita como los camellos?
 ¿Qué transatlántico enarbola los surtidores de las ballenas?
 Geodesia, sabiduría del caracol.
 La erudición de Marx es el soviét de las hormigas.
 Los pingüinos son los camisas negras del cielo.
 Carlos Chaplin se doctoró en el salto de los anfílopes.
 Nadie resolverá la ecuación algebraica de una serpiente X.
 ¿Qué nodriza británica como el canguro
 donde Freud aprendió a balbucear la libido?

Relojería de las ostras.
 ¿Qué cortesana vistió en invierno como los armiños?
 Traje dominical de las cebras penitenciarias.

Las avestruces raudas son los automóviles de pluma.
 Araña títere de los andamios de cristal.

Y todo, para que el murciélago abra el paraguas de la noche.

ALTAMAR DE VIDRIO

Al fin, última brizna de centella
en la oceanía negra.

Ninguna brújula como tu sexo,
metal dorado por el viento.

Ignoremos la eternidad.
Estos días que hacen los meses.
Estos meses que hacen los años.
Estos años que hacen la muerte.

Sólo tu vientre de jade es el tiempo.

Nadie leyó tu cuerpo astronómicamente.
Tu línea equinoccial tiembla en la punta de mis dedos,
Náutica de tus piernas remadoras
en la orilla de un grito.
Aquarium de los sueños raudos,
donde se encienden y se apagan
los peces eléctricos de tus tobillos.
Las jarcias de tus brazos.
Los capricornios de tus senos.
Lo que Tú eres y no eres.

Tantas luces perdidas
en tantas desnudeces encontradas.

Este minuto se mide con cinta métrica de milenios.
La historia universal es tu sollozo de deseo.

Las naves corsarias te buscarán entre las algas,
alga de humo corsario, Tú misma.
Tartana en dimensiones de aire verde.
Lo que Tú eres y no eres.

Hasta aquí, no se ha perdido sino el tiempo
que demora un cohete sobre la piel de un eco.

¿Y qué más da?
Ignoremos la eternidad.

Los barcos de papel son tantos
como los mástiles de tus espasmos.

Todo es igual al muelle fortuito de tus hombros,
 a la rada púrpura de tu cabeza,
 a tu ombligo:
 delta de un río mínimo.
 Menudas cosas de piratería
 en la tormenta finita.
 Historia de abordaje en altamar de vidrio,
 donde la burbuja es nuestro sino.

BOTANICA DEL LAMENTO

Tiempo de vidrio en el reloj de la burbuja
 para la salutación matinal de los hongos.
 Las lianas han crecido como los niños y las nubes.
 Nada podemos hacer en este barco verde
 contra la piratería de las frutas.
 Heliotropismo de miel de los senos y de las granadas.
 Alfileres del cactus hilandero,
 fábrica del rocío.
 Antenas de los álamos y de las jirafas
 para que la garúa
 — telegrafía de agua —
 tambrcilee en el gong de los sapos.

Colguemos nuestros recuerdos sobre los garfios de la piña.
 Hemos perdido el meridiano de uva de las mujeres
 en las ciudades tatuadas por un Picasso de cereza.
 Nuestro bostezo vale las esterlinas de la toronja.

Martirologio de San Lorenzo y de la castaña
 en la jadeante fresa de los relámpagos patinadores.
 Alambre de la zarza en llamas
 contra las bayonetas de la escarcha.

Hospital de sangre de los tomates
 en el estallido de las grímpolas.
 Manos de Paderewsky de los helechos
 sobre las teclas de los tímpanos,
 hilas de nuestra camisa de ahorcados.

¿Qué se hicieron tus hombros, acantilados de naranja?
 ¿La orilla de durazno de tu vientre
 en las trombas de plátano de tus caderas?

Todo es igual al viento borracho
 en el columpio de los ecos.

MIGUEL ANGEL LEON

(1900)

Tiene el culto exacerbado de la imagen. Cree en su milagro integral. Hay en su poesía un soplo tan poderoso para hinchar la vela lírica, que pudieran hallarse en él todas las posibilidades de un realizador de epopeya.

Asegura creer en Tzara, en el dadaísmo, en ese raro y genial balcán que fué Guillaume Apollinaire. Nosotros le hemos visto muy cerca del Huidobro francés — todo Huidobro —. Ahora calla, acaso momentáneamente. Y sólo lo desaletargan ciertos ímpetus cósmicos, que lo han llevado al poema de las tempestades y de los volcanes.

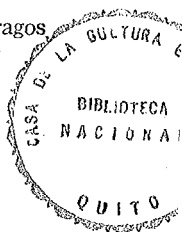
BIBLIOGRAFIA:

LABIOS SONAMBULOS. Poemas. Riobamba, 1921. Revistas y antologías. ✓

EL FUEGO

El fuego araña el aire negro de la estancia,
y, cual gato diabólico, hacia el tejado brinca.
Tremola de coraje, se arremolina de ansia.
El fuego hasta en la piedra sus finas garras hinca.

Como un labio beodo bebe sombras, a tragos
luego se desparrama en mil lágrimas rojas;
luego, cual sauce loco, sobre los quietos lagos
de la noche, hace caer sus cristalinas hojas.



Chirría el fuego, mordiendo como una fiera el suelo;
se inclina al latigazo del viento que le reta
y cual sierpe se ovilla para picar el cielo.

Como una cabellera, al viento, se desgrefña,
se revuelca, se arrastra, palidece, se aquieta
y muere como un mártir abrazado a la leña.

EL VIENTO

El viento, como un ciego, va buscando las puertas.
El viento por las noches en la calle tiritita
y se entra a las alcobas como se entran las muertas
personas familiares que vienen de visita.

El viento es un fantasma. Tremola la bujía
de miedo, y como un niño se acurruca en la sombra.
El viento es un fantasma y de pavor enfría
la estancia. El viento nombres desconocidos nombra.

Nos trae el olor fresco de las vecinas frondas;
desata las cortinas de la estancia callada
y las cortinas vuelan, como dos crenchas blondas,
sobre el áurea cornisa de la puerta asustada.

Mueve los lamparones como largos badajos,
contorsionando sombras en el tapiz oscuro.
¿Qué insectos misteriosos zumban, y qué escarabajos
invisibles arañan las espaldas del muro?

La ventana, entreabierta de luna, parpadea.
Da alaridos el viento entre los rendijones;
abre los libros, lee, cierra, gime, hojea
y se arrastra buscando algo por los rincones...

EL AGUA

El agua fluye,
el agua huye
por la campiña
y va cantando bajo la fronda
como una niña.

El agua huye sobre la gualda
alfombra de hojas de los eneros
y va cogiendo,
dentro su falda,
rosas marchitas, luna y luceros.

El agua corre por la campiña.
El agua llega,
y a tientas busca el verde estanque
como una niña
que fuera ciega.

El agua sueña, bajo la sombra,
en torsos blancos, flores y nidos
El agua nombra
nombres de amantes desconocidos.

LA NEBLINA

La neblina ha vestido de ensueño las cosas;
por las nocturnas calles va pasando quedo
y, a través de las verdes ventanas temblorosas,
la neblina hace llorar a los niños, de miedo.

La neblina es el alma de estrellas diluidas;
o es que riega el cielo igual que una fontana.
Las farolas, tal vez, son lágrimas caídas
de los ojos del sol que salió esta mañana.

Arquea la neblina, como un felino, el lomo
bajo la suave mano del silencioso viento,
y nos hace invisibles y misteriosos como
personajes ambiguos de algún absurdo cuento.

CANTO AL CHIMBORAZO

Montaña...

Cimborio de platino,
campanario de los huracanes,
te oriflomas de crepúsculo en las tardes,
te incendias con fogatas de estrellas en las noches.

Campo de aterrizaje para cóndores.
 Abanderado de nuestra América,
 que llevas en el pecho como una medalla
 la huella dorada del pie de Bolívar.
 Carpa más alta del vivac de los Andes,
 donde acampó la raza del indio.
 Cubierto con el manto de piel de oso del polo
 y con el iris curvado hacia atrás
 me recuerdas la gloria de tus caciques bravos.

Montaña...

Paracaídas de nuestros panoramas,
 en las cuerdas sonoras de tus ríos
 te pasas la vida cantando paisajes.
 El Trópico es un cinturón de sol
 que sostiene la falda de raso de la tierra
 y tú eres la hebilla.

En tu cima
 (TA HUAN TI SUYO)
 gira la giralda de la rosa náutica.

Montaña...

Ovillo del que se desovilla la Vía Láctea.
 Carabela de tres velas,
 en el oleaje crespo de los horizontes.
 Sobre tu popa
 iremos cantando nuestra canción autóctona.
 Parábola de la altura,
 mi alma disparada por ti
 ha hecho blanco en el Sol.

Montaña...

Tu copa
 en las manos de América
 es una copa de champaña.

HA CERRADO LA LAMPARA LOS OJOS

Ha cerrado la lámpara los ojos.
 Andan las palabras en puntillas.
 En el espejo roto brillan manojos
 de lunas amarillas.

El viento hace chirriar los libros
como cigarras.

Alguien toca la puerta...
¿Son manos o son garras?

Estoy solo y, sin embargo,
han soplado la brasa.
En caballos de humo equitan
llamas saltimbanquis...
Yo no sé qué pasa:
¿es que se mueve el espejo
o es que de miedo tiritan
todas las cosas...?

¿Este frío que siento en la frente
es frío o es el labio
de algún espectro amigo?

Los ojos de los muertos
vienen en estuches
de sombra y de silencio.

Sombra. Silencio.
Danza en el cuadrante el minuto eterno.
Mil ojos vidriados de cadáveres
como mil piedras preciosas del infierno
caerán sobre mis manos.

Ha cerrado la lámpara los ojos.
Andan las palabras en puntillas.
La noche en mi estancia es un vestido trágico
manchado con sangre de luna y estrellas.

CATACLISMO

El volcán con las fauces abiertas
ladra a la luna que pasa;
el sonido abre las puertas
y como un niño tiembla toda la casa.

Por el negror profundo
vagan hombres como palabras de Poe;
el cataclismo roe, roe
y como una fiera sacude el mundo.

Las nubes se derrumban sobre nosotros.
Truena y luego
las estrellas se encabritan como potros
crinados de fuego.

La garra del relámpago brilla
en el lomo negro de la nube.
¡Oh, no poder cerrar el cielo como una sombrilla
para que lluevan astros!

MI LIBRO

Para escribir mi libro
encuadernaré la sombra,
con una punta de estrella
escribiré mi rima.
Y mi libro, empastado de luna,
temblará en las manos de la muerte.
Tendrá los párpados cerrados
como los de un ciego,
porque mi libro será escrito
para no leerlo en la vida...
Y habré acabado todas las puntas de estrella
y no habré acabado de escribir Mi LIBRO.

JORGE CARRERA ANDRADE

(1903)

Una capacidad receptiva asombrosa. Y una fuerza lírica con aptitud para reducir a barro propio las más lejanas y distímiles influencias. Su parábola poética recorre todos los dominios de la poesía. Humilde, franciscano, en su primer volumen. Cristalino, translúcido. Luego, sensual. Y siempre dentro y frente a sus poemas. Para verlos y oírlos. Ha desembocado en la lírica evasionista y pura. En el maravilloso comprimido del «hai-kai», que él llama micrograma. Se ha rozado con la sensibilidad social y revolucionaria. Y ha tornado de nuevo a su delgada y poderosa transparencia de lente. Para mirar puertos y dar objetividad lírica a las latitudes.

Benjamín Jarnés dice que la poesía de Carrera Andrade, «como toda la auténtica, es un intento de regreso a la infancia del mundo. Es la que pone nombres nuevos a las cosas». Y Alberto Guillén sostiene que la de Carrera Andrade «es una de las más puras voces líricas de América».

BIBLIOGRAFIA:

ESTANQUE INEFABLE. Poemas. Quito, 1922. — LA GUIRNALDA DEL SILENCIO. Poemas. Quito, 1926. — BOLETINES DE MAR Y TIERRA. Poemas. Prólogo de Gabriela Mistral. Madrid, 1930. — CARTAS DE UN EMIGRADO. Prosas. Barcelona, 1933. — LATITUDES. Prosas. Quito, 1934. — ROL DE LA MANZANA. Poemas. Prólogo de Benjamín Jarnés. Editorial Espasa-Calpe. Madrid, 1935.

LA VIDA PERFECTA

¡Conejo: hermano tímido, mi maestro y filósofo!
Tu vida me ha enseñado la lección del silencio.
Como en la soledad hallas tu mina de oro,
no te importa la eterna marcha del universo.

Pequeño buscador de la sabiduría,
hojeas como un libro la col humilde y buena,
y observas las maniobras que hacen las golondrinas,
como San Simcón, desde tu oscura cueva.

Pídele a tu buen Dios una huerta en el cielo,
una huerta con coles de cristal en la gloria,
un salto de agua dulce para tu hocico tierno
y sobre tu cabeza un vuelo de palomas.

Tú vives en olor de santidad perfecta.
Te tocará el cordón del padre San Francisco
el día de tu muerte. ¡Con tus largas orejas
jugarán en el cielo las almas de los niños!

PARROQUIA

La luna: pequeña redomita de agua
llena, ¡ah, siempre llena!,
para el grillo calvo que viste sotana
y el ratón que tiene su cuarto en la mesa.

Para la col tímida que se siente monja,
el zorro que orina en el techo,
el rastrillo hurraño, la humilde bellota
y la carretilla de heno.

¡Oh, luna hortelana, luna oliente a flores
para el asno triste y hasta el lobo malo!
¡Redomita de agua que hace que se mojen
sobre la ventana las chancas del párroco!

LEVANTAMIENTO

I

Iban adelante nuestros padres
buscando el vado de la tarde crecida
con sus pies cargados de memoria.

Ochocientas voluntades. Ochocientas.
Para el ancho redoble de nuestras sandalias
era un tambor la tierra.

Tierra vestida a cuadros,
mordida por los cercos guardianes:
estás prisionera de cuatro hombres
hasta el último azul del horizonte.

Traíamos el pulso de la semilla libre,
tierra de pechos vegetales.
Flameaba el harapo de nuestro grito
en el último palo del aire.

Con su carrera de sangre los soldados
despertaron los verdes quietos del campo.

Avanzaban comidos de sombra
y un estribillo de dientes afilados
mordía sus hebillas luminosas.

Con los tallos negros de sus fusiles
les vieron pasar
los ojos franciscanos de las sembreras.

Nosotros caminábamos escoltados de espigas,
con un poncho de luz sobre los hombros
y en la frente el mandato de la tierra.

II

Soldados. Soldados.
Ejercicios de puntería
sobre los colores humildes del campo.

Vagabunda muralla de humo:
trampa abierta en el día.
Nos matan desde el horizonte
dando a luz estrellas lívidas.

Compañeros:
los fusiles nos miran con sus ojos de muerto.

Golpea el mundo en nuestras sienas.
El miedo de morir grita en nuestra garganta.
Hay que saltar a la carrera
el silencio listado de mortales bengalas.

Ochocientos bajamos de los cerros,
contando nuestros padres, nuestras madres
y nuestros tiernos hijos.
A esta hora
casi todos descansan sobre la tierra grande.

Trafamos el pulso de la semilla libre,
tierra acorralada por los cercos guardianes.
A la orilla del viento acampó la canción.
El fusil desplomó nuestro mensaje.

Tumbados en la vecindad del cielo,
nuestros muertos duermen
manando un cosmos dulce del costado
y con una corona de sudor en la frente.

BOLETIN DE VIAJE

Sobre el tejado del mundo
puso el gallo a secar su canción de colores.
La luz era ya pesada como un fruto.

Sus tablas de la ley me entregó el campo.
De la misma madera de la cruz
estaba hecho el arado.

Era un anillo de dolor
la línea ecuatorial
en el dedo del corazón.

En la nave de veinte cornetas
embarqué mi baúl de papagayos
hacia otro extremo de la tierra.

Ardía el alfabeto de las constelaciones.
Giraban gozosos los puertos niños
en el carrusel del horizonte.

Se amotinaron los mares
y los cuatro vientos
contra mi sueño almirante.

Ancla: trébol de hierro.
Te arrojó el Capitán al continente antiguo.
Vi las torres cargadas con sus sacos de nubes
y las grúas cigüeñas
con su cesta en el pico.

Europa hacía andar con un ritmo de aceite
sus arados mecánicos.
Con su pajita tornasol
la espiga chupaba el calcio.
Mas, toda la alegría del mundo
al subir por las chimeneas
se convertía en humo.

En la hoja en blanco de la harina
imprimían los molinos
la arenga proletaria de la espiga.

Las ciudades se hablaban a lo largo del aire.
Descubrí al hombre. Entonces
comprendí mi mensaje.

BIOGRAFIA

La ventana nació de un deseo de cielo
y en la muralla negra se posó como un ángel.
Es amiga del hombre
y portera del aire.

Conversa con los charcos de la tierra,
con los espejos niños de las habitaciones
y con los tejados en huelga.

Desde su altura, las ventanas
orientan a las multitudes
con sus arengas diáfanas.

La ventana maestra
difunde sus luces en la noche.
Extrae la raíz cuadrada de un meteoro,
suma columnas de constelaciones.

La ventana es la borda del barco de la tierra:
la ciñe mansamente un oleaje de nubes.
El capitán Espíritu busca la isla de Dios
y los ojos se lavan en tormentas azules.

La ventana reparte entre todos los hombres
una cuarta de luz y un cubo de aire.
Ella es, arada de nubes,
la pequeña propiedad del cielo.

EL HOMBRE DEL ECUADOR BAJO LA TORRE EIFFEL

Te vuelves vegetal a la orilla del tiempo.
Con tu copa de cielo redondo
y abierta por los túneles del tráfico,
eres la ceiba máxima del Globo.

Suben los ojos pintores
por tu escalera de tijera hasta el azul.
Alargas sobre una tropa de tejados
tu cuello de llama del Perú.

Arropada en los pliegues de los vientos,
con tu peineta de constelaciones,
te asomas al circo
de los horizontes.

Mástil de una aventura sobre el tiempo.

Orgullo de quinientos treinta codos:

Pértiga de la tienda que han alzado los hombres
en una esquina de la historia.

Con sus luces gaseosas
copia la Vía Láctea tu dibujo en la noche.

Primera letra de un abecedario cósmico
apuntada en la dirección del cielo;
esperanza parada en zancos;
glorificación del esqueleto.

Hierro para marcar el rebaño de nubes.
Afiche centinela de la edad industrial.
La marea del cielo
mina en silencio tu pilar.

PRIMAVERA & COMPAÑIA

El almendro se compra un vestido
para hacer la primera comunión. Los gorriones
anuncian en las puertas su verde mercancía.
La primavera ya ha vendido
todas sus ropas blancas,
sus caretas de enero,
y sólo se ocupa de llevar hoy día
soplos de propaganda por todos los rincones.

Juncos de vidrio. Frascos de perfume volcados.
Alfombras para que anden los niños de la escuela.
Canastillos. Bastones
de los cerezos. Guantes muy holgados
del pato del estanque. Garza: ¡sombriilla que vuela!

Máquina de escribir de la brisa en las hojas,
oloroso inventario.
Acudid al escaparate de la noche:
cruz de diamantes, linternitas rojas
y de piedras preciosas un rosario.

Marzo ha prendido luces en la hierba
y el viejo abeto inútil se ha puesto anteojos verdes.
Hará la primavera, después de algunos meses,
un pedido de tarros de frutas en conserva,
uvas — glándulas de cristal dulce —
y hojas doradas para empacar mis tristezas.

Tiempo en que el corazón quiere saltar descalzo
y en que al árbol le salen senos como a una niña.
Nos asalta el deseo de escribir nuestras cosas
con plumas de golondrina.

Estos charcos apenas son copas de agua clara
que arruga un aletazo o un canuto de hierba,
y es el aire de vidrio una marea azul
donde el lento barquito del insecto navega.

Chapotean a gusto las sandalias del agua.
 Los mosquitos parece que ciernen el silencio
 y los gorriones cogen en el pico la perla
 del buen tiempo.

MICROGRAMAS

COLIBRI

El colibrí,
 aguja tornasol,
 respuntes de luz rosa
 da en el tallo temblón
 con la hebra de azúcar
 que saca de la flor.

OSTIÖN

Ostión de dos tapas:
 tu cofre de calcio
 guarda el manuscrito
 de algún buque náufrago.

GRANO DE MAIZ

Todas las madrugadas,
 en el buche del gallo
 se vuelve cada grano de maíz
 una mazorca de cantos.

NUEZ

Nuez: sabiduría comprimida,
 diminuta tortuga vegetal,
 cerebro de duende
 paralizado por la eternidad.

LO QUE ES EL CARACOL

Caracol:
 mínima cinta métrica
 con que mide el campo Dios.

EL RATON

El ratón,
 oficial de taller,
 se pasa fabricando
 virutas de papel.

¡Chist...! La S señorial
 y la I de los libros
 le gusta deletrear.

AUGUSTO ARIAS

(1902)

Mientras Escudero golpeaba su cincel en mármoles de mitología y Carrera Andrade se paseaba, con Francisco de Asís y Francis Jammes, por Umbrías y Provenzas de lecturas, Augusto Arias — compañero y coetáneo — decía ternezas sentimentales y contaba su intimidad cordial en ritmos melódicos.

Poeta muy leído, por su coincidencia mayor con estados de alma adolescentes, en veladas con lámparas y proyecto de epístola de amores.

Arias ha hecho historia y biografía, muy melódicamente también.

BIBLIOGRAFIA:

EL CORAZON DE EVA. Poemas. Premio Nacional de Literatura. Quito, 1927.

VIDA DE MARIANA DE JESUS.— Biografía. — Quito, 1930. EL CRISTAL INDIGENA.— Biografía del precursor Espejo. Quito, 1934.

Fundador de varias revistas. Colaborador de todas las nacionales y de muchas extranjeras.

POEMAS DEL REMANSO

I

Un día, en un remanso,
tal vez en el remanso lleno del agua pura,
cristalina y serena de tus consolaciones,
morirá mi amargura,
será mi sueño manso
y dejaré que al viento cordial de tu dulzura
se duerma el barquichuelo de mis meditaciones...

II

Y ya estaré curado
del mal de atar mis rosas con tus cintas de engaño;
bueno y apaciguado,
traeré a mis labios líricos un dulzor de ermitaño
y pensaré en el tenso fervor de los abriles,
el rumbo de otro tiempo,
en que pasó, en el raudo carro de la locura,
mi alma llena de otoños y cosas infantiles,
ilusa en su entretiem po,
queriendo deslumbrarse de amor y de esperanza,
buscando a sus dolores una imposible cura
de loca «non curanza».

III

Y entonces, concentrado,
podré hallar la verdad que ha tanto tiempo busco,
por la que se hizo triste mi amor dilapidado
y que está, simple y sabia,
en mi libro cerrado.
Y entonces volverán con su dulzura vieja,
como en una mañana de color desteñido,
mi sonrisa y mi queja,
ese inútil milagro de la risa que ha huído
y todas las cuartillas llenas de madrigales
que hemos de echar al viento del reposo, cansados,
con los laureles viejos y los antiguos males,
para quedar nosotros... y los cielos dorados!

EL AMOR ESTERIL

¿Para qué este afán de alinear volúmenes en estantes relucientes, si es tan corto el instante para alcanzar a hojear el libro de la vida? Universo tan vasto para un alma tan llena de sueños impacientes, y paisajes sin fin sólo para la luz de una pupila.

Y este anhelo impotente de hallar un día a la mujer perfecta y de escribir, para la eternidad vacía, el libro sumo, teniendo para ir hacia el amor sólo una línea recta y siendo la verdad sólo un fulgor en un alarde de humo.

Estos labios que ahora te besan con delirios innombrables y esta mano de reina que juega ensortijando tus cabellos, serán mañana extraños, mudos e inexorables y en tu pupila muerta se romperá la luz en inútiles destellos.

En la cruz del corazón como en un pobre calvario tu iluso amor por todo se quedará clavado...
¡Tu corazón estéril tuvo un anhelo desorbitado y vario para tener sólo al amor infértil, al fin, crucificado!

Acerca hacia tus labios siempre el vaso colmado del vino taciturno en que se ahoga la esperanza, que te encuentre embriagado la fuga interminable del efímero bien que no se alcanza.

SIN QUERER

El hongo fué paraguas de otros milenios. Siempre del balcón de Julieta se colgará Romeo. Novedades antiguas trae tu advenimiento. Para el áspid romántico el óleo de tu cuento se derrama en palabras amables, ya dichas: amor, amor, amor y sobre tus pupilas de sueños anhelantes y esperas contradichas el paisaje de aquí se dibuja cantando... Pero escafandra simple recogerá mis dichas, pero mi cablegrama se tiende en hilos luengos en el libro de ayer la Omega se dibuja y en el de hoy amanecen metáforas extrañas, las de los viajes largos y los regresos sabios.

No es mano casanóvica la que ahora te busca,
 ni es luz de seducción que cae en tus pestañas,
 ni es beso de deseo que te quema en los labios.
 Flagélenme tus manos tactando mis instintos,
 óiganme tus palabras, devuélvanme tus ecos,
 tracen en la inquietud de mis sueños distintos
 cristales de otra edad tus sentimientos fieles.
 Vístete de colores, entreteje laureles,
 trae rosas mojadas y violetas humildes
 y hunde en el surco cálido de tus presentimientos
 el arado del odio para que al fin me olvides.
 Te gustará el milagro de adoración. Tendido
 para el dios modernísimo tu temblor de oferente.
 Allí dos copas blancas y róseas de la vida,
 allí el surco del pecho, y oscura y encendida
 la flor de la paráfrasis, la pagana, la trémula.
 Sobre el milagro antiguo, marfil duro mi frente
 y altos los pensamientos, desligados y quietos,
 como en reposo estáticos, como en dominio, inmóviles
 en la escultura viva de alguna fija llama.
 No mano casanóvica, ni buscador tormento.
 Pero ha de abrirse el libro de los periplos; pero
 el trazo de las costas floridas ha de hacerse,
 y aun cuando la columna del humo figurado
 le llama a sus añejas seducciones, y aun cuando
 Penélope entreteja la malla honrada y fuerte,
 sobre el amor cantante, sobre el grifo simbólico,
 sobre la dura roca, sobre el tritón sedeño,
 sobre el lobo del mar, veloz y dominado,
 sobre el coral flotante, sobre el marino banco
 y sobre el remolino hundido de la muerte,
 bufeos del recuerdo, sin naufragio, volantes,
 han de surgir volviendo sobre irisadas olas,
 música del periplo, sin extinción, sin término,
 como el tímpano intacto que hay en las caracolas...

El hongo fué paraguas de otros milenios. Siempre
 del balcón de Julieta se colgará Romeo.
 Novedades antiguas trae tu advenimiento.
 Acidez otoñada probé de tu septiembre.
 Hay resolanas íntimas en tu amistoso viento.

Búscame en el misterio que no encuentro en mí mismo.
 Hunde tus manos solas en mi multanimismo.
 Escóndete y olvídame, hundiéndote en mi abismo.

AURORA ESTRADA Y AYALA

(1901)

Hay en la poesía de Aurora Estrada una honda preocupación por las fuerzas esenciales del hombre y de la especie. Y al mismo tiempo, una ternura cálida y fecunda, que le ha dado la mano y le ha enseñado los caminos de la Revolución; a la que ha ido primeramente sentimental, femenina, materna, para luego enardecer el tono del canto proletario, y darle médula de lucha y sonar de batalla.

BIBLIOGRAFIA:

COMO EL INCIENSO. Poemas. Guayaquil, 1925.
Colaboración en revistas nacionales y continentales.

EPISTOLA AL AMADO

(FRAGMENTO)

I

.....

Ardía el dombo celeste
constelado de estrellas;
tenía el aire tibio músicas inefables;
era todo el ambiente un palpar de aromas
y el silencio del mundo
era como un gran lecho
destinado a nosotros...

Fué un impulso sagrado,
 una angustia extrahumana
 la que juntó tus labios a mi boca ardorosa.
 Fué casi sin palabras...
 — Las voces de la tierra
 no rompieron la ardiente
 embriaguez de la entrega—.
 Cuando tus brazos fuertes
 de pasión y deseo
 me alzaron toda blanca,
 me alzaron toda trémula,
 tal como leve hostia,
 tal como cáliz frágil,
 era tu misma carne,
 era tu misma sangre
 la que inmoló tu anhelo.

Después... Amigo, hermano.
 ¿No hallaste en mi reposo serenidad antigua?
 ¿No viste en mis pupilas arder un sol extraño?
 ¿No habló a tu ansia inquieta
 mi confiado abandono, mi carne que se daba
 sin temor a tu sed...?
 Cuando temblé en tus brazos
 como una llama débil,
 cuando en tu llama ardí
 como cirio amoroso,
 ¿no me tuviste toda,
 no me tuviste plena?

II

No he tenido vergüenza
 de correr tras tus huellas.
 ¡He besado tus manos si me hirieron airadas,
 me he mirado en tus ojos,
 me he escuchado en tu acento
 y sintiéndote «mío»
 no son para mis sueños
 los otros hombres, hombres!

Y lo sabes, Amado,
 y sabes tú que un día
 se eternizó tu estirpe en mis entrañas.

He florecido toda, por ti, como un rosal.
He sido inagotable fuente para tu sed.
¡Carne y alma te fueron una dádiva eterna!
Si mis cofres de ensueño, de amor y de locura
fueran de oro y diamantes
ya me encontrara pobre,
ya me hallara desnuda:
pero es inagotable mi divino tesoro.
¡Yo soy para tus ojos,
yo soy para tus manos,
yo soy para tus labios
la que siempre te guarda!

J. G. WHITE & Co. Ltd.

Zanjas,
canales paralelos de las calles
adonde la miseria echa a los obreros
haraposos y anémicos de la ciudad palúdica
con la pala en las manos encallecidas
y una alegría triste en su corazón.

Zanjas,
fauces múltiples del suelo urbano
donde se ven los hombres desde arriba
como hervidero de gusanos.
Ya no hay obreros limpios
porque para conquistar el pan
ellos alquilan sus brazos
por un salario de hambre
y la consigna del silencio para evitar el paro.

El calendario de la White es nuevo.
Ella inventó para los trabajadores
la *semana de 4 días*
porque ellos tienen hijos hambreados,
sin un trapo para sus carnes desnudas,
y los echarían con su mugre a la calle
si no pagaran el alquiler.

J. G. White & Co. Ltd.

Los obreros cavan la tierra
y abren las zanjas para tender los tubos
—pero la pavimentación no llegará nunca hasta el suburbio.—

Después no habrá más zanjas,
¿qué harán entonces los hombres semidesnudos
que hoy empuñan las palas?

JORGE REYES

(1904)

Representante de un criollismo urbano, que él define y fija así: «pienso que el criollismo debe ser una bendición de nuestro vivir, hecho a punta de nuestras tristezas y de nuestras alegrías y santificado por nuestra pobreza. No requerimos para él palabras avaloradas ya y relumbrantes ni juegos de prestidigitación, por felices que sean; nos basta con las que se avienen con nuestra charla y las imágenes que se llevan bien con nuestra intimidad. Y ya que carecemos de varones ilustres y con las abuelas murieron los fantasmas, el criollismo debe ser la conversación de nuestro yo, la pifia de nuestro yo, su júbilo, su pena y su rencor, si cabe en él rencor». (Del prólogo de «QUITO, ARRABAL DEL CIELO.»)

BIBLIOGRAFIA:

TREINTA POEMAS DE MI TIERRA. Quito, 1929.
QUITO, ARRABAL DEL CIELO. Poemas. Quito, 1930.
Colaboración en revistas y periódicos.

AQUI ESTOY...

Aquí estoy, aprendiz de paseante,
pescando panoramas a la orilla del día
con el anzuelo de mis ojos tristes.
¿Quién soltará la cometa de la mañana
desde el otro lado de la montaña?

¿Pregunta usted si el sol es la rodaja
 de la espuela de oro de los ángeles,
 si el único caballo del pesebre del cielo
 será el de Napoleón Bonaparte?
 ¿Le duele esa alegría que han izado los niños
 — marineros en tierra —
 en los más altos mástiles del grito?
 Lo que es yo, estoy contento;
 frente a la vida guardo la actitud del chalán frente a los potros chúcaros;
 tengo ambiciones, cabello corto, barba;
 he roto ese retrato de fraile que es mi infancia;
 soy como deben ser los hombres.
 Del cordel de mi risa
 está sujeto el globo más alto de la noche,
 mientras mis palabras crecen hasta donde los párpados se entornan
 y mi actitud nace bajo los dedos largos del recuerdo
 quemantes como la desesperanza o la resignación, que da igual.
 Lo que yo pienso puede estarlo pensando Dios mismo,
 El que no tiene recuerdos
 y es capaz de restarme todas las noches del mundo
 — predestinadas a justificar mi tristeza —,
 deliberadamente.

LUZ QUE A LA CALLE...

Luz que a la calle yapan los zaguanes
 para las hijas de los artesanos
 que apagan, de noche, en los umbrales de las puertas
 la candelada de sus bocas;
 luz de esquina, íntima de las charlas
 donde picaba enantes la sal de los abuelos
 y hoy chambonean las palabras;
 luz de la calle, casera de los tranvías,
 pedigüeña de los letreros
 absurdos como la queja de mi pecho;
 luz de plaza como para arrimar una tristeza;
 patio con luz de estrella.
 En una encrucijada del cielo
 me espera una casa con luceros y ventanas a la calle
 — en cada esquina un ángel —;
 yo le he pedido a Dios que encuentre allí a mi madre.

LOS PAJAROS CAIAN

Los pájaros caían dividido el pecho,
igual que ante las balas que recorren el bosque.
Todo como en los filósofos, los cuentistas y las abuelas
y el soldado godo que silbaba y me decía: amigo,
había que ver el tabaco encendido de sus ojos,
esos ojos que tienen los bandidos calabreses en las historias.
(De vez en cuando un vaso de agua para poder seguir.)

Era el único árbol demasiado cerca del cielo,
tenía miedo al miedo como los niños
y su nombre cortaba el resuello como la presencia de un ladrón.
El sol se derramaba como una yema de huevo
cuando él entró en la muerte como un hombre,
junto a las lavanderas, las jirafas y los poetas que escalaban el cielo,
con la seguridad de quien pretende romper el cordel frío del tiempo
pensando: «no me matará el rayo sino la raya».
Dios estaba en él; él era Dios, si quieren,
pero los hombres de la tierra le partieron el pecho
para tener una historia que contar a sus nietos
y escribir en los libros y en los periódicos
y poder decir: tal año, cuando yo era pequeño...

Nuestros hijos no preguntarán las fechas ni los nombres,
ni irán a tocar los fusiles en los museos,
ni harán la revolución entre dos tragos de aguardiente;
pero sabrán los trozos de nuestras canciones
cantadas en estos años duros como disparos
y alegres tan sólo como las muchachas alegres;
aunque ignoren cómo eran de desesperados los besos
cuando los hombres iban a partir en la noche, llevando ya su muerte
(en el pecho,
y cómo el «adiós» caía tan mudo en los traspatios
y ella se apretaba, lo juro, a la desesperanza
y al temor que se le iba a salir por el pecho.

Nuestros hijos no comprenderán por qué se ensucian nuestras
(manos
y por qué nos ponemos alegres como cuando se sube a los árboles.
pensando en que Don Gabriel rodó como una cosa
y le partieron la cabeza donde no estuvo,
como sucede con los ilusionistas en el circo.



HOMBRES Y MUJERES...

Hombres y mujeres juntos,
 hombres y mujeres haciendo historias para más tarde,
 cuando los días sean largos,
 cuando los años sean duros sin esa dulzura de estar los dos
 y haya que buscar un recuerdo para acompañarse.
 No lejos de los ojos tenaces de las ventanas
 ni de los ladrillos que descienden desde las techumbres envejecidas;
 junto a los chicos cuya patria es un charco
 y que se alegran como las gallinas en el estiércol;
 por donde nadie había pensado encontrarles,
 por donde las calles se parecen a los patios
 y la amistad es una cosa para hacer y deshacer cada día;
 pero nunca muy lejos de los comentarios de los transeúntes
 hombres y mujeres, torpes, amándose,
 hombres y mujeres destruyendo esas cartas descoloridas
 que hasta entonces tenían su rincón oculto en el pecho
 y que ya no podrán ser leídas ni en los aniversarios,
 esos aniversarios con que se halaga un instante el amor muerto.

¡Qué cosa más oronda que arrimarse a una esquina,
 buscar con el silbido una caricia tierna
 — ¡oh, la mujer que viene amarrada a un silbido! —,
 asomarse a un zaguán para estar mudos
 y cogerse las manos
 y decirse a la boca que el amor es eterno!

¡Qué cosa más oronda que el olvido,
 que la palabra sucia del hombre sudoroso,
 que la inexplicable traición del pájaro a la rama!
 Qué cosa más oronda que decir: mujer mía,
 te amo como a los cestos de uvas, como a los trenes;
 muy atento a su ombligo que es la raíz del cielo
 y a esos rincones donde se hunden las caricias
 que ruborizarán hasta el llanto,
 que inundarán los sueños
 hasta esas hilachas que se quedan en los ojos.

Hombres y mujeres juntos.
 ¡Ah, cuando les atropellen los recuerdos!

TIERNAMENTE CAIDOS...

Tiernamente caídos sobre nuestros sueños,
olvidadas las fechas y los nombres,
arrojando los días al canasto,
inesperadamente, sin consultarlo,
sin que lo sepan los directores de las multitudes,
sin que lo publiquen los periódicos
y las vendedoras de comestibles,
sin que nosotros mismos nos hubiéramos enterado,
resulta que ahora estamos haciendo el porvenir.
El porvenir de las amapolas desterradas de los balcones;
de los geranios confinados en la basura;
de las botas descosidas transferidas a los pies de los cholos;
de los residuos de alimentos arrojados en las quebradas;
de los hijos de padres desconocidos;
de los padres que ceden la propiedad de sus hijas
a los aventureros más generosos;
de los que se alimentan con pelusa de lana;
de los que se acuestan con los cerdos
y participan alegremente de la alimentación de las gallinas;
de los que sirven al Estado previa enajenación de los pensamientos;
de las que se abandonan a las telas de los turcos;
de los que se vuelven esbirros sin remedio,
obligándose a darles puntapiés a sus familiares
y a poseer una imaginación distinguida,
capaz de descubrir las más complicadas insurrecciones,
fabricar revueltas de ocasión
e inventar todos los días el estallido de la pólvora;
de los que se dejan los dedos en las máquinas;
de los que sueñan con las loterías;
y, en fin, de los que se revientan los riñones,
y crían tumores en el hígado,
y reciben patadas,
y nacen, cohabitan y, un buen día, se mueren
entre alimentos fermentados,
residuos intestinales
y animales domésticos.



Que nadie sonría de estas afirmaciones fácilmente explicables;
que nadie intente la caída de las hojas antes de tiempo,
pero que tampoco pretenda sujetarlas a los árboles.
Si hasta los perros participan en la lucha de clases,
es claro que un día estallarán los hombres
y estrangularán a las polainas de colores,
los pantalones de fantasía,
los zapatos de cuero de lagarto
y las hermosas pieles de chinchilla.

MANUEL AGUSTIN AGUIRRE

(1904)

La trayectoria de este poeta es acaso la más sinuosa del panorama lírico del Ecuador actual. Su iniciación se hizo a la sombra del consonante pulcro, de la queja dolida, de la declaración de amor. Luego, una desconcertante sorpresa: el libro «Poemas Automáticos», en el que realiza el comprimido poético, microgramu o hai-kai, con una fuerza de imagen maravillosa. Finalmerte, se entrega a la Revolución, y se ubica en la vanguardia de vanguardias con su último libro: LLAMADA DE LOS PROLETARIOS.

BIBLIOGRAFIA:

POEMAS AUTOMATICOS. Guayaquil, 1931. LLAMADA DE LOS PROLETARIOS. Poemas. Guayaquil, 1935. Colaboración en BLOQUE, EL TELEGRAFO Y LA TIERRA.

POEMA 4

el viento se desespera
amarrado a los árboles

los chicos de la escuela
reventando de risa
derramaron la noche de un tintero

esta mañana he hallado tres estrellas
asesinadas en la vía

POEMA 7

la guillotina del reloj
hendiendo el cuello de las horas

la ciudad cabecea
un perro quiere atrapar una palabra
como si fuera una mosca

las tenduchas bostezan
y a los letreros trasnochados
se les cierran los ojos

las casas
sobre la amplia plaza
han tendido a secar
sus sombras

POEMA 8

el viento nos apaga los ojos

la noche
abre el inmenso paraguas del cielo
agujereado por la lluvia

grillos fumadores de estrellas

los dedos temblorosos de los árboles
encendiendo cerillas
y los ríos ahorcados
meciéndose en los precipicios

frente a la luna
(espejo de bolsillo)
las cigarras empapan en vinagre
el moñito gris de su canto
impertinencia de los sapos porrosos
que golpean con sus puños
la cara del sol ahogado

POEMA 13

barajando los días
se me cayó el as de oros
del domingo

en la esquina
la inmovilidad danzaba
y las últimas carcajadas
incendiaron los edificios

he visto a la curiosidad
con el cuello curvado
engullirse racimos de ojos
y a mi vecina (su nombre es pequeñito
como para guardarlo en la mano y su sonrisa
tiene los movimientos indecisos de una oruga)
que prendía cuidadosamente con un alfiler
los piojos rosados de las estrellas
mientras la noche bate un ponche espeso
con el ruido de los ventiladores

¡qué frescura
reventar con los dedos
las palabras maduras!
o en un sillón de restaurant
con un largo cuchillo
mondar lentamente
el crepúsculo

POEMA 16

cogí una carcajada por los pelos
y la vacié en una botella
exprimí los ojos de una mujer
como dos limones humeantes
(¿una copita cada media hora?)
la tarde se ha quedado abierta de par en par
y la tarde se ha entrado de puntillas
la muerte me comerá la cabeza
como un terrón de azúcar
hay que subir las gradas en caracol de la fiebre
mientras el frío castañeteando los dientes
hunde sus brazos flacos en las chimeneas

MENSAJE TELEFONICO

Sobre el mástil metálico del viento
 los mares izados como banderas
 proclaman la REVOLUCION.

Estoy telefonando a todos los proletarios del mundo:
 a los mineros acerados que escarban la vagina de la tierra,
 a los que golpean con sus puños las ubres doradas del océano,
 a los que habitan como piojos entre la cabellera inflamada de las ciu-
 (dades

A los proletarios del N.
 A los proletarios del S.
 A los proletarios del F.
 A los proletarios del O.

Hombres hermosos como la tempestad y agrietados como las rocas,
 vuestro grito hace temblar la oreja estremecida del espacio.

¡Qué bella es la cantera de vuestros músculos amargos
 y las miradas retorcidas como troncos ardiendo!
 ¡Vuestras manos hechas para romper las quijadas de los continentes
 y las locomotoras de vuestros pechos jadeantes!

Entre los labios de cuarzo impenetrable
 se asoman las canciones como los dientes nuevos en la boca de un niño.

Apretados como un ejército de tempestades
 o un cordón trenzado de mañanas,
 os veo ondular por los zaguanes deshabitados de la rebeldía.

Cada hombre es una catarata,
 el parpadeo de un precipicio
 o el sistema nervioso de un relámpago.

El viento que construye vuestros pulmones agitados
 hace danzar la bola azorada del mundo.

Hombres con cabelleras de llamas:
 arrojad los obuses de vuestros ojos hirvientes,
 cortad de un tajo las cabezas burguesas,
 y que los cuerpos volcados se derramen
 como botellas recién descorchadas.

G. HUMBERTO MATA

(1904)

Es una versión tumultuosa del ansia de justicia social realizada a gran orquesta, con un sonido de sinfonía arbitraria, orgullosamente disonante, en altanera rebeldía contra las normas formales de la poética de academia. Siempre numerosa de armonías interiores. Siempre sorora de canto, de himno y de protesta.

Lejos — y mucho — de ser una poesía popular; sin contacto posible con el folklore y la copla. Es la voz de una sensibilidad generosa, enrabiada contra la injusticia, que no busca eficacias, sino que satisface su mandato de grilo. Y su mandato de belleza.

BIBLIOGRAFIA:

GALOPE DE VOLCANES. Poemas. Cuenca, 1932.
2 CORAZONES ATRAVESADOS DE DISTANCIA. Poemas, Cuenca, 1934. CHORRO CAÑAMAZO. Poemas. Edición destruída por las autoridades. Cuenca, 1935. SOL AMARRADO. Novela. Quito, 1935.

UNA LONGA DE PECHOS ALAZANES

La venda de la carretera se hincha de sol y de ponchos,
apretada al antebrazo de los campos.

El día, colgado de todas las cosechas, aprende estabilidad azul
junto al río que gruñe espumas a las piedras atoradas de parálisis
(agreste.

Una concertina arrea criollismo silbando los paisajes con pasillos;
más allá, el alcohol se encabrita dentro del indio
uqe, apuntalándose en sus compañeros, olfatea la choza.

Longa de pechos alazanes: he agitado tu hualca serrana
 para verte cosechar los rebaños en la ventolina de las cañas.
 Sentada sobre un canto en el cucho del río,
 desflecas el paño de la tarde en las olas altas del llano,
 y te pidiera que me pares una olla en el sol
 para hervir el mote de las horas;
 así me nutriré de tus brazos, tumbado en el poyo de tus ojos caneles.
 Ven a soplar juntos el ocaso para que se anude a nuestros pies
 y a mostrar la mañana exprimida de cantos y lenguas gañanas.

¡Oh, te haría una hamaca de cortezas nerviosas,
 te mecerías en mis labios
 comiéndote los choclos de mis besos!

✓ EL RONDADOR

Chirimía, bocina, quipa.

Cada indio es un pingullo
 soplado por la boca de un sollozo vencido
 en la veta del chicote con que arrea los ocasos.
 Con su sayal de lana, su sombrero de paja,
 su faja de colores y sus ojotas de cuero
 es el franciscano de los campos
 que va tocando al fl'amador de los árboles
 que mueven los umbrales de los cerros
 para saber dónde se esconde el hambre.

*

El indio es un arco iris de nervios para flechar sembríos.
 Su choza es un portal de Belén
 que amamanta cada día
 un cristo de los páramos.
 La estrella que anunció el advenimiento del indio
 fué la blasfemia cárdena
 estallada en las fauces del amo primitivo
 que encerró toda la raza en la jaula del desprecio
 para domarla con la bota del servilismo sádico.

*

El indio es el icono que adoran los maizales,
el fetiche incaico prendido al cuello de los ríos,
la fruta desgajada de cada capulí,
espiga del trigo humano fructificado en la ladera,
la shulla que de vez en cuando visita la ciudad
para regar una lágrima de chacra en los comercios.

El indio extiende la concertina de los atardeceres
en una copa de trago, dinamita de calorías
que amontona sus barricadas de inconsciencia
en los huecos de sus costillas, donde el día sudoroso
tarja la cuenta del trabajador exhausto;
el indio mide el almud de su alegría
para echarlo en los jueves de feria,
en los cuales el mediodía es una cotona
puesta a secar en la punta de un arado.

*

El indio es una bandera que debe reivindicarse
en las astas del viento que eriza el lomo de sus toros,
delante de sus perros, hermanos también,
franciscos de asís de los campos leprosos
que han visto reventar los granos de miseria
por la profecía de los machetes en el dorso de los ponchos
junto a las pipas que fuman los cerros para nutrir carbón.

*

La última tarea del indio es la hembra
con sus pechos de shila para mojar heridas,
la india de sol de las eras, de parvas de tamo,
con dedos tipidores para deshojar tristezas
y su carne de joyapa para envolver la sed.

*

La india es la canción quichua
que cantan los llanos, las chilcas y las retamas,
tumbándose en el campo de cebada
con un color líquido de cántaro de chicha derramado;
la india es la piedra que en manos del indio
va moliendo el grano de las penas.

Mejor dales de tragar a tus allcos ligeros una ración diaria de carne
(de patrón,
pero cuidando de situar el retrato del blanco frente al plato
para que los perros aprendan a conocer al enemigo que te clava las
(uñas en la médula;
así ellos puedan destrozarle sus miradas zarcas cuando te mande bo-
(tado de tu casa.

Apaleando al laichu en: ¡ajayay!
porque no ha de lograr que tu raza claudique,
pues yo, que sansaleo el soroche de las punas a mi paso,
estoy por zungar un borbollón de chicha en tus ojos, ¡Juanángela!

INDIO: es hora de que irrigues con sangre el vientre de esta guambra
(asoleada,
ya que de nuestro injerto relampagueará un vengador de tus cuatro
(siglos vejados.
Entonces, Inti desembuchará lo que escondió a que no te quitaran los
(señores,
y el pescuezo de los Andes estará congado con tu poncho
para bailar sanjuanitos con tus hijas.

JUANANGELA

India, ¡qué fuertes son tus besos al tajarme una cosecha de sol sobre
(mis labios
descascarados en la andada diaria de miseria
y de ver shullarse de llanto los pajones!
Tu cuerpo expande los brazos a tu cuello en afluentes de verano,
a tu cara húmeda de rajar sangre en el crepúsculo puneño
que silba viento a tus rebaños, jabonados de lana en las colinas del día,
bajando de manosear todas las frutas del monte a que la noche se res-
(colde hembra.
con aquel vapor de sombra soplada de calenturas rezagadas de la tarde;
y tú, Juanángela, te deshojas de palabras, así, con amanecer, mis aden-
(tros
temblados al recibir el zhima de tus dientes, que me confortan la boca;
entonces me dilato de semillas y cada hoja me hunde una canción mejor
a que te vayas de fiesta, impregnada de jilgueros
rendidos de diluir tu carne a la madrugada que es linda, porque sale
(de tus huesos
a derramar una shila de colores en las vísceras de la chacra y del
(campo.

Tía Juanángela, cuántas noches el Ande devanó su cresta de chivo
(rijoso)

arriscando sus labios al olerte la cintura,
sin saber de quién eres, ni de dónde venías, fácil,
tan mojada de frescura de naranja en tus pechos
mamados por capishcas serranos.

¡Oh, quiero descuajarme en gritos machos a los cóndores, por encima
(de los runallamas,
a que cada brizna de yerbabuena, todo acezar de cumbre renegrida de
(eternidad,

aguaite que sois mía, hendida en mis nervios de capulíes
enarbolados en mis venas!

Con vos, Tía Juanángela, un tarascón de siempre grita esperando el
(alba,
agrupándose ya en mis oídos desgalgados de ver la creciente próxima
(del Indio.

Tu choza se avergüenza de llevar en el techo esa cruz de lata amarilla
con el torero chuceando un toro, la escalera, el gallo, la media luna y
(la virgen,
pudiendo parar tu quichua profundo en pararrayos a que se aleje la
(tormenta.

Indio: te vas haciendo viejo sin afilar de una vez tus machetes y tus
(hachas
ya cansadas de cortar solamente árboles inocentes a tu gran vorágine
(futura.

La agüela tiene tierra en los ojos hastiados de palpar la inútil dureza
(de las chontas
servidas en cayados y no en lanzas cantoras de justicia en las entrañas
(urbanas.

Indio: te encorvas sin haber sembrado lo que debías hacerlo con más
(brío,
y tu frente ahonda pizhuras de piel de buey chusso para la cornada
(eficaz

sin siquiera comenzar a alzar con tu hombro la punta de los Andes
que esperan sólo tu empujón para caerse de cabeza en tu inconsciencia.
Pero dile a tu hijo que él chutará un sol nuevo por encima de tus canas.
Críale fuerte de ajos entreverándole en su sangre tus mejores blasfe-
(mias,

los salivazos más espesos de rencores y la risa más limpia de tus novias
(antiguas,

a que él brinque, pumado de expresiones, con su poncho y un calzón
(roto a las órbitas de tu raza.

Pasado mañana tu longo cosechará los porotales del cielo
amasando un pan con la tierra tuya,
mientras TU divisas un mestizo de amistad,
gastándote chanzas coloradas con el sol.

CARLOS MANUEL ESPINOSA

(1894)

En el mapa espiritual del Ecuador, Loja tiene, dentro de lo contemporáneo, el sitio lírico de mayor altura, de mayor pureza, de mayor verdad poética. Las revistas lojanas, desde HONTANAR y BLOQUE, hasta las universitarias, han sido el vehículo de los nuevos valores nacionales, su tribuna más auténtica.

Espinosa, crítico, relatista, teórico de movimientos de arte nuevo, es el animador constante, el mantenedor de esa preeminencia de su región espiritual. Así, aun cuando su obra poética sea corta, una antología ecuatoriana contemporánea sufriría una mutilación esencial sin su nombre.

BIBLIOGRAFIA:

No ha publicado libros.

Fundador de LA REVISTA UNIVERSITARIA. Fundador de HONTANAR, de BLOQUE. Colaborador principal de todas las publicaciones nacionales de arte y de inquietud social.

1

SON

Te alzaba el campo en silencios,
filo — blanco, rojo — de alborada.
Y te llevaba en los aires
con el iris de su espuma
y los cantos de sus aguas.

Rodaban, cautas, las notas
flotando al viento sus alas.

Queja, sumisa, sin queja
para las pausas del cielo
— verdiazul — en tus miradas

La suma de resplandores
ciega el ángulo del tacto,
y te me escapabas, canción,
esquiva al sostén del labio.

Náufraga de los ayeres
en playas — tú — de quien sabes.

(Son)

Lejano son. Diáfano son.

¡Sólo el puñal de tus ecos
en mi recuerdo cautivo!

2

TU

¿Cómo serás? Ala, nube,
volandera, vaporosa...
¿Nao frágil de ternuras
en atlánticos de dicha?

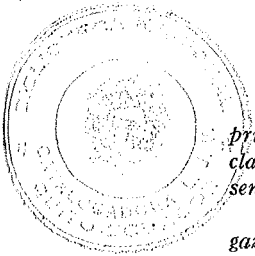
Ecuación sin meridiano.

Quietud del dedo alerta
en el dintel de la duda.

¡Nostalgia
de serás o no serás,
de siempre — sin tal vez —,
o de nunca — sin quizás!

JOSE ALFREDO LLERENA

(1917)



Su generación es revolucionaria. El lo es también, primordialmente. Pero junto al canto substantivo de su reclamo clasista, hecho siempre en altura de poeta, surte su sentido irónico, con valor fino y comprimido de epigrama.

Tiene voz de claridades transparentes, voz adelgazada por el enternecimiento, para decir su lírica interior y hallar letras para lo inefable.

BIBLIOGRAFIA:

AGONIA Y PAISAJE DEL CABALLO. Poemas. Quito, 1934.

Fundador de las revistas SURCOS, LAMPADARIO y MOMENTO. Colaborador de ELAN, BLOQUE, LA TIERRA y EL TELEGRAFO.

BREVE ETOPEYA DEL BREQUERO

Entre albañil, mozo de hotel o brequero, preferiste brequero.
Hijo de ladrón, no ibas a resignarte a la mansedumbre de la plomada;
tus progenitores: un cuatrero, comerciante de caballos,
y una lavandera que olía como una barraca.
Cuando se daba, ella oía, a lo lejos, el suelazo del río.
Tu madre sopló como una res cuando te sorprendió el primer frío del
(alba,
pero tenías ya músculos de ganapán y ojos de contrabandista.
Después un policía café acomodaba su burbuja en la extremidad de
(un calibre
y un bache negro alteró para siempre la cachaza del cuatrero.

Huérfano. Solamente tu madre te mandó a la escuela,
 donde el ojo mate del director
 se llenaba de legumbres y de pastizales;
 tú le importunabas; «¿cuál será el capitán más bigotudo de la Tierra?»
 A tus enemigos hacías rodar a zurdazos,
 como diciéndoles: «Juan Raffles no es sólo una novela»,
 y tus ojos se volvían como los ojos de los gansos en las aldeas.
 Una tarde al volver de la escuela, tu madre estaba tendida sin saber
 (contestar el saludo,
 y entonces tú dijiste: «ya se ha ido la pobre señora»,
 y apuntaste la fecha en la visera.

Te fuiste, a pasos ordinarios, como si nada.
 Ibas pensando: si albañil, mozo de hotel o brequero,
 un oficio donde la muerte pueda caber en el ángulo de una escuadra,
 donde el indulto de un galeote esté pendiente de un centinela dormido,
 donde se pueda ser ladrón, detective o condenado a muerte.
 A tu memoria acudió el negro que acompañó a Pizarro a la Isla del
 (Gallo,
 y el gangster del cine que sacrificó su Brasil a los ojos de una meca-
 (nógrafa.

Preferiste brequero; y al subir al vagón,
 tenías los ojos ahumados para no encenderte la memoria;
 te creías verdugo de Cristóbal Colón a las órdenes de Bobadilla
 o espía de Juno en la tienda de un carpintero fenicio.
 Y estabas, sobre el vagón, con renovado oxígeno.
 La chimenea del tren echaba carbón sobre los pájaros.
 Aspirando, mientras tanto, el agradable petróleo,
 sobreestimabas la torcaz que no volvió a tu guitarra,
 la vieja compañía de tu guitarra
 y los ojos fragantes que gastaba una moza en una covacha de fruta.
 Felizmente, nunca habías escrito una carta
 para tener que recordar la queja que dormía debajo de una mancha.
 Los demás intentaban domar su pasión con un pañuelo.
 Allí los hombres estaban apretujados como las estampas de la Biblia,
 y esa hembra que temblaba hasta en la sal de sus muslos;
 las bocas buscándose,
 queriendo inyectar en un beso ese parénquima que cuelga la fruta en
 (los poros del huerto.
 Y todos los pañuelos espantaban los pájaros de un arbusto de humo.
 Un hombre fumaba la pipa para no llorar y para olvidarse de un retrato.
 Brequero, tú que sufrías por no tener a quién gritar:
 «mujer mía, dame tu tierra para el arrullo de un niño,
 quiero que me hiera el mismo amor que te está doliendo».
 Alguna mujer hubiera dicho, al verte partir, mozo brequero:
 dame tu fiereza, quiero morir de un grito,
 quiero sentir un momento de agonía en el cuerpo.

Alguien te clamaba, desde el fondo del corazón en que ibas:
cuánto valen esos hombres que ven nublarse la tierra de pañuelos,
cuánto vale esa tierra que oye sufrir a los hombres.
Brequero, te odio porque tus ojos han ocultado su pañuelo.
Mientras tanto, el viento enfriaba los pernos
y el paisaje rodaba como una noche de naípe.
Qué avanzado estaba el tiempo sobre un huerto de naranjos
y los pájaros estaban qué tiernos sobre las copas de los nardos.
Sierra ésta de los buenos hombres de la Sierra,
donde cada uno ama a su mujer y a su Dios,
(Prometeo, aquí no hubieras podido rebelarte contra tu Dios
porque él nos ha dado nuestra muerte, nuestro amor y nuestro odio.)
Tierra ésta de las praderas de trigo
donde revienta el harina,
donde maduran los nidos,
donde las vacas amanecen, cada día, con los cuernos dorados.
Sobre los grandes sombreros de los indios había puesto su ceniza el
(cerro.

Brequero que pasaste por el puente de acero
donde murieron tantos indios y ni un solo gringo.
Algún día los gusanos buscarán en ti la cofia de las raíces,
algún día te impedirá gritar la misma ceniza del cerro.
Pasaste por los ríos vaticinando el destino de la garza,
al encontrarte con los astros te agarrabas de las cadenas del breque.
Bravo brequero,
nadie pudo atravesar a nado tu mirada:
ni esos que se llenaban los ojos con el vapor de las tempestades nítricas,
ni esos que entraron a presidio con la aleación del pecho decorada de
(huecos.
Tú sabes la táctica de ese capitán de artilleros que dirige el asalto en
(el seno de la máquina,
la súplica de esa campana que llena de rocío todos los jardines del mapa.
Has aprendido la meteorología de la tristeza en los ojos de los pasajeros,
el calendario de las lágrimas en las yemas de una muchacha ciega.
Pegado a tu tren has superado las hazañas de tu padre,
sintiendo al rayo fundir las axilas del puente,
oyendo el temor de ese paisaje de surcos, suspenso del pecólo de una
(manzana,
mirando abandonarse el río como el jugador a su suerte,
tactando ese paisaje de nieve pendiente de la agonía de una vaca.
Has superado las hazañas de tu padre cuatrero.
Cierta vez la tierra estuvo llana.
Cierta vez debajo de la tierra no veía los pájaros el brequero.

MANIFIESTO

El zapatero ha llegado a su casa completamente incrédulo,
precisamente esta noche en que voy a escribir un manifiesto para el
(pueblo

Esta noche he pensado en lo trascendental que es un zapatero incrédulo
y en lo trascendental que es escribir un manifiesto para el pueblo.

Precisamente porque del último mitin apenas conservo un recuerdo
(recuerdo.

Pero no hay inconveniente para que yo estudie la situación de nuestro
(pueblo,

ahora que por el puente se acerca la caballería.

Un hombre solo no puede penetrar en el pueblo,

ni atinar la ciencia que los hombres sacan de la alcantarilla,

ni quemar los retratos de Henry Ford con que se pavonea una vitrina.

Mas, nadie ha de negarme la posibilidad de que siquiera por una hora
yo alcance a sumarme al universal regocijo de la gente perdida.

Yo también quiero ocupar un puesto al lado de la gente perdida.

Yo también quiero una bandera

y una canción.

Yo quiero ser soldado a pesar de la idea de Dios,

a pesar del gobierno, a pesar de la caballería.

Quiero gritar en la plaza por la rebaja del trigo y del maíz.

Ya he dejado de ser ciudadano

y he dejado de tener vergüenza de andar por las calles como un car-
(bonero.

Incluso estoy escribiendo un manifiesto para el pueblo.

Antes hubo autoridad, hubo justicia y hubo miedo,

pero ahora no deseamos esa autoridad, esa justicia y ese miedo.

He visto un juez metido en los ojos tranquilos de un carpintero

y he visto un buey que alimentaba a un hombre bajo el cielo.

Y he visto las haciendas desoladas y áridas

con una capilla, unas gallinas y un campesino ciego.

Y acaso hasta me doy la mano con un viejo recuerdo

y hasta me place la idea de que algún día seré un muerto.

Que me traigan una margarita que haya sobrevivido al siniestro,

que me traigan un retrato, una canción y un cuento...

Voy a publicar en hojas sueltas

la complacencia que me causa la idea de que algún día seré un muerto.

LA YEGUA BLANCA Y SU POTRITO

Un poco de agua iba por el lado de la casa,
los bueyes se mostraban al sol como en las estampas
y la tarde pintaba el gallinero de gallinas moradas.
El agua seguía por el lado de la casa,
el occidente se cubría de estrellas y de manzanas;
los honderos desde los cerros remataron la tarde a pedradas.
Los pastores, extraviados en el poniente,
con la bruma hasta la cintura
ensayaban trepar el arco iris.

Por el lado de las campanadas
vino la yegua blanca.
Detrás, dando relinchos,
la potra castaña.
Se alejaban, a espaldas del día,
y eran desde el oriente dos aerolitos vagabundos
sobre la Tierra.

La yegua y su potrito
se pararon en el agua,
en el agua mansa que iba por la casa,
y de los pájaros se bebieron el ángel de la guarda;
los árboles lo habían proyectado en el agua.
Desde entonces el arroyo hace más bien a las plantas
y las frutas ya están redondas a la madrugada.

Al arroyo van siempre
la yegua blanca
y la potra castaña
y se hartan del ángel de la guarda;
y cada vez más el arroyo
aumenta su caudal de agua.



PELTON DE CRUCES

Comenzaron en la ciudad, de a cuatro en fondo,
sus perfiles fueron recogidos por las mujeres del pueblo,
y ellos marchaban tan sólo por disimular las lágrimas
e iban dando volumen a sus cantimploras en la extensión del mediodía;

conforme se perdían, los caminos iban quedándose más grandes
y las mujeres rodaban hacia Dios con los vientres repletos,
pugnando por olvidar sus ojos en todos los sitios
porque querían que en ningún lugar sobrase un poco de alegría.

Los niños advertían el alma por primera vez en el dintel de sus pes-
(tañas:
con las mujeres, con los perros, con las rayuelas, peleaban por llenar
(las plazas evacuadas.

Sólo la iglesia llenó de resignación el mismo ángulo de la plaza
repartiendo a los feligreses, todos los días, las mismas golondrinas;
en alguna que otra pieza quedaron la Virgen María y un cartucho de
(municiones
y un hueco, en la pared, por el lado del bosque.

El río se apagó, pero, en cambio, se oían los pasos de los soldados.

Los pasos no querían apagarse con las tempestades,
los llanos no querían agotarse con los pasos,
los pasos no querían apagarse con los llanos.

Atrás se quedó el pueblo con la conciencia grávida y la emoción de los
(soldados,
atrás se quedaron los silabarios sin la canción de los soldados,
atrás quedó la Iglesia sin la oración de los soldados;
lejos están los marineros,
lejos del pueblo sin soldados.

Los hombres van de a cuatro en fondo, tal como comenzaron,
sus perfiles hacen altos y bajos como las cordilleras.
Dios sigue detrás de los pasos,
Dios va siguiendo a los soldados;
sabe Dios que se le van los hombres
porque sabe Dios que los hombres están vestidos de soldados.

En la margen del río susurran los abejorros, ¡y qué maduros están los
(maíces!

Las mulas empujan los cañones sobre la difícil línea del horizonte,
el último pelotón está formado de cruces y aún no ha logrado salir del
(último bosque,
pero ya hay soldados que han prendido su vista para siempre en el
(Norte
y hay otros que han cerrado los párpados de una seda suave, como el
(recuerdo.

Sobre esos ojos cerrados no volverán a caer las tempestades,
¡y ya hay un río que pasa por la mitad del fuego, tranquilamente, ha-
(cia los mares!

Las cantimploras se reducen.

La sed es inmensa para las cantimploras.
De orilla a orilla se reparten el destino los soldados,
y alguien hay que no ha muerto, enseñando a la muerte apenas un re-
(trato.

El pelotón de cruces recientemente ha salido del bosque:
se pondrá a distribuir el silencio a las fuentes,
se pondrá a distribuir la frescura a los bosques,
se pondrá a distribuir la paciencia a las flores.
Los pájaros seguirán apareciendo del Sur y del Norte,
las campanas seguirán creciendo aparte de los bosques,
las botas de los soldados seguirán multiplicando y multiplicando el
(tiempo,
las gentes se pondrán tiernas cada vez que repasen los recuerdos
y hasta sabrán llorar las mujeres, remendando las vidas de los mari-
(dos muertos.

De orilla a orilla se repartían el destino los soldados.

LA VIDA DEL MAGO

Si hubiera vivido Edison
en tiempo de los griegos,
hubiera puesto un micrófono
en el despacho mismo de Zeus.
Entonces las musas
hubieran sido meños melancólicas:
pues, en las horas de descanso de Homero,
habrían podido dedicarse al vals
o ir a ver en el cinema
una revista de Eddie Cantor,
donde se desmayan las panaderas.
Al vivir Edison en tiempo de Napoleón,
Napoleón no hubiera perdido la guerra;
pues antes de entrar en Rusia
habría visto en el cinema
a Hindenburg en los Lagos Mazurianos.
Al vivir en la Edad Media,
las princesas habrían podido
aprender a la Joan Crawford
a hacer gimnasia sueca.
Pero Edison ha vivido
para que las muchachas americanas
puedan pasar por los telescopios
y para que Buda

pueda desmayarse en las pantallas,
 y para que las nodrizas de los millonarios
 puedan pedir a sus novios
 que se disfracen conforme a los relatos de Poe.
 Cuando Edison murió,
 hasta los banqueros de la Unión
 dejaron correr una lágrima
 y las bombillas se vistieron de una tristeza
 como de vía láctea.

EL ALMIRANTE QUE ENVEJECIO EN LA TIERRA

Este momento un cabo de mar concluye en un lejano sur de mariposas,
 donde estoy preguntándome
 qué puede hacer un bisonte que se siente dueño de la Osa Mayor;
 qué puede hacer el almirante de una tripulación sin océano,
 sino pensar en los girasoles, en los urbanos dinteles, en las esquinas
 (de la tierra.

Qué puede hacer, fuera de sacarse las insignias para canjearlas por
 (canciones,

o enajenar la proa de su buque
 a cambio de un onomástico de sauces en el calendario de los batracios
 y pasearse por el suelo de las ciudades, sintiéndose dueño de un pedazo
 (de esquina,
 sintiéndose cerca del agua dulce que evaporan los cigarrillos en el ci-
 (nema,

si de su pipa podían nacer Cristóbal Colón y sus carabelas.

En la tierra podía recordar con frescura

el nombre de aquel ladrón de joyas que se puso a rondar una estrella,
 y de aquel otro mercader de Eneas que soñaba con recabar todo el vo-
 (lumen negro de una tarde.

Quería estar lejos del mar.

lejos del agua de los erizos

y de los maceteros de neptunos acuáticos.

Quería olvidar que Wallace Beery se llevó la lente más grande del
 (Saratoga con su muerte.

Hallaba mejor la vida a pocos pasos de las vitrinas,

a pocos pasos de esas señoras, de cuyos ojos nacen tempestades ama-
 (rillas,

de esa que hizo con sus anillos una cosa parecida al delta del Nilo.

En los ojos del almirante

se ha apagado esa voz de «aguas arriba».

No volverá a viajar por los mares

ni querrá cambiar su sombrero de tierra por una isla.

IGNACIO LASSO

(1911)

A pesar de sus incursiones, rotundas, valientes, de alto valor poético, por las barricadas revolucionarias, Lasso es nuestro caso más significado del poeta americano de mente y sensibilidad europeas. Su sitio estaría en la línea de los poetas de CONTEMPORANEOS y de ULISES, de México. Su predilección expresa y su acercamiento a Jaime Torres Bodet, lo clarifican y fijan en esa posición. Es transparente, claro, perfecto de técnica.

BIBLIOGRAFIA:

ESCAFANDRA. Poemas. Quito, 1934. Director y fundador de ELAN.

JUNTO AL RIO

Las lavanderas
enjuagan y olean
sus vidas en el río:
han dejado correr
sus destinos en él.

El río baja precipitado
crispando los músculos,
trajina en los molinos
y mueve las turbinas,
canta en los acueductos,
se hace nubes, plasma, luz.
Muchas horas trabaja,
trabaja en exceso el río.

Río proletario,
río moreno
bajo la dura
tiranía del puente.

Yo te anuncio
que se acerca
el gran turbión
y hay un desplome
en la mampostería.

Al lamer los sillares
se riza, se encrina,
se subleva su pequeñez,
comprende mi apóstrofe.

¡Espumas, espumas!,
las ropas lavadas
blanquean las matas.

El jabón protesta,
resbala y se fuga
de las manos lavanderas,
que absuelven impurezas
de centenar de lienzos.

El sol es el patrón del río,
se bebe su sudor, le cansa,
le explota, le tuesta la piel.

Las ciudades le humillan,
le arrojan los desechos.

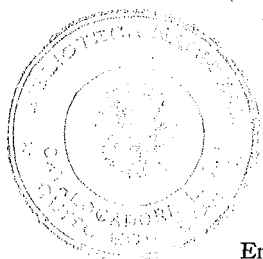
Le lastiman los campos
haciéndole sangrías.

Todos ponen a prueba
su caudal de paciencia.

Al pasar por la vega
acaricia los tobillos
de las mujeres feas.
El río es el único marido
de algunas lavanderas.

Muchas veces
yo he bañado mis ansias
en la angustia del río
y acrecemos así juntos
una misma esperanza.

¡Río viril!,
obrero de torso membrudo:
Tú no pides
«las ocho horas de trabajo».



CUMPLEAÑOS

Entonces yo ansiaba en pleno vuelo
vacaciones de golondrinas risueñas,
estanques ensimismados de luceros
y canciones náufragas en los trigales.

Con un cerebro atiborrado de estudiante,
no me preocupaba
la minuciosa osteología de los álamos.
Era muy terco con la flor del cedro.
Era duro
repasando caravanas de envidia
con la misma enfermedad de las dunas
en interminables estepas de plomo.

Toda buena promesa
acababa marchitándose en los libros,
deshilada en el vestido
o hecha migaja en la faltriquera.
Las nueces que agitaba
carecían de almendra
y los haces de leña
no pudieron desentumecer la soledad.
Sin embargo, sabía medir con mi risa
el intervalo entre un sueño y una necesidad
¡No tenía certidumbre!

Hoy que ya he aprendido el valor normal
de las cosas más caras de la vida,
quisiera tener un momento de claveles,
tropezar al acaso con esa sonrisa
y ese gesto suave que tanto codiciaba,
usufructuar un pequeño jardín heterogéneo.

Inscribir mi cumpleaños con el dedo
en cada una de las volutas
con que el huracán se apasiona.

¡Pero no me es posible!
Me hace falta la alegría de la carrera,
soy un extraño en este país de las cometas
donde el césped expulsa mi color del paisaje.

AGRO

La tarde — forastera venida a las faenas—
detiene su camino, y se queda admirando
cómo una niña ciega enhebra en la aguja
una última hilacha de sol.

Una moza que pasa, un instante reclina
su mirada más dulce encima de mi canto,
y se va presurosa sintiendo que la noche
desciende paso a paso
la grada en caracol del huracán,
hacia el río, que de flaco y enfermo, el pobre
ya no puede levantar ni una piedra.

De una simple migaja de tristeza,
le ha nacido al crepúsculo tanta golondrina,
que no sabe cómo educar el vuelo del ángelus,
ni distribuir la luz de las estrellas.

En el atril de los pájaros
se ha dormido la música,
y como ha llegado la luna vendedora de espejos,
el campo le enseña toda su musculatura.

MIREILLE**I**

Era en la más pura adolescencia del paisaje
el equinoccio de aquel sueño.
Un extraño langor pervertía la acuidad de sus pliegues;
trepaban por las sombras surtidores de música,
yedras de una sustancia más feliz que el silencio,
Una luz tamizada por membranas de agua,
erigía delgadas columnas inefables.
Arrugados heliotropos de aire
devengaban merudo polen de ausencias.
Y de no poder regresar la mirada
se endurecía el tiempo,
fossilizando
domesticadas faunas de recuerdos.

Era un mundo que había olvidado la superficie
sin lograr recordarme ni uno solo de sus teoremas.

II

La posible sorpresa de un otoño
nos descalabrinaba más allá de las brumas
—donde la caricia despaciosa
florece en innumerables ecos—.
Y no se sabía
en cuál fronda, la más remota del viento,
fué que pudo agostarse la promesa del sonido
Se maclaban las cosas más distantes.
Tú misma no eras sino
la inefable sonrisa abstracta
que logramos de pronto percibir,
en la corola inédita de una flor
cultivada en la melancolía de una sonata.

III

Salí en tu busca por todos los colores
y por todas las latitudes del perfume;
hacia el fondo,
en la marea de esas músicas húmedas
donde las algas agitan apenas

— en trémolos tiernos —
la vehemencia de su clorofila,
donde las valvas nacaradas de las lunas
ofrecen alegres dehiscencias de besos.

Pero, tú aún no estabas;
ni tu mirada azul, ni el reflejo de tu mirada.
Sólo una leve brisa de oboes,
bemolada por frecuencias de escarcha,
predecía tu presencia
entre un coro de nenúfares esbeltos.

Yo ansiaba detener el aire, y la intención del aire.
No dejar extraviar ni una pausa
de ese lenguaje, amado solamente en los sueños.
Pero no era bastante
el deshielo de mi imagen en el espejo,
para justificar esa perseverancia de río
dispuesta a sufrir el pavor de las cascadas
por llegar a vivir su inquietud en tus ojos.

IV

Tu voz y mi voz
flotaban en un oleaje indúctil.
Ya no podrían llegar
los orfeones pertinaces de las esclavitudes.
Eramos más solos y más libres
que Robinsón en su isla,
estábamos aptos
para supervivir un diluvio.

Es que habíamos descubierto al fin,
sobre una extensa madrepora de risas,
el anillo de un atol hospitalario.

Tú no creías
en el ángel que inventó el relámpago,
ni tampoco en aquel tribunal de fantasmas
encanecidos en el silogismo;
sin embargo,
te gustaba vestir una tristeza indefinible,
te apenaban esos seres nacidos del capricho de una hada
y sufrías por la vejez de las hermosas palabras.

A veces me embargaba un gran miedo.
No hubiera querido perderte, era tan flaco mi aliento;
temía la traición de tu nombre civilizado;
tal vez pudiese fomentar
la fastuosa embriaguez de un nabab
o el tacto de un acuñador de monedas.

V

Como quiera hemos sido tan dichosos
y tan diáfanos,
una hora inapreciable y sin un solo desvelo
en el mejor meridiano de los sueños.

Frente a las ramas del delta que desemboca mi gozo,
el sol y todos los sentidos abiertos.

CONFESION DE AÑO NUEVO

I

Acabo de saber que me buscabais.
Ya podéis encontrarme ahora
en mi verdadero sitio,
junto a la estrella de cinco puntas,
tan sencillo, tan claro como un axioma elemental.
Al alcance de tus brazos sufridos
y al alcance de las balas de gas.

Acordaos de nuevo. Procurad hacer memoria
— por ejemplo — de la Luna,
de la vulgarísima y patética Luna
que a través de sus fases nos enseña a ser leales a la luz;
de la rosa y sus espinas,
del cisne que canta la resurrección al morir
y de tantas cosas simples, bellas y dulces.
Que a esta hora íntima
nuestros ojos y nuestras manos estén limpios de pólvora,
prestos a filtrar, tan sólo, la miel de los panales:
por eso atiendo cumplidamente
a tu voz, a tu perfume, a tu sabor de fruta.

I I

No olvides de traer un catalejo y un esfumino.
Es necesario disimular que estamos los dos cerca, ¡tan cerca!
aun sin lianas de cariño,
como una última noche y un primer día de año.
Pon sobre el pavor incipiente
vuestros incomparables grises infinitos
y habrás ganado al remordimiento.
Así, puedes oír a las sirenas de mis barcos náufragos,
y gustar la carne de mis perdices mejores
y la crema de este pudding
que alumbran — tú lo sabes — trece lágrimas.

Ven, acércate todo lo posible,
que no me falte tu alimento:
tu presencia me hace convalecer
en los más deliciosos e inefables climas.
Recostada en sutiles razonamientos,
tal vez comprendas por qué es que sopla
hacia nuestro Norte, justamente,
un monzón cargado de langostas.

I I I

Hemos vivido en familia con las tormentas,
algo más, las hemos domesticado;
nos hemos servido del relámpago
así como los otros se sirven del teléfono.
Hemos subido al Sinaí con el menor pretexto,
y sin embargo, hemos amado también — confesémoslo — al becerro
(de oro.

Vamos a abstenernos de navegar en la vecindad de las cascadas.
Vamos a quitarnos del pecho este coraje inútil
que hace que crucemos sonrientes en medio de panteras
y andemos en la lava como los hijos de Proserpina.

Vamos a ser nuevos como esta aurora que empieza,
sencillos e ingenuos tal este clarín que malogra — sin advertirlo —
un delicado y magnífico tisú
en la primera tienda del silencio.

HUGO MAYO

(1898)

Es el primero de nuestros poetas que «torció el cuello al cisne de engañoso plumaje», según el canon purificador de González Martínez. El primero que insurgió contra la supervivencia del son rubendariano. Y se acogió siempre a los nuevos caminos de la sensibilidad y de la poesía. Naturalmente, hoy ha desembocado en las anchas avenidas de la inquietud social.

BIBLIOGRAFÍA:

OSADIA DE LA PUPILA REBELDE. Poemas inéditos.
Antologías. Revistas continentales y ecuatorianas.

CANTO AL MONTUBIO

Hombre
engendrado en savia de todas las yerbas.
Vives tu vida
igual en los bosques, igual en los ríos.

Como si la pampa te fuera pequeña,
la ciudad te seduce, pero luego te aburre
porque notas la falta a leña verde,
a guarapo y a puro.

Brioso como el potro,
eres manso en cualquier día de faena.
Te perfilan las broncas,
ejemplar de los buenos.

Cuando te nace apetito de sangre,
van contigo hacia el crimen
el machete, el poncho y la guitarra.
La ciudad te descubre
porque llevas algo que ella nunca ha tenido:
un machete en el cinto y una espuela al tobillo.

Conquistador de bosques:
cuando vas en tu caballo
me parece que te sales sobre el horizonte.
Enlazando los toros
tu veta es una rúbrica tirada en el espacio.

Necesario en invierno, necesario en verano,
palanca de todas las cosechas,
una mesa de pinta y un montón de cigarros
son tu mejor madrugada.

JOAQUIN GALLEGOS LARA

(1911)

Es el jefe de fila en el «grupo de Guayaquil». Animador, suscitador y guía. Ante todo, Gallegos Lara ha querido ser un intelectual al servicio de la Revolución. Por eso sus dones literarios, vigorosos y altos, no han llegado a producir todavía la obra acendrada y personal que hay derecho a exigirle.

Sus mejores realizaciones están en la novela, en el cuento, en el panfleto y en la crítica.

A la poesía Gallegos le ha dado su pasión de grito proletario. Pero ha puesto, deliberadamente, en un plano secundario, muy secundario, sus posibilidades de realizador de arte.

BIBLIOGRAFIA:

LOS QUE SE VAN. Libro de cuentos, en colaboración con Aguilera Malta y Enrique Gil. Guayaquil, 1929. CACAO y LOS HUANDOS. Novelas inéditas.

Colaborador central de muchas publicaciones de izquierda artística y social.

AUDICION PROLETARIA SOBRE EL AMOR

Camaradas:

hablo desde la sucia estación difusora de un cuarto estrecho.

La onda de mi mensaje

es una onda de rabia que se expresa con la cifra de un año:

1 9 1 7



Mujer:

reclinemos la cabeza sobre una almohada de libros usados.
 Abriguémonos con caricias.
 Al besarnos, las bocas nos saben a sed.
 Sólo la esperanza en la lucha pone calor en nuestras arterias.
 Sabemos que el mañana es nuestro.
 Cubrimos la fealdad que echan en nuestra vida
 con una punta de bandera roja.
 No queremos ver
 el papel de periódico amarillento en la vidriera rota
 ni el lustrado del uso en la mesa de palo.
 Queremos olvidar la ruda paja del colchón mercenario.
 Olvidarnos del pan negro que sabe a tamo crudo.
 Olvidarnos también, un segundo,
 que el chico que saldrá de esta noche nuestra
 irá quizás descalzo,
 quemándose los pies en las piedras heladas,
 a la escuela, a aprender el amor a la patria.

Cada beso nuestro
 sabe del amargo más allá.
 Cada beso nuestro
 sabe que hay el amor sin besos de los indios,
 sabe que hay el amor obrero, tizado, envenenado de aguardiente.
 Conocemos la paja de establo de las camas de nuestros hermanos.
 Conocemos a los huahuas envueltos en harapos.
 Hemos visto cómo el amor es un temblor
 entre una angustia y otra angustia,
 para la multitud hormigueante
 que siembra la llanura,
 que roe la montaña,
 que edifica,
 que transporta,
 que clava rieles y costados de navíos,
 que crea la formidable belleza del mundo,
 para otros.

Nuestros besos, que tienen mayor ardor, mayor pureza, mayor vida
 que los que se dan los hombres y mujeres que no trabajan,
 saben también que hay casas curvas y rectilíneas,
 pintadas con los claros colores de la hierba, de las nubes, de las olas,
 casas limpias que parecen juguetes,
 lejos del hollín, lejos del frío, lejos de la mugre.

Sabemos que hay aeroplanos y barcos
 para mecerse en los vientos y en las mareas
 y recorrer la fiesta de sol y nieve de todos los climas.

Desde la pasarela de los dirigibles
se bebe el agua azul de las estrellas
y se siente la gloria de sentirse más que hombre
en el flúido claro donde nacen relámpagos.

Mujer:

no habría ausencia
porque se haría más tierna tu voz, más grave mi voz.
en el vibrar de la radio.
Verías más oscuros y decididos mis ojos en el televisor
y yo vería mejor en él lo que mejor he visto en el mundo
tu sonrisa.



¿Oyes el rumor de la noche sobre el mundo?

La onda que lleva estas palabras sincroniza en otra onda.
Entre los ásperos chirridos de arena de la atmósfera,
oye, están gritando:
hermanos, Moscú.

LA REBELION DEL GUAQUI

Van los rieles,
mojados por la niebla, sobre el pajonal raquíutico del páramo.
La estación ha de ser una casucha con techo de paja,
con fardos oliendo a polvo de arveja, a fruta, a sudor, en el portal.
No ha de ser un lugar amado de los hombres.
Ha de ser la sierra,
la sierra,
la sierra...

Los gringos con polainas y con poncho de vicuña
beberán whisky,
tumbarán a las indias a la vuelta de los senderos,
y jugarán al póker en las noches, a la luz de un candil,
mientras aúllan los perros pardos del páramo, allá lejos,
donde es la sierra,
la sierra,
la sierra...

Las chozas están vacías. Las tierras están secas.
Vienen soldados de la ciudad en los trenes hediondos a hospital.
Se llevan a los indios.
En un sitio, no se sabe dónde, unos señores que hablan inglés,
del un lado del Atlántico, del otro lado del Atlántico
han clavado alfileres rojos en el mapa de América
donde dice: GRAN CHACO.

ENRIQUE GIL GILBERT

(1913)

Su ubicación literaria está en el relato: novela y cuento. En ese plano de realización artística ha llegado a certidumbres tan definitivas como su cuento EL MALO y su novela corta EL NEGRO SANTANDER.

En la lírica, su dramatismo revolucionario lo significa y lo personaliza fundamentalmente. Objetivo, contemplador de paisaje y escena, es también bueno para conmoverse hasta la expresión del poema, en el que se vierte en entregamientos integrales de sensibilidad.

BIBLIOGRAFIA:

LOS QUE SE VAN. Cuentos, en colaboración con Gallegos Lara y Aguilera Malta. Guayaquil, 1929. YUNGA. Relatos largos. Guayaquil, 1933. ALBA. Poemas. Guayaquil, 1935.

NUESTRO PAN. Novela. Editorial Ercilla. Santiago de Chile, 1935. Revistas de avanzada.

LETICIA

Sobre el aliento vegetal de la tierra,
donde los frutos que no han alimentado a las aves ni a las fieras
caen a preñar de azúcar la savia agria,
donde la muerte ha ignorado el asesinato estéril,
unos hombres están abriendo surcos para sembrar la muerte de otros.

Esos surcos germinarán hambre
 en las mujeres que trabajan en la ciudad,
 en los niños que son hijos de esas mujeres.
 El hambre roerá las ciudades
 y quedarán vacías, abandonadas, viejas, tristes,
 pálidas de tanto sol, mudas,
 porque sus habitantes están llenando el gran silencio de la muerte

En la selva oriental,
 tan empapada en savia de vegetales,
 tan roja de sangre animal.
 tan jugosa de lluvias,
 nunca será más terrible la humedad de la tierra
 que cuando esté mojada con sudor, saliva y sangre de hombres.

¡No!

¡Nuestras carnes abiertas en ríos escarlatas,
 nuestros ojos con la telaraña de la Araña Negra
 donde se han quedado muertos,
 y chupada la sangre del sol,
 los insectos cósmicos que son los paisajes!

¡No!

¡Nuestras manos sembradas tan inútilmente
 porque ya no tienen fuerza para alzarse en gritos,
 nuestros cuerpos callados,
 nuestro silencio, no!

¡Leticia! ¡Leticia!

¡Nuestros veinte años macizos como la curva de un río haciéndose cauce!
 ¡Enérgicos y exploradores como los mangles hacedores de tierra.
 ¡Es imposible que no haya más gritos que los de la metralla
 ¡Es imposible que los cables no se hayan remecido como nuestra carne!

¡Leticia! ¡Leticia!

Llevaremos el salvaje a flor de ojos,
 la agonía en los labios pálidos,
 y sin ser enemigos, nos mataremos.

Nuestros enemigos habrán quedado en las ciudades.
 Nosotros habremos ido del Norte y del Sur, del Este y del Oeste.
 Habremos entrado de los océanos
 por las venas perladas de los ríos amazónicos.
 Habremos bajado innumerables desde los Andes.
 Aún veremos la risa ártica de los muertos en los páramos.
 Aún vibrará en nuestras pupilas el remecimiento de los palúdicos en
 (las hoyas,

Nuestros enemigos habrán quedado en las ciudades.

¿No es bastante la sangre de los caucheros y de los obreros del petróleo?

Esa sed no es la sed de la selva.
Esa garra no es la garra del puma.
Ese grito no es el grito de los jíbaros.
Así no silban las culebras en las montañas ni las tintorerías en el mar.
Así grita el látigo sobre las espaldas de los caucheros.
Así grita el látigo sobre el lomo de los indios.
Así grita el chiflón de petróleo que no es para los obreros.

Preguntaremos a la Tierra: ¿Por qué?
Y Ella responderá:
Edison murió sin hacer el caucho sintético.
Los automóviles de los diplomáticos
necesitan rodar sobre calles pavimentadas
y que no les falte la gasolina.

Es necesario que mueran más.

¡Leticia! ¡Leticia!
Ya nos dueles en nuestras espaldas rajadas, en nuestros pies hinchados.

Volveremos del Amazonas contra nuestros verdaderos enemigos.
Habremos aprendido a pelear, a matar,
por un trozo de pan y un pedazo de tierra.
Seremos la semilla sembrada en los surcos.
Nos habrán regado con sangre.
Nos habrán abonado con nuestros propios cadáveres.
Exigiremos, pues, las tierras y las máquinas que nos pertenecen.
Os devolveremos muerto por muerto, hambre por hambre.

¡Y he aquí que en la hora única,
desnudos, crecidos como un aguaje,
entre la muerte y la justicia iremos contra vosotros!

No os asustéis. No seremos espectros.
Seremos hombres. No habremos muerto todos.
Pretendéis ahogarnos, pero somos eternos: ¡fecundamos!

CANCION DE NUESTRO HIJO

X Esta es la canción única
que ha sido dicha por todos los de mi clase.

No son de mi clase los de mi sangre.
Las gentes de mi clase son aquellas
que con las manos cerradas sobre la hoz, la pica o el martillo,
hacen encima de la tierra lo que no hizo el Génesis.
Son gentes de mi clase los que llevan pecho adentro
la cicatriz madura del amor hambriento y dolorido,
los que no pudieron ensanchar su espíritu frente al firmamento
porque estaban llenos de llanto desde antes de nacer.

Porque yo la escriba en un poema
no es nueva ni es mía esta canción.
Se ha cantado en las bocas cansadas
de todos los que trabajan en el mundo;
se ha derramado esta poesía
en las lágrimas que han caído
de los ojos de todos los pobres
al saber que un hijo nacerá de ellos;
esta verdad que yo digo
ha batido la sangre estrepitosa de hombres y mujeres,
allá donde nuestros indios están enterrados en los Andes
arañando las espaldas de los montes con sus uñas;
acá donde se envuelven los hombres en el vaho de la tierra caliente,
mientras ella florece pródiga para el amo;
en todas partes donde hay máquinas que enredan en sus ejes
raquicos de hombres que desfilen sus huesos y sus pulmones
para llenar la vida de luz, alegría y bienestar,
mientras ellos existen arrinconados entre sombras.

Yo lo sé, Alba, compañera mía,
porque esta noche he llorado sobre tu vientre cálido,
allí donde se estremece una carne nueva
que no eres tú ni soy yo
y que, sin embargo, somos nosotros.

Van a posarse sobre las cosas
dos ojos ávidos que hoy duermen en ti.
Dos ojos tiernos interrogarán al mundo. X

X ¿No sientes, Alba, sobre nuestros hombros,
que jugueteaban alegres, jóvenes, despreocupados,
asentarse el peso enorme de la responsabilidad?

¡Qué pregunta tan honda, tan llena de inquietudes
es la vida de este ser que nacerá de nosotros!

No es tan sólo nuestra carne que se prolonga.
No es tan sólo nuestro amor que se alegra.
En nuestras manos tenemos una vida de hombre.
El pasado de esa vida que aún no nace
está escrito en los surcos que la miseria dejó en tu cara joven;
está escrito en tus manos endurecidas por el trabajo
y en la carne dolida de opresión de tu tragedia de mujer;
está escrito en mi frente donde se han golpeado todas las preguntas;
está escrito en las palabras ardientes de odio y alegría
con que hemos dicho la verdad mientras nos aplastaba la tristeza.

¡Es tan enorme el peso de un niño!

Nos va a nacer un hijo.
Si trajere empañados los ojos,
si en su rostro la maldita tristeza estuviere cebada,
hemos de enseñarle cómo no se empañan las pupilas,
cómo se limpia la mirada desde el pecho,
oponiendo a la tempestad de afuera
la confianza y la fuerza que circula en nosotros,
ya que por nuestras gargantas pasa el himno robusto
que sólo está bien cantado cuando son miles de voces las que lo dicen.

Hay en toda tú, Alba, la inquietud, la angustia
que el instante previo a la madrugada pone sobre las cosas;
la crispación que llena el día antes de la tempestad;
el poder que hay en el árbol antes de fructificar;
la hinchazón de la tierra cuando sobre ella va a nacer la hierba.

Estás frente al infinito;
en el fondo de tus pupilas hay una luz de eternidad.
Entrelacemos las manos y apoya tu frente en mi frente.
Así debe haberse estremecido
aquel que vió correr el primer río,
aquel que vió brotar el primer árbol sobre la tierra. X *Alba*

X ¿No sientes como si en ti estuviera clamoreando el eco de un mundo?

Nos va a nacer un hijo.
Manos de hombres apretadas sobre martillos
clavetean de hierro la espalda de la tierra;
manos de hombres apretadas sobre picas
abren el pecho pétreo de la tierra;
manos de hombres colmadas de carbón
echan a rodar sobre las vías todos los trenes del mundo.
Manos apretadas de hombres
están levantando sobre la costra de la tierra
los poderes del hombre para levantar los poderes cósmicos.
Estos hombres que hacen la vida
llevan siglos de bruces, sin poder reír, respirar, amar,
ni levantar la frente a que allí golpeen las interrogaciones,
mordiéndose los labios para que el llanto no los haga débiles;
matando a diario por mezquinarse un pedazo de tierra,
y la tierra no es de ellos.
Mas he aquí que entre los labios hay una palabra
y están haciendo carne de la vida esa palabra;
nuestro hijo ha de aprenderla:
«el primero que la dijo se ahogó en ella»;
cuando nuestro hijo la diga se ahogarán en ella
aquellos que hoy día pueden reír, amar, preguntar...
Revolución se llama esa palabra.

Nos va a nacer un hijo.
Sus manos, primero suaves y débiles,
que llamarán la vida desde una cuna,
que cogerán el sol y las estrellas,
cosas que tan sólo los niños cogen,
se harán rudas y fuertes y serán sus venas como cables
y vivirán junto a los motores.
Algún día, cuando nuestro hijo sea nervioso y ardiente,
potro sin freno en el gran día de las venganzas,
empuñarán el rifle y entonces cantarán las balas
de otra manera a la que las hemos oído cantar nosotros.

PEDRO JORGE VERA

(1915)

Grito exasperado de rebeldías proletarias, tiene, sin embargo, la poesía de Vera — yo no sabría decir por qué — una semilla de ternuras que algún día ha de fructificar. Creo, a pesar de su obra, en los dones específicamente líricos de Vera, que asoman, de vez en vez, aun en sus poemas-carteles. Vera ha de realizar poesía verdad. Vera, sin abandonar su militancia, fortaleciéndola más bien, ha de bregar la lucha por la expresión de lo inefable.

BIBLIOGRAFIA:

CARTELES PARA LAS PAREDES HAMBRIENTAS. Poemas en prensa.
Colaboración en revistas de izquierda.

Y HAMBRE

Esto no es un poema:
¡es un grito!
¡es un puño!
¡es un fusil!

.....

Fábricas,
campos,
minas,
barcos...

Todos la conocen,
 todos saben la tragedia de su abrazo
 que es el precio del trabajo humano.

Sólo no la conoce
 el que es un ladrón de la energía del Hombre,
 el que es un asesino de la alegría del Hombre,
 el que es un traidor de la idea del Hombre.

Los niños pobres nacen con hambre.
 El hambre nos llena los ojos
 para mirar los restaurants.

Tisis,
 estertores,
 convulsiones:
 el hambre colma los hospitales
 y crea el mausoleo de la fosa común,
 en París, en Shanghai, en Guayaquil...

Vitalidades muertas.
 Jean Valjean a presidio por el robo de un pan.
 Prostíbulos:
 mujeres que se olvidan de amar,
 porque el amor no es pan.

Pero el hambre se hace ira y se hace fuerza.
 Con ellas,
 los hombres sin pan serán soldados rojos,
 destruirán a patadas parlamentos e iglesias,
 prenderán resplandores alegres en los túneles
 y transformarán los arbustos en encinas.

.....

Esto no es un poema:
 ¡es un grito de hambriento!

ALEGRIA DE LA ESPERA

Vendrás.
 Soy el imán de tu alma.
 Los dos somos plantas de la tierra nueva
 y llevamos los mismos tatuajes en los corazones.

Has de buscarme como yo te he buscado
hasta encontrarte, acurrucada,
con miedo de la vida,
con montones de palabras en el pecho y en los ojos,
y con los labios vacíos,
porque no tienes fuerza para que tus ansias revienten en gritos.
No temerás a mis veinte años candorosos,
cuando sepas que han sido amasados con sudor y sol,
y que por eso son potentes como robles.
No temerás a mi mesa,
porque es alegre el sabor del pan duro,
cuando ha sido tostado
con el fuego del amor esclavo sin joyas y sin pieles
y con una montaña de luz para el mañana.
No importa que nunca hablen tus puños
ni que tu voz no sea una gota del chorro levantisco de la Internacional.

Mis hélices multiplicarán sus revoluciones.
Mis cantos serán cantos de multitudes,
porque te sentiré en todas partes,
junto con nuestros hijos
y con la vida que estamos sembrando.
Sólo he escrito carteles para las paredes hambrientas,
pero hoy quiero ser poeta
y acariciarte con las manos llenas de versos.

Deja que recueste en tus brazos azules
mi frente torturada.
Yo debí haber aventado mi cariño
— como tiran los muchachos sus barcos de papel a las charcas —
y haberme ido solo, con mis versos y mi hambre.
Pero es que he pintado mi esperanza en tus ojos,
es que me has cosido a ti con las agujas de tus miradas,
es que tienes en tus manos mi rosa de los vientos.

Nuestra inquietud suprimirá las distancias
— tierras, mares y aires —
para llegar a la cúpula,
donde nos olvidamos de Dios un minuto.
Vendrás.
Soy el imán de tu alma.
Los dos somos plantas de la tierra nueva
y llevamos los mismos tatuajes en los corazones.

POEMA DEL AMOR ESCLAVO

Nuestra unión no tendrá flores ni cantos.
Frente a la miseria se secan los jardines
y mueren los conciertos de nuestras gargantas tísicas.

Ni primaveras que inyecten alegría por los poros
y arropen nuestra angustia.

La alegría del mar no es para nosotros.
El viento sólo es grandioso
cuando lleva nuestra furia.
En el ajedrez del sol
nuestras covachas son los cajones negros.
No habrá mentiras para nuestras ilusiones:
somos guarismos ceros,
hilachas de la fábrica,
insectos de la telaraña de acero,
... brazos ...

Nuestros ojos inyectados de sangre,
enceguecidos por el polvo de la marcha,
claveteados en las vitrinas de las panaderías,
lámparas de kerosene sin miradas radiantes,
no verán cascadas límpidas,
ni arco iris,
ni bengalas,
ni fuego...

¡Amor!
Ya lo crucificaron los burgueses en los burdeles.
Amor no.

Nuestro dolor, nuestra ira, nuestra lucha, compañera.

Apretados por las piolas de una misma esperanza,
nos iremos como el cielo y el mar en los horizontes,
entonando la marcha nupcial
de nuestros himnos olorosos a calle y a balas.

Presidarios de la ciudad y del campo,
jorobados por el fardo maldito del hambre,
aún podremos rasgarnos las manos con las uñas
para que sean más fuertes y bravos nuestros puños.

¡Nuestros puños!
¡Que fecundarán en nuestros cuerpos de álamos!
Puños en nuestros gritos latigeanes,
puños en tus senos de madre sin savia,
puños en tu vientre dulcemente curvado
para esconder el fruto de nuestro amor esclavo.

Vendrán otros días, compañera...
Cuando abramos los palacios milenarios
y envolvamos al mundo en las banderas rojas de nuestros
(corazones.

... Ruiseñores, nardos, luz del sol, agua clara...
El viento y el mar dirán la canción de la vida.

✓ REGRESO A LA CIUDAD

Regreso a la ciudad
donde he atunado los maderos de mis años extraviados,
trayendo en mis ojos secos
la acuarela de los hombres que doran los campos,
y en mis oídos acogedores como una playa,
la sirena de alarma de su grito.

Amo a las ciudades
porque de ellas se ha desterrado la soledad.
Sin embargo, sólo el campo tiene el último rasgo puro
que me ha dado esta alegría ruidosa
—brincando en mi cara y corriendo en mis brazos—,
igual a la alegría de la tierra
cuando recibe la primera lluvia.

Mis uñas son los relicarios
de la tierra lodosa de las chacras.

¡Ah! Pero esta alegría no pasa de mi piel,
morena y rugosa como la corteza de un árbol.
Esta visita al campo
ha hecho crecer mi deseo de tener dos corazones:
uno para amar a mi tibia compañera
y a las huelgas estremecientes;
otro para odiar más a los sembradores del hambre.

¿Quién se atreve a ser pintor o poeta
de los paisajes puros del campo?
En los sembríos más prometedores que un arco iris,
en los ríos tambaleantes,
en las montañas ignoradas
está de pie, como un manifiesto, el dolor campesino.

Hombres hundidos como clavos,
con sus mentes blancas
cual papeles que esperan ser escritos,
viendo marchar río abajo sus cosechas
que hacen y no disfrutan.

Pero ya sus manos no sólo rompen la tierra.
Hoy conocen el destino del machete
y han trepado sus puños a los algarrobos.
Regreso a la ciudad a perderme entre la multitud que marcha,
a relatar con mi voz salvaje
lo que he visto en el campo.

EDUARDO MORA MORENO

(1906)

Esíritu y sensibilidad de hoy, es una vocación urgente y acendrada de campo. No en busca deliberada del motivo lírico o de la documentación para el alegato social, sino en busca de paz. Palpita en él la entraña de la vieja égloga. Su instrumento expresivo es depurado, de una fragante diafanidad. Jamás hay en sus poemas gesticulación ni grito.

BIBLIOGRAFIA:

No ha publicado libros. De los fundadores de BLOQUE. Colabora en las publicaciones de izquierda.

∨ INVITACION CAMPEANA

Poeta, no demores en el sueño herrumbroso
de la ciudad burguesa;
ven a invertir, no en vano,
esas pocas monedas de tu vida
en el gran espectáculo de la Naturaleza,
ven a vivir al campo.

Aquí la vida acrece,
y la poca fortuna de la tuya,
comerciendo con luz, con aire puro,
con sedas multícromas de cielo,
se volverá cuantiosa.

Ven, Poeta, a vivir la vida-vida
de la clara campiña silenciosa,
lejos del ilotismo maloliente
de la ciudad poltrona y asquerosa...

Desempareda tu alma
de las cuatro paredes del vivir sedentario
y avéntala a vagar por las distancias,
impeliendo el motor del pensamiento
con la hélice frontal de las ideas.

Deja la viciosa geometría de las pobres callejas
y aquí tendrás por pista el horizonte
para el vuelo sin alas de Pegaso...

Si quieres embriagarte te inebriarás de abismo
e irás describiendo las curvas
de las sendas movibles de los ríos,
para caer a dormir en un remanso
desde el salto de luz de las cascadas...

Ven, úngete de sol; es el mejor ungüento
para las endebleces del cuerpo y del espíritu;
en las fraguas potentes del trabajo
templa el acero intacto de tus músculos,
y así
podrás tronchar cien años en un roble
y pulsar, sin gemidos,
el arpa heroica de las tempestades...

Ven, acaricia el vientre de la tierra,
que es el más fecundo y maternal,
y en el propicio relapso de los días
— potros uncidos que cabalga el tiempo —
para ti bordará su traje oscuro
con el oro ondulado de las mieses.

Ven, Poeta.
El claro diapasón de las montañas
musicalizará la nota no soñada
que ha de vibrar en tu canción futura...

A las noches abiertas del Estío
podrás robar la joya de un lucero,
o la diadema de una media luna
con que irás al altar del Himeneo.
Y en tu quena, Poeta de la América,
el viento libre de las altas cumbres,
impelido por soplos de infinito,
pondrá su nota más sentida y trémula.

Ven al campo, Poeta.

AUGUSTO SACOTO ARIAS

(1910)

Con nuestra poderosa voz joven de tierra y gente nuevas, realiza la verdad inefable del suprarrealismo. El mandato interior, subconsciente, de imagen y emoción, se cumple en la poesía de Sacoto con una precisión, una pureza, una sabiduría perfectas. Habría que pensar en Alberti — el poeta que nos trajo los ángeles — para hallarle antecedente.

Pero Sacoto, poeta nuestro, tiene además una voz de asombro inédito ante las grandes objetividades de la naturaleza: la voz épica.

Sacoto es una de las más claras y altas realidades de la poética del Ecuador contemporáneo.

BIBLIOGRAFIA:

EL PORVENIR DEL HUMO. Poesías, 1935. Colaboración en *AMERICA* y otras revistas.

ENCUESTA A LOS PUNTOS CARDINALES

Nadia:

El corazón me salta como un grillo
ante tus ojos que inauguran un kindergarten de luceros,
ante el alegre aturdimiento de las magnolias enfermeras,
ante la gran revista azul del alba
que desde el primer día se ha coleccionado
en la biblioteca de los ángeles.

Pero olvidémonos de todo
mientras te dicte las preguntas
de una encuesta a los Puntos Cardinales.

¿Por qué en los mares de la China
todavía los peces de colores
hacen soñar a los grumetes en que cada ola es un frutero?

¿Por qué toda pantera ciega
es solamente una acuarela?

¿Por qué el dueño de un huerto
en el último junio les dijo a las naranjas
que su mayor edad les permitía elegir cualquier clima?

¿Por qué los poetas pequeñitos de las ciudades de Groenlandia
nunca nos han contado
que los tiernos ojos de las nutrias
son los últimos restos de sus leyendas de algas?

¿Por qué hasta hoy
ningún delicado historiador israelita
quiere descubrirnos la partida bautismal de la uva?

¿Por qué el mar condenó a los caracoles
a radiodifundir eternamente
la canción de las olas expatriadas?

Pero es inútil llegar con esta encuesta
hasta la paz crucificada
de los cuatro Puntos Cardinales.

Hay que olvidar todos los mapas
donde se orienta la Ternura,
hasta que en las gargantas encendidas
no madure el diamante de un nuevo himno...

Arrecia todavía
la lluvia amarga que no se predice en ningún calendario,
y que, sin embargo, es la historia íntegra
de cada estación de nuestros ojos.

Acaso mañana mismo, Nadia,
ya no podrá saludarnos el pordiosero de la esquina,
porque este instante se le agota
la tinta ideal de su pupila
del mismo modo que en tu pluma-fuente...

LECTURA PARA LAS VIDRIERAS URBANAS

Con el alba al nivel de nuestros ojos,
desde los arrabales cosidos al paisaje con un cordel de lágrimas,
venimos
en brigadas
para nutrir de oxígeno el pulmón de la urbe.

Allá
quedaron nuestras madres:
esquemas de la angustia en las rayas de tiza de sus canas.
Y junto a los jardines de la escuela,
mirando cómo envasan su tinta los geranios,
nuestros hermanos pequeñitos.

Los voceadores ciegos
llevan en sus carpetas la claridad del mundo.

En esta alba
que trajo su perfume de un insomnio de frutas,
alzaremos con el alma
una palabra inmensa hecha de aristas,
que un 1.º de Mayo hizo arder como tea la rosa de los vientos,
que es carmín en los labios de nuestras novias pálidas,
que es nuestro pan, nuestra agua y nuestra lámpara:
¡Revolución!

Un día
no seremos
ni este silencio en marcha ni este pulso aún dócil,
sino una campanada de veinte años
y una bandera roja.
Nuestra canción
ha de desentornar sus párpados de pólvora.
Se ha de crispar el aire.

¡Que lo sepan desde hoy las vidrieras urbanas!

SISMO

(FRAGMENTO)

De pronto, en una pesadilla del sonido, se despertaron las campanas de pronto, las sirenas violaron su horario; de pronto, los clarines — casi lívidos — inauguraron sus gargantas ágiles con la voz del espanto.

La ciudad tambaleaba.

La ciudad tambaleaba.

Y sólo los sismógrafos sabían las noticias profundas de la Tierra.

La ciudad tambaleaba.

La ciudad tambaleaba.

Y justamente en la hora en que más de un gendarme sólo para sus sueños empleaba las señales de tránsito.

Nadie encendía aún el gran grito de alarma.

Nadie pasaba aún del umbral de la huída.

Y el gran grito de alarma hirvió en todos los pechos, cuando los habitantes

advirtieron:

que sólo un clima de manzanos les separaba por el Este del ceño de azufre de un volcán.

Y simultáneamente los barrios primitivos

— con esa arquitectura sencilla de los pájaros — se caían de bruces.

Entonces,

desde alcobas con gardenias y lámparas,

desde buhardillas lóbregas,

hacia la paz del valle

los habitantes se precipitaron.

Para orientar la huída

disponían — apenas — de ese fulgor agónico

que proyectaban los tropeles de mujeres desnudas.

La ciudad tambaleaba.

La ciudad tambaleaba.

Hasta por el Este — punto cardinal único en el atlas sencillo de la alondra —,

arremetiendo el sismo con sus sierras tremendas,

rasgó los bulevares,

rasgó las avenidas,

rasgó los seis parques, que ávidos esperaban el domingo de atriles.

Esbeltas torres góticas
estaban ya tronchadas,
con un destino análogo al de los girasoles.

Las torres de la radio
estaban ya tendidas,
pero hermosas y enérgicas.
Sus antenas clavadas en la Tierra jadeante
balbuceaban aún la señal de socorro.

Y la ciudad magnífica
que hace sólo un minuto
parcelaba
su pradera de lámparas,
ya era la dueña loca
de un bosque de alaridos y red fluvial de llantos.

La Tierra
— con gemelo paladar de pantera —
devoraba tumultos,
¡se hartaba de tumultos!

Una ancha grieta
ahogaba
al fondo de su entraña
un batallón de niños extraviados.

Y era imposible hallar un resquicio del aire
ausente de amenaza,
si era el mismo aire negro
un polen de exterminio que venía de lejos.

Bajo el diluvio de adoquines,
tropheles de mujeres
caían para siempre.

Y en ninguna estadística de lágrimas
se sabría más tarde:

si eran las madres de unos marineros
que a los veinte años injertaron la rosa náutica en su pulso,
o de bomberos ágiles
que al litoral soldaron su destino por el ardiente filo de sus
(hachas.

o de recios brequeros
que a cada campanada iban dejando un cardenal en el paisaje,
o quizás de artilleros
pastores de granadas por los diáfanos altiplanos del cielo.
o quizá de mineros
que nunca ieron vaclarar el color de sus cartas.

Unas mujeres rubias,
en uno de los pórticos ilesos,
amanecieron dulcemente muertas junto al sueño de un niño,
cada una,
como en aquel capítulo de un drama imaginario,
en que de pronto
la viruta de un beso envolvió en llamas a la villa.

Los ángeles dejaron
seguramente
en una escalinata del asilo de ciegos
el epitafio de un jacinto.

Porque hasta allí — apenas — llegó la huída
de los niños ciegos,
que gastaron sus yemas en los textos de Braille
sin descubrir ese altorrelieve de las rutas.

Y acaso habrá nevado un epitafio análogo
en el sitio
donde una niña de cabellos rojos
sucumbió para salvar a sus muñecas.

ALEJANDRO CARRION

(1915)

Ante la poesía de Carrión, la crítica desearía tener antiliteralidad de jitanjáfora. Y soltar palabras inconexas que revelen estados inefables de reacción de sensibilidad: es el más transparente y delgado expresador de lo que se ha creído inexpresable. La poética de Carrión reclama las palabras de Marinello a Ballagas: «Tiene el querer limpio, el júbilo y la fuga del niño... Quiere embridar el grilo insurrecto con el temblor de la garganta gozosa».

Será un descaminamiento todo apartarse de su verdadera, de su única ruta: la que lleva al estremecimiento inicial de la transfiguración de la palabra en Verbo.

BIBLIOGRAFIA:

LUZ DEL NUEVO PAISAJE. POESIAS. 1935.
Fundador de HONTANAR. Colaboración en BLOQUE,
ELAN, REPERTORIO AMERICANO, LA TIERRA, EL TELEGRAFO.

DULCE NIÑERA RUBIA DE LOS SUEÑOS...

En ti. Recién nacida, la ternura.
La frescura del agua en la mañana.
La luz, cuando la luz es aún niña.
El color de las frutas. La suavidad del musgo.
El color del deseo. La ingenua sonrisa.
El dolor de la lágrima. El silencio tranquilo.
La inefable palabra de la postrer canción.
En ti. Dentro de ti. Donde había nacido la ternura.

La línea de los labios. La línea de las olas.
 La adorable línea de la luz en los labios.
 La palabra que salta, que se encoge y se alarga.
 La palabra que crece hasta hacerse canción.
 El color en los campos. El rumor de la lluvia.
 La llegada del viento. El terror en los nidos.
 El viejo y lento viaje de la nube en el cielo.
 En ti. Todo por ti. Pequeña causa de las grandes acciones.

Amanecía. Amanecía eternamente,
 dulce regazo eterno de la suave ternura.
 No la noche. No la noche callada.

Aquí, recién nacida, tengo la luz del sol.
 Tengo la luz del sol a través de las aguas.
 Tengo la luz del sol y el color de las frutas.
 Tengo la luz del sol tejiendo telarañas en mis dedos.
 Tengo la luz del sol saltando en la sonrisa.
 Amanecía. Amanecía eternamente,
 dulce regazo eterno de la suave ternura.

Volaba ella en tus alas, golondrina.
 Volaba en la ligera huella de tus pasos, gacela.
 Volaba ella en la luz, en el vivo reflejo
 del pedazo de vidrio reclamo de la alondra.
 Volaba en las cometas, en el azul eterno.
 En la ola que salta toda la eternidad.
 En el tibio calor de la arena en la playa.
 En la clara palabra. En el dulce sabor.

Aquí, aquí está el límite. El límite inviolable.
 De aquí no pasarás en tu vuelo, canción.
 Torcerás ya tu línea, liviana golondrina.
 Se detendrá tu paso, grácil gacela rubia.
 Cesará tu caricia, suave mano tranquila.
 Aquí, aquí está el límite a tus notas, canción.

Aquí está la palabra. A recibir tus ojos.
 A contarte los pasos, niñera,
 dulce niñera rubia de los sueños.
 En tu boca nació la tranquila ternura.
 En mi boca nació la tranquila palabra.
 En mi cuerpo nació el suave movimiento
 y este tranquilo y fuerte deseo de mis brazos,
 de mis brazos morenos, hacia tu cuerpo abiertos,
 dulce niñera rubia de los más dulces sueños.

YA NO SE SI TU VOZ...

¿Habéis visto morir algún perfume?
Cuando la flor tronchada cae sobre la tierra
y el rocío pregunta por ella al día siguiente.
En medio de la lluvia las canciones tiritan.
Lentamente se hundén las estrellas en esta noche negra.
¿Habéis visto vacilar las estrellas agónicas?
Es el dulce momento en que va la mirada más allá del suspiro.
Es el tímido instante en que apaga su lámpara la última luciérnaga
y un marinero canta una vieja canción que ha traído en su barco
de una tierra lejana donde las lágrimas se conservan mucho más que
(el rocío.

Hay que inclinarse sobre la tierra negra
de donde crece todo lo que encanta a los ojos.
Hay que extender las manos hacia la tierra negra.
Recojamos — piadosos — las flores recién muertas
sobre cuyos pétalos brilla el rocío como un buen pensamiento.
Mirad en esta noche al recuerdo transido
buscar una pupila propicia para ir a dormir su soledad.
Contemplad esta lenta agonía del perfume.
Recordad unos ojos en donde no haya huella de una lágrima.
Decidme, si podéis, qué mirada no guarda en su fondo el cadáver le-
(jano de un recuerdo.

Hay un viento traidor que se roba las frutas
y hace hacer a las flores hechos inconfesables.
Mirad cómo esta noche se nos hace imposible la canción.
¿Para qué la mirada si entonces ya no podría hacerse
aquello que es preciso que de nadie sea visto?
Miremos la interminable fuga de todos los recuerdos.
Yo no sé si tu voz va a encontrar esta noche el camino de mi alma.
Yo no sé si tus manos van a hallar esta noche la caricia suprema.
Yo no sé si en tu cuerpo-va a encontrar mi cuerpo el supremo descanso.
Fugarán los recuerdos... Algún día voy a hallarte
temblorosa como la última estrella, mientras el mar lejano
transporta exóticas canciones a otras latitudes...

PRIMERA TENTATIVA DE FUGA

Necesito encontrar mi propia soledad.

Necesito encontrarla, tras una larga búsqueda
con las manos teñidas de silencio,
abriéndose mis ojos un camino a través del recuerdo
en uno de esos días largos en que se alargan los colores
y la luz canta sus canciones grises.
Habría que buscarla
donde un grito no pueda despedazarme un sueño,
donde tu voz me llegue a través del recuerdo,
en el momento azul en que las caricias se entenececn,
olvidadas del tacto.

Habría que buscarla
donde crezca el silencio como una planta joven,
donde ya no se escuche el fragor doloroso de la lucha de clases,
donde los árboles no se preocupen del porvenir de sus hojas
y las frutas sean dulces sin necesidad de la mirada de los niños.

Necesito encontrar mi propia soledad
y — firme ya en el dolor y la alegría —
no poder desligarme del poder de los sueños,
besarte sólo cuando te hayas ya dormido,
comprender la belleza de las cosas antiguas,
beber el agua limpia con la mirada joven,
bañarme en la luz tibia
y usar de mi derecho
a la euforia entusiasta del cuerpo bien nutrido
y a la marcha extasiada
de un jardinero joven en la luz meridiana.

Hallándola,
un sueño dulce se prendería a mis párpados,
tranquilamente irían mis manos en busca del calor de tu pecho,
cosecharía en tu aliento la diáfana dulzura
de las flores que nutren de color al perfume
y, acaso, descubriría por qué hay tantos recuerdos
con una sola mirada que tender por sobre los paisajes.

Habría que emprender un largo viaje
en busca de mi propia soledad.

√ BUEN AÑO

Les nacía la canción en los labios
como en la primavera
les nace la alegría a las plantas.
En los ojos ponían suavidad de caricia
para mirar los campos:
es que hacía buen año.
El trigo, como nunca, llenó de oro la tierra.
Se temía que faltase en la mesa un lugar para el pan
y que en los corazones no pudiese haber tanta alegría.
En todas las miradas habían brotado flores
y en todas las bocas florecían sonrisas.
El amor nunca tuvo más parejas que unir
que ahora, en el buen año, dorado como el pan.

Pero no fué así.
Brotó de la tierra una inundación de trigales y flores..
Pero entre los campesinos no desapareció el hambre.
De la ciudad llegaron los señores
a llevarse, entre risas, los frutos de la tierra
y con ellos se llevaron, a su vez, las canciones.
En todos los labios murieron las sonrisas.
En las mesas vacías se oía suspirar por el pan.
Todas las miradas descubrieron espinas en las flores
y el amor se olvidó como una lección.

Un gran dolor brotaba de los campos
e impedía el regreso a los señores.
Se oía a los árboles protestar doloridos:
¡Nunca hace buen año para los labradores!

SEQUIA

De pronto al campo se le había caído la sonrisa de los labios.
Los ríos cada día llegaban más escuálidos
y, sin ser época de cosechas, todas las sementeras se habían vuelto dó-
(radas:

Parecía próximo el día en que murieran de sed los manantiales.
Los pájaros habían dejado de cantar
y organizaban una emigración desesperada
a los países donde las flores existían y el agua era abundante.
En todos los ojos ardía la fiebre.
Nadie recordaba cómo era la lluvia
y parecía que estaban empolvados todos los corazones.
Los hombres se destrozaban las manos
de tanto cavar la tierra.
El cansancio les había hecho atardecer los ojos.
El agua no se encontraba ya en ninguna parte
y la tierra reseca se llenaba de grietas.
¡Era la sequía!
Morirían primero las plantas, donde las flores ya no tenían cabida.
Luego serían las bestias, todos los animales.
Después los hombres, con los labios partidos
y en los ojos ensanchada la angustia.
En los labios les quedaría apretado un grito
que era toda la vida:
¡Queremos agua!
¡Agua!
¡Agua!
Mientras tanto, todo estaba seco,
hasta los corazones.
Las mujeres
buscaban en vano el amor
en alguna mirada.
Los niños
buscaban en vano un poco de agua
para hacer una charca donde poder jugar.
Y la que primero se murió de sed
fué la alegría.
Así debió haber sido la tierra
en el terrible tiempo que precedió el nacimiento del amor.
Todos los seres tenían la nostalgia de un cántaro vacío
y no podía pensarse en nada más dulce
que unas gotas de agua para mojar los labios.
En todos los lugares
se hallaban por millones las mariposas muertas,
Dolían las miradas
de tanto azul del cielo,
de tanto oro del sol,
de tanto rebrillar de las piedras.
Las últimas aves se habían ya marchado
y nadie se acordaba de cantar.
Todas las madrugadas nacía la esperanza de encontrar una nube,
y por un vaso de agua se ofrecía la vida.

Se morían los hombres, calcinados los ojos,
con un grito apretado en los labios:
¡Queremos agua!
¡Agua!
¡Agua!

¡Era la sequía!

CANCION DE LA COSECHA

Sobre la angustia de los hombres fué madurando el trigo.
Sobre la angustia de los hombres que lo sentían crecer en lucha contra
(el viento,

hundidas las raíces en lo más delicado de sus corazones.
Sobre la angustia que lentamente les fué tifiendo de negro las pupilas.
Sobre la angustia de los hombres que no cesó ni aun viendo
el lento transformarse de sus frescos colores
en un rubio de oro que llenaba de luz el horizonte.

Debió haber nacido la alegría,

Debió haber nacido la sonrisa sobre el campo dorado.

Debió haber nacido alegre la canción cuando hizo su llegada la cosecha.

¿Por qué la sementera lograda no logró la alegría?

¿Por qué maduró el trigo sobre un campo de angustia?

¿Por qué no encontró nadie en un rincón del campo un momento de
(paz?

Lentamente se elevó hacia el cielo la canción calcinada de los labra-
(dores.

Lentamente, pesada en su amargura, de los labios resecos de las hem-
(bras

que dejaron a un lado sus gavillas de carne

para elevar, apretadas entre sus manos fuertes, las gavillas de trigo,
se elevó la canción.

No es ésta la alegre y liviana canción de los surcos fructíferos.

No es ésta la canción ilusionada del trillador que es dueño de su trigo.

No es éste el movimiento amoroso y cálido de las manos morenas
que oprimen los manojos de trigo como si fueran vivos manojos de
(su carne.

Canción atormentada del viejo surco esclavo,

del surco que le niega su semilla al labriego,

Canción llena de angustia, pesada canción del trillador cansado,

del trillador que sabe que no trilla su trigo.

Canción desesperada, enronquecida, que lastimas el pecho,
 canción de la cosecha grande que maduró en la angustia de los hom-
 (bres

y logró un color de oro para el campo,
 y logró la riqueza... pero no la alegría.
 ¿Cuándo dejarás de brotar angustiada, canción de la cosecha?
 ¿Cuándo tus notas claras, como una madrugada,
 anunciarán que el trigo puso paz en las almas
 e hizo rubias las notas de todas las canciones?
 ¿Cuándo tu día dorado será un día de amor?

¿Para logarte alegre, angustiada canción de la cosecha,
 tendrán los sembradores que fecundar con sangre el surco de su trigo,
 tendrán los segadores que segar las cabezas como espigas
 y habrá sobre las eras una roja trilla de corazones?

Sí... y esa sangre aclarará la voz en los pechos heridos
 y a través de su color ardiente descubrirán la luz las cansadas pupilas.
 Para oír la nueva canción estará el campo virgen como en la primera
 (madrugada

y temblarán los hombres, mientras en sus ojos duros
 les aflorará límpida una marea de lágrimas.
 Renacerás robusta y nueva, vieja canción de la cosecha antigua,
 purificada, apta para llenar los pechos de los trabajadores,
 que ante su propio trigo y ante su propia tierra
 abrirán un camino, con sus brazos nervudos
 hacia el mundo extendidos.
 Y sin herir los pechos, de un coro de millones de voces,
 partirás, serena, emocionada y grande,
 hacia el azul eterno.

Porque ya habrán hallado su paz los labradores.

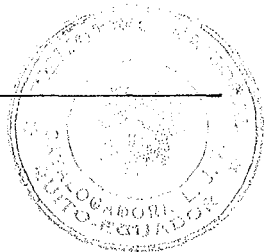
HUGO ALEMAN

(1902)

Alemán vino a la poesía con la dulzura suave y galante de Augusto Arias. Con su cesurada melodía verbal. Pero el huracán de la nueva sensibilidad lo encontró fresco, joven, capaz de recibir polen nuevo. Fué fecundado. Y su poema de hoy, sin perder totalmente la vida inicial, se alinea en las nuevas formaciones.

BIBLIOGRAFIA:

Colaboración en revistas.



VENCIMIENTO

Cataratas
pusieron en tus ojos las enseñanzas monjiles de la escuela.

Senos púberes.
Estalagmitas eréctiles del deseo.
Piel íntima. Gruta de espasmos. Estadio virgen
para las olimpiadas del pecado.

Tu cuerpo
recorrerá de tumbo en tumbo
la integridad del campo. Dócil a la maniobra del destino.
Una viscosidad tibia
humedecerá la epidermis del tacto.
Germinará una vida
con el concurso de tu dolor y de tu sangre.

Tu aliento languidecerá sobre la molicie de la noche.
Surgirá el panorama del cansancio.
Entonces conocerás el alfabeto de la realidad.
Aprenderás a leer en el nigérrimo pizarrón de la tragedia
la inutilidad de las plegarias.

Reflexivo dolor extemporáneo.

La quilla del vicio
se clavará en las riberas de tu carne.
Una red de asperezas
obstará el paso de las consolaciones.
Se abrirá un paréntesis de miseria.
Abarcará tu vida. Tendrás miedo de que encierre también al hijo tuyo.

Tu corazón echará una franja roja sobre todos los prejuicios.
Restregarás tu cuerpo, una vez y otra vez, penosamente,
contra el monótono engranaje del sexo,
en amargo ejercicio.
Arrumbarás tus sentimientos en la recóndita negrura de una pocilga,
junto al niño dormido en el vellón de una sonrisa.

Casualidad. Un hombre enlazará tu espíritu convulso
con una hilacha de misericordia.
Regará tu esperanza amarillenta
la emocionada compasión de unas palabras.
Florecerá el amor en tu tristeza y en tu cuerpo.
Soñarás en el retorno. Pero tu afán se perderá en el tráfago
del sacrificio cotidiano.
En espirales nauseabundas
de humo, de alcohol y de espermatozoides.
En una ola de desesperación traumática.

La última estrella se habrá roto contra el charco del olvido.

La carne triste, purulenta, flácida,
se internará en la angustia
del hospital. Irá al declive de la sombra.
Las fauces del orfanato
se cerrarán tras la silueta de tu hijo.
Y una claridad de lágrimas despejará las cataratas de tus ojos,
en un tardío deslumbramiento.
Junto al vórtice definitivo.

ABEL ROMEO CASTILLO

(1904)

Su vocación de ingenuidad ha llevado a Abel Romeo Casillo hacia el aprovechamiento de la receta lírica de García Lorca—que dijera Raúl Andrade—: el romance. Trasladado de la cálida tierra andaluza a la cálida—super-cálida— tierra guayaquileña, el romance asume intrepideces un poco bárbaras y sugestivas.

BIBLIOGRAFIA:

LOS GOBERNADORES DE GUAYAQUIL. Prosa histórica. Madrid, 1931.

NUEVO DESCUBRIMIENTO DE GUAYAQUIL. Poema. Guayaquil, 1935.

Director de la hoja literaria de EL TELEGRAFO.

ROMANCE DEL CONSPIRADOR ENAMORADO

1

Góndola del Malecón,
esa del bretero negro
y de las mulas que llevan
el paso alegre y ligero,
lévale a mi enamorada
a su ventana del cerro,
— sin que se entere la brisa —
este recado secreto:
— No me esperes esta noche,
morena, porque no puedo.

Que hoy es por fin la revuelta
y en la calle gritaremos
a las tres de la mañana:
¡Viva el caudillo del pueblo!

¡No me esperes esta noche,
morena, porque no puedo!

2

Las tres en la Catedral
y las tres en San Alejo.
Con el dedo en el gatillo
de mi pistolón de acero,
el tañer de las campanas
de San Francisco aquí espero.
¡Ah, ya ha empezado a tocar
los cuartos el campanero!
¡Ya está cantando en el aire
el campanazo primero!
¡Ya voy a dar la señal
apenas suene el tercero!
Mas, ¿qué es esto? ¿Quién me agarra?
¡No me toméis prisionero!

¡Matadme, si es que queréis
quitar-me el ideal que tengo!

3

No me duele el calabozo
ni las cadenas de hierro.
Me duele más la traición
de los que nos prometieron
echar la tropa a la calle
y luego se arrepintieron.
Me duele mi enamorada
y encontrarme de ella lejos,
proscrito de sus palabras,
desterrado de sus besos,
ausente de sus miradas
y esposado a su recuerdo.
Derrotado en su presencia
malbaratado y maltrecho.

Me duele más el fracaso
que las cadenas de hierro.

4

No me esperes esta noche,
morena, porque no puedo.
Ni mañana, ni pasado,
ni quién sabe hasta qué tiempo,
que hoy nos mandan a la sierra
en rebaño cuartelero.
Al panóptico me llevan,
morenita, y yo no tiemblo.
Este baile de San Vito
de mis piernas y mi cuerpo
es temblor de paludismo
que me mordió en el encierro.
En Quito voy a morir:
tengo ese presentimiento.

¡Si muero, que otro te quiera,
negra, como yo te quiero!

ROMANCE DE LA NIÑA MORENITA

No era ni blanca ni rubia.
La niña era morenita.
Pelo de hule charolado,
brillante sin brillantina,
ondulado natural,
sin ir a peluquerías.
Boca de abultados labios
recién picados de avispa.
(Cuando estaba en el colegio
las otras niñas decían:
No juguemos con la zamba,
que no es de buena familia.)

No era ni blanca ni rubia.
La niña era morenita.
Tan grandes eran sus ojos
que en su cara no cabían.
Tan estrecha su cintura
que en su pulsera entraría.

Cuando iba por las calles
tempestades producía,
vendaval de admiración
con truenos de simpatía:
¡Qué negra más estupenda!
¡Qué mulata tan bonita!

No era blanca ni era rubia.
La niña era morenita.
Y sin saberlo por qué,
al pensarlo, entristecía.
Hubiera querido ser
blanca como margarita.
Tener la carne color
de la pulpa de la piña.
No se oiría llamar:
¡negra! ¡zamba! ¡mulatilla!
(¡Ay, no poder desteñirse
lo mismo que una camisa!)

No era blanca ni era rubia.
¡La niña era morenita!
¡Qué más galardón que ser
Venus tallada en diorita!
¡Criolla como lo fué
la Emperatriz Josefina!
¡Qué más suerte que tener
el talle leve de espiga,
el pecho firme de asfalto,
la carne canela tibia
y el corazón con ardor
de hierro en la llama viva!

¡No era blanca! ¡No era rubia!
¡La niña era morenita!
¡Morenita retrechera,
de esas que roban la vida!

NELA MARTINEZ ESPINOSA

(1911)

Es la clara voz femenina de la poesía revolucionaria. Sin vacilaciones. Al mismo tiempo que siente el clamor proletario del mundo, endulza su voz para decir la pena y la injusticia de la vida agraria, de la vida humilde y cruel de las gentes del campo. Sin lloriqueos inútiles, con sensibilidad tensa y maternal a la vez.

BIBLIOGRAFIA:

No publica aún libros.
Colabora en las revistas de izquierda.

LA ESTRELLA

El Juancho era un longo tierno aún.
Apacentaba, saliendo con las ovejitas muy temprano.
Nunca dejó de encontrar agua y yerba
y también una alegría para el tiempo,
a pesar de que sus manos se abrían como geranios
al recoger la leña de los cerros.

La tía Paula estaba contenta de su longo.
Salfía de la choza para verlo regresar.
Allá venía, envuelto, como la tarde en el sol,
en su poncho de listas claras,
arreando el rebaño con su silbo
de gorrioncito bien comido.

Tras las huellas grandes
quedaban temblando las pequeñas huellas borrosas.
El corazón de la Paula se encogía de miedo
pensando en el invierno.
Pero él no esperó el invierno.

Era la víspera de San Pedro y San Pablo...
Germinaba la noche
una extraña gavilla de incendios
hasta el límite del cielo.
Algunos mayores bajaron al pueblo,
otros fueron a prender fuego en los cerros.
Los chicos se quedaron solos
con una vigilia ansiosa en las sienes.
Habían oído hablar tanto de la fiesta,
que ahora querían retenerla para siempre.
Un vecino les contó en secreto
la historia de los castillos de colores.
El sacerdote diz que cazaba unas luces
que huían como venados en las tardes lluviosas
cuando la montaña estaba brava.
Después en la fiesta las lanzaban al aire
para sacar las estrellas que dormían ocultas.
El longo que alcanzaba a tener una solamente
no se hace concierto nunca por más pobre que sea,
sus animalitos no cogen el mal
y las siembras de sus manos son benditas.

Entonces todos caminaron hacia arriba,
hasta divisar el bosque luminoso que era el pueblo,
medio oculto en el ambiente violeta del humo.
Estaban en la cima henchida del rumor grave
de agua que va por un abismo.
Veíanse chispas de oro morir a la distancia.
Luego se multiplicaron, crecieron,
como flores tenues sobre las cabezas oscuras,
guardando cada una un color y un camino.

Levantáronse los pequeños brazos fervorosos
para cogerlas como una propiedad de sus sueños.
Tornóse el silencio leve como sus voces:
«mía la lila, mía la roja, mía la azul,
mía, mía...»
El Juancho buscaba entre todas una verde
que contenía el pasto fresco en su luz esmeralda.

Tendían los ojos las alas de las miradas
apresurando un vuelo ágil.
Ya la proximidad llegaba a su sangre
como una raíz sedienta.
Si hasta sus dedos rajados con el hielo de las madrugadas
tuvieron la sensación del tacto de una estrella,
mientras corría quitándola al viento
que giraba hacia el río.

Un grito rajó el resplandor de la noche
y las piedras tuvieron una piedra más
para partir las olas.

La Paula no echará el aliento sobre la lluvia
para calentarlo en invierno
ni llorará la mala suerte sobre su ausencia,
como llora por el taita que está concierto.
El Juancho no esperó el invierno
ni la vida.

EL HIJO

(Notas de una madre que trabaja)

Albergó la canción en sí misma una mujer,
mientras en el fondo de su entraña crecían el dolor y la vida.
Cerrando los ojos a la lucha, sola,
cansada de tanto soportar el llanto,
reteniendo la luz de su nombre ignorado,
alumbradas las sienes, pensaba...
¡Este hijo que se nutre y me agota,
cuántas veces sonreirá dormido en mis brazos!
¡Cuántas veces llenará este silencio
diciéndome con sus labios de flor palabras dulces!
Hijo mío, a la existencia árida, sedienta,
la huella de tu planta fresca como brisa
tornará en camino fácil, sin peligros.
Teniéndote tendré el pan y la dicha.
¿Quién ha de permitir que sufras?
Así soñaba ella, cantando,
meciéndolo en su sangre aunque no lo oía...

¡Ah!, pero un día, respirando a gritos,
sintió partirse el cuerpo deshecho en el trabajo
y desgarrándose dió paso al hijo.
Luego, ya débiles las fuerzas traídas del misterio,
sin saber cómo sostener la propia existencia,
a que nada le faltara, fué alimento,
se volvió al mundo sin rendirse,
por más que el hambre estremeciera de angustia
el último fervor de su esperanza, su sonrisa.
De nada le sirvió ser madre.
Tuvo que dejarlo crecer sobre el suelo,
menos que las plantas abandonadas sin cariño,
seguras con la lluvia y el abrigo del sol.
En la voz tierna que ya se apaga,
tiembla sobre el tiempo un aliento nuevo.
Y otra vez la mujer abre los brazos y empuja a la sombra
deteniendo la ausencia final de la muerte.
Su corazón baja todavía, como si amaneciera,
entre alas de surcos a la tierra.

JORGE I. GUERRERO

(1911)

Obra todavía muy corta, pero encarnada de anhelo artístico y fuerza comunicativa. Guerrero quiere entrar en la médula de la injusticia humana, para ofrecerla en comprimidos de auténtico «élan» poético y de auténtica emoción social. Su expresión es, por lo general, como la de la mayoría de los poetas de su generación: «sólo apta para intelectuales».

BIBLIOGRAFIA:

No ha publicado libros.
Colaboración en diarios y revistas.

INSURRECCION DE LOS SURCOS

Hartos de vivir al otro lado de la alegría
y siempre a orillas del siniestro,
los campesinos han segado en sus campos
las últimas espigas del miedo.
Por eso han vuelto las aves que emigraron
en busca de alguien que contestara sus silbidos.
Han vuelto también las corrientes de viento,
que no encontraron resistencia a la altura de un hombre,
porque los campesinos estaban clavados de espaldas a la tierra.

No es posible amanecer y anochecer
 saludando a Dios o al patrón;
 por eso en los labios de los trabajadores está muriendo el «buenos
 (días»
 a la vez que articulan el grito de «queremos vivir».
 Y cuando el castigo quiera regresarlos a la sombra,
 ellos buscarán en sus pechos el coraje del sol,
 y los miles de pechos encendidos por el sol
 cegarán la vista a cualquier contingente de patronos.
 Ya ciegos, no podrán llevarse consigo las cosechas,
 no podrán mirar las sonrisas de los campos crecidos,
 ni podrán perseguir a las campesinas de quince años.
 Fructificará la alegría en los cuatro costados del campo,
 en los surcos abiertos echarán la rebeldía de sus puños,
 su grito alcanzará la altura de los árboles.
 Entonces,
 ni el tiroteo de los soldados podrá borrar la configuración de sus cam-
 (pos,
 el hambre no podrá construir alambradas,
 los campesinos harán una cadena con sus brazos
 y proclamarán el levantamiento definitivo para la conquista de los
 (campos.

BIOGRAFIA DEL NEGRO

Naciste en un día de eclipse universal,
 cuando los ríos se habían desbordado
 protestando por el monopolio de los navegantes blancos.

Ya crecido, tenías que ser la señal visible
 clavada en todos los caminos del mapa
 para servir de señal a los viajeros que dejaron olvidada
 su geografía de bolsillo.

El ansia de explotación de los colonizadores
 te sacó de tu rancho primitivo para aventarte
 a todos los lugares ardientes de la tierra;
 en ese entonces ellos sacaron la primera patente
 del contraste de colores: blanco y negro.

Cómo no recordar los años en que los negreros
— siempre eran comerciantes blancos —
hacían entregas de esclavos en todos los puertos del mundo
— no había por entonces aduanas proteccionistas —.
Ellos han contado a sus nietos:
la cotización estuvo siempre alta,
hasta cuando los patrones llevaron indios al mercado libre.
Desde entonces has echado raíces en los cuatro climas.

Qué importa que el viejo Lincoln se hiciese célebre
decretando la abolición de tu esclavitud,
si en cambio los rubios ciudadanos yanquis
te pusieron en las espaldas un letrero: «cuidado, pintura fresca»,
para que se alejen los transeúntes blancos.

Desde entonces siempre te hemos visto trasudar en la zafra
para la felicidad de los trusts azucareros,
negrearte el blanco de los ojos
en los pozos de petróleo,
y rayarte la epidermis en las minas de carbón.

También te hemos visto en las casas burguesas
dedicado a entretener a las niñas casaderas,
o sirviendo de fantasma a los niños de pecho.

Y todo el caucho del mundo,
¿acaso no lleva la impresión digital de tu miseria?

Negro:

piensa que los explotadores blancos
han suplantado tu música y tu danza.

¿No se han enriquecido bastante los empresarios del charleston y el jazz?

¿No es suficiente esclavitud?

No creas que los blancos la han de abolir en tu favor;
ellos siguen soñando en la superioridad de las razas.

Negro:

no temas,

los explotadores no tienen la sangre blanca o azul;

hinca la blancura afilada de tus dientes en la carne patronal,

y salta a la vida

armado con la cuchilla de la lucha de clases.

ATANASIO VITERI

(1911)

Su poesía tiene un son interno de épica y una expresión sonora. Grito inútil de puños crispados contra el cielo, más que cartel de congregación de hombres para ir a la batalla. Su poder realizador de imágenes, su caudal armónico, la limpidez de su voz, hacen de Viteri una de las más significadas posibilidades épicas de su generación.

Atanasio Viteri es, primordialmente, un agudo y fervoroso comentador de libros.

BIBLIOGRAFIA:

EPICENTRO DE LA LITERATURA ECUATORIANA ACTUAL. Libro de crítica. Quito, 1935.
Revistas BLOQUE, ELAN, LA TIERRA.

INTENSIDAD

Pulso en mis venas la sangre de los astros,
llevo el pecho encendido de arterias,
la cabeza constelada de neuronas,
y el cuerpo como un cometa, canto de células;
copio un ritmo de sangre,
un tumulto,
fiebre por todas partes,
fiebre hasta en la crispatura lívida de estas montañas.

Pero olvidémonos de todo
mientras te dicte las preguntas
de una encuesta a los Puntos Cardinales.

¿Por qué en los mares de la China
todavía los peces de colores
hacen soñar a los grumetes en que cada ola es un frutero?

¿Por qué toda pantera ciega
es solamente una acuarela?

¿Por qué el dueño de un huerto
en el último junio les dijo a las naranjas
que su mayor edad les permitía elegir cualquier clima?

¿Por qué los poetas pequeñitos de las ciudades de Groenlandia
nunca nos han contado
que los tiernos ojos de las nutrias
son los últimos restos de sus leyendas de algas?

¿Por qué hasta hoy
ningún delicado historiador israelita
quiere descubrirnos la partida bautismal de la uva?

¿Por qué el mar condenó a los caracoles
a radiodifundir eternamente
la canción de las olas expatriadas?

Pero es inútil llegar con esta encuesta
hasta la paz crucificada
de los cuatro Puntos Cardinales.

Hay que olvidar todos los mapas
donde se orienta la Ternura,
hasta que en las gargantas encendidas
no madure el diamante de un nuevo himno...

Arrecia todavía
la lluvia amarga que no se predice en ningún calendario,
y que, sin embargo, es la historia íntegra
de cada estación de nuestros ojos.

Acaso mañana mismo, Nadia,
ya no podrá saludarnos el pordiosero de la esquina,
porque este instante se le agota
la tinta ideal de su pupila
del mismo modo que en tu pluma-fuente...

LECTURA PARA LAS VIDRIERAS URBANAS

Con el alba al nivel de nuestros ojos,
desde los arrabales cosidos al paisaje con un cordel de lágrimas,
venimos
en brigadas
para nutrir de oxígeno el pulmón de la urbe.

Allá
quedaron nuestras madres:
esquemas de la angustia en las rayas de tiza de sus canas.
Y junto a los jardines de la escuela,
mirando cómo envasan su tinta los geranios,
nuestros hermanos pequeñitos.

Los voceadores ciegos
llevan en sus carpetas la claridad del mundo.

En esta alba
que trajo su perfume de un insomnio de frutas,
alzaremos con el alma
una palabra inmensa hecha de aristas,
que un 1.º de Mayo hizo arder como tea la rosa de los vientos,
que es carmín en los labios de nuestras novias pálidas,
que es nuestro pan, nuestra agua y nuestra lámpara:
¡Revolución!

Un día
no seremos
ni este silencio en marcha ni este pulso aún dócil,
sino una campanada de veinte años
y una bandera roja.
Nuestra canción
ha de desentornar sus párpados de pólvora.
Se ha de crispar el aire.

¡Que lo sepan desde hoy las vidrieras urbanas!

Y así va: linda, hierática,
azul de ensueños azules,
perfumando, orquidea viva,
los vientos de la ciudad.
Si sus ojos decapitan
los deseos en tormento,
con el sol de su melena
va sembrando claridad.

PAISAJE

Barco de velas tendidas
en el mar del horizonte,
va llevándose el crepúsculo
a la tarde llena de églogas.
Adioses le envía el ángelus
en la voz de los cencerros,
el mugir de las vacadas
y en el vueio de las garzas.
Y la torre de la aldea
— faro del mar de los campos —,
en el geórgico lirismo
deja volar sus campanas,
mientras — pastores nostálgicos,
inmóviles bajo el cielo —
los altos cerros se cubren
con blancos ponchos de bruma.

Avemarías de ensueño
irrumper la calma agreste:
la que modula la brisa
herida en todos los cactus
y la que cantando viene,
desde su alcázar roquero,
la tierna zagala rústica
de los rebaños de nieve.

La tarde se va viajera
por el mar del horizonte:
rezan silencio los prados
y tristeza los cencerros...
sólo quedan: en los campos
la oración de los bohíos,
y en el cielo, ya lejanos,
los adioses de las garzas.

F I N

Indice

	PAGS.
<i>Ubicación poética del Ecuador contemporáneo</i> (PROLOGO)	9
ARTURO BORJA..... <i>modernista</i>	31
ERNESTO NOBOA CAAMAÑO..... "	35
MEDARDO ANGEL SILVA..... "	39
HUMBERTO FIERRO..... "	45
JOSE MARIA EGAS..... "	49
REMIGIO ROMERO CORDERO..... "	51
GONZALO ESCUDERO..... <i>ranguearista</i>	55
MIGUEL ANGEL LEON..... "	61
JORGE CARFERA ANDRADE..... <i>poeta, poeta</i>	67
AUGUSTO ARIAS..... <i>publicista</i>	75
AURORA ESTRADA Y AYALA..... <i>ranguearista</i>	79
JORGE REYES..... "	83
MANUEL AGUSTIN AGUIRRE..... "	89
G. HUMBERTO MATA..... <i>andigenista</i>	93
CARLOS MANUEL ESPINOSA..... <i>de r. Anguassola</i>	99
JOSE ALFREDO LLERENA..... "	101
IGNACIO LASSO..... <i>suavealista</i>	109
HUGO MAYO..... "	117
JOAQUIN GALLEGOS LARA..... "	119
ENRIQUE GIL GILBERT..... <i>poeta, poeta</i>	123
PEDRO JORGE VERA..... "	129
EDUARDO MORA MORENO..... "	135
AUGUSTO SACOTO ARIAS..... <i>poeta, poeta</i>	137
ALEJANDRO CARRION..... "	143
HUGO ALEMAN..... "	151
ABEL ROMERO CASTILLO..... <i>poeta, poeta</i>	153
NELA MARTINEZ ESPINOSA..... "	157
JORGE I. GUERRERO..... "	161
ATANASIO VITERI..... "	165
ANTONIO MONTALVO..... <i>modernista</i>	167